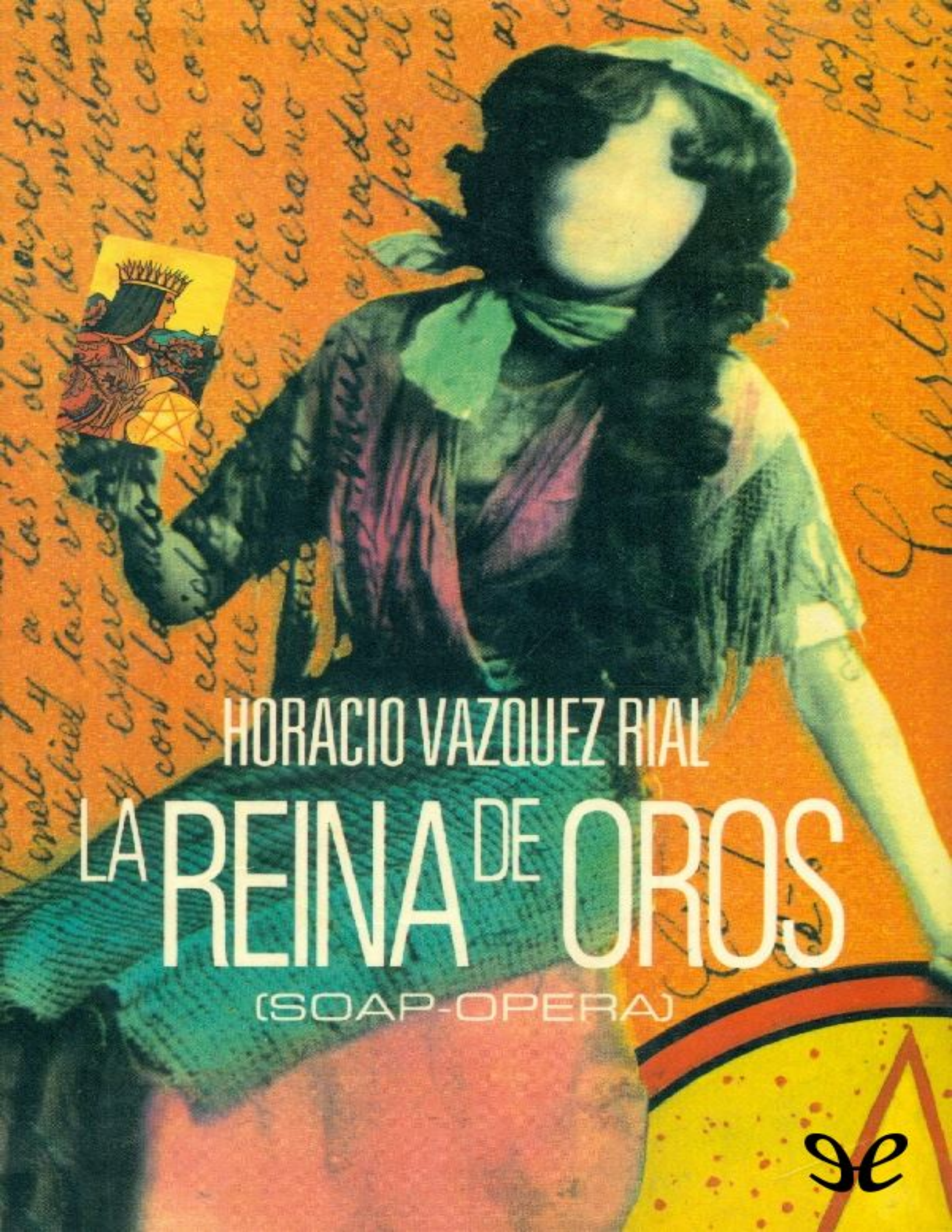




HORACIO VAZQUEZ RIAL

LA REINA DE OROS

(SOAP-OPERA)

se

La reina de oros debe su título a uno de los arcanos menores de Tarot. La carta representa a Mila, protagonista de la historia, una prostituta adolescente en la Barcelona de la posguerra. Mila es una encarnación del Mal, un puro objeto de pasión y servidumbre, una forma de tentación. Vázquez Rial trasciende de la falsilla del relato folletinesco o de serial radiofónico, sostén aparente de la novela, para delinear una meditación ética y astética, en que no se rehuyen la mayor crudeza en el tratamiento de lo erótico, ni en el franco pesimismo en la consideración de lo político. Mila es el eje en torno del cual giran otros personajes: Elena Vargas, maestra, protectora, celestina e instrumento del destino de la muchacha; Fernando, el Niño de las Palmas, audaz traficante del submundo homosexual; Dalmau, el amante imposible; Rego, un resistente antifranquista atenazado por la duda y el miedo; Servando Laín, un sacerdote obsesionado por el Demonio; el Miserere Gorkin, pintor de santos y antiguo simpatizante del POUM, que pierde su alma en nombre del amor absoluto. Todos aman, desean y rechazan alternativamente a Mila, y ella traza el rumbo de sus vidas.



Horacio Vázquez Rial

La reina de oros

(soap-opera)

ePub r1.0

Titivillus 05.01.16

OceanofPDF.com

Título original: *La reina de oros*
Horacio Vázquez Rial, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



OceanofPDF.com

Para Jorge Binaghi

OceanofPDF.com

Este libro es un homenaje a la memoria de Alejandro Dumas (padre), de Ponson du Terrail, que dio vida a Rocambole, de Eduardo Zamacois y de Guillermo Sautier Casaseca, que vendieron sus palabras a un público hostil a toda revelación, sin poder ocultar que la peripecia humana siempre es política, y que la verosimilitud no es determinante del realismo ni de la realidad.

soap opera: serial radiofónico de bajísima categoría. (Del *Diccionario Collins*, inglés-español)

(...) en uno de los *Ethical studies* —año de 1888 — Stevenson quiere enumerar «todas las manifestaciones de lo verdaderamente diabólico» y propone esta lista: «la envidia, la malignidad, la mentira mezquina, el silencio mezquino, la verdad calumniosa, el difamador, el pequeño tirano, el quejoso envenenador de la vida doméstica». (Yo afirmarí­a que la ética no abarca los hechos sexuales, si no los contaminan la traición, la codicia, o la vanidad). (J. L. Borges, en un comentario sobre el film de Victor Fleming *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*).

CAPÍTULO PRIMERO

Mil pensamientos inexplicables de semejante índole le acosaron durante todo el día.

VÍCTOR HUGO, *Los miserables*

I

Por la puerta de aquella casa, Francisco Borrás había entrado en la desgracia.

La mujer abrió la parte alta de la alacena y sacó, en dos platos, unas sardinas, salvadas del furioso calor por el vinagre y el tomillo, y queso aceitoso y tibio. Lo puso todo sobre la mesa, junto al chusco y el porrón — vino espeso en vidrio esmerilado por el tiempo y la suciedad—. En alguno de sus movimientos, mostró los rotos menos evidentes de la camisa de varón que llevaba, y una estrecha franja de sostén grisáceo.

Se sentó. De una profundidad secreta, tal vez un bolsillo en su enorme saya negra, hizo nacer una navaja pequeña. Borrás hurgó por la suya, considerablemente mayor, en el pantalón: remedaba las acciones de la vieja, procurando un equilibrio imposible.

Fueron cortando trozos de pan, de queso, desmenuzando el pescado: comían con dedos y cuchillas, con ruidos de bocas descuidadas, sin mirarse, apelando a ratos al beber.

Mila les veía tragar, medirse, desconocerse, agazapada en el suelo, las rodillas recogidas bajo la falda de tonos cenagosos, los brazos cruzados encima, la espalda muy recta pegada al muro, la crin tenebrosa ocultando casi por entero su rostro. Nadie le ofreció alimentos, ni ella hizo nada por ser recordada.

La señora Mercedes —había quien la nombraba así— cerró la ceremonia secándose con la manga el sudor y la grasa de la cara, y devolviendo a sus cachas la menuda hoja de acero que había hecho servir.

—Cuarenta duros, Paquito. Con eso estamos en paz: me pagas todo lo que me debes y te quedas con la harina y el aceite —dijo, y con sus ojos

rojizos recorrió a Borrás de abajo arriba, como si acabara de Advertir su presencia.

Alzaba la mirada lentamente, de modo que, para cuando alcanzó la barba de tres o cuatro días que perfeccionaba la soledad del hombre, éste ya tenía los billetes en la mano izquierda, ya separaba con la derecha los que allí iba a dejar, ya los ponía uno a uno, parsimoniosamente, sobre la madera, junto a lo que restaba del parco almuerzo. Terminó la cuenta: ella los cogió en montón y se los metió debajo de la camisa, en el sostén sería. Dejó perder la vista en un vago punto de la pared antes de pedir a Borrás su decisión:

—¿Y la niña? ¿Te la llevas?

Fue silencio lo que siguió, obligándola a argumentar:

—Te servirá. No es buena la viudez, tú no tienes costumbre. Aún es chiquilla, sólo tiene catorce años, pero llegará a mujer antes que tú dejes de ser hombre.

—¿Por qué quiere usted deshacerse de ella? —desconfió Borrás, empuñando el entrecejo en la pregunta.

—La madre no regresará nunca, y lo que dejó para sus comidas se ha terminado hace tiempo: yo no tengo por qué mantener a nadie —dura, rigurosa—. Siempre algo gasta, aunque es de buen conformar —dicho esto con la mayor suavidad, garantía de la venta.

Mila atendía a la negociación en completa inmovilidad, sin revelar carácter ni estatura, ajena al rumbo que aquellos otros imaginaran trazarle.

—¿Qué quiere por ella? —averiguó el visitante.

—Poca cosa, gastos que he de recuperar —calculaba—. Cincuenta duros —anunció—. E irá con dos vestidos, no tendrás que preocuparte de eso por una temporada.

Borrás se puso de pie. Un sorbo de vino: le hacía falta, antes de preguntar «¿podré verle la cara?», preguntárselo a la vieja, no a Mila; antes de quedar sin respuesta y afirmar para su propia noticia «quiero verte la cara», dirigiéndose esta vez a la muchacha, dormida o tercamente aislada; antes de acercarse a ella y pasarle la punta de los dedos sucios por la cabeza, en busca de un gesto cualquiera, la forma de una oreja o un grito, antes de aferrar el pelo y tirar de él hacia atrás para comprobar unos rasgos,

los párpados bajos, la boca apretada, la frente amplia, todo su rostro oliva y azabache: Borrás no percibió, o por malas razones eligió no percibir, una fugacísima crispación de la nariz, un aleteo de ferocidad u odio, una sombra ominosa de hostilidad animal: sin soltarla, con la otra mano, forzó la separación de los labios, se hizo cargo de la blancura de los dientes, dientes de niña rica, pensó. Se apartó de ella y se persignó, sin fe, mecánicamente, por miedo a sí mismo o a lo que estaba haciendo, resuelto a tornar al trato, a la trata.

—Doscientas pesetas —dijo—. Le daré doscientas pesetas, y me pondrá usted, a más de los vestidos, algo de chocolate y una de esas cartillas de racionamiento que guarda para sus amigos.

No las tenía todas consigo, a la larga sería un mal negocio: los dados debían de estar cargados: por qué proponerle aquello a él, que no era un chulo: si todavía no para puta, la niña serviría mejor para un viejo, para cuidar de un viejo, o de una vieja como ésa, precisamente, la que se libraba de ella: él no era un viejo, era un hombre, algo mayor ya, en verdad, pero no un viejo, un hombre: sería por eso, sólo por eso.

—De acuerdo, será como tú dices —cedió la mujer, con una sonrisa cansada, levantándose: pasó a la habitación contigua sin dar a Borrás ocasión de retroceder.

Mila tuvo tiempo sobrado para observar la espalda y la nuca del que ensoñaba ser su amo, que esperó o meditó su comercio sin volverse.

Mercedes trajo ropa, prendas imprecisas, los dos vestidos, y, en un envoltorio pequeño, el chocolate: lo dejó todo en una silla. Cartillas de racionamiento, de perfil, asomaban entre dos paquetes de sal, en un estante instalado cerca del fogón: tomó una y se la tendió a Borrás.

Nada quedaba por hablar. A un lado de la puerta de calle, magros sacos de judías, lentejas, garbanzos, dispuestos en dos cestas de la compra: en una de éstas desapareció el chocolate.

También ahora el dinero se contó sobre la mesa, él extendía cada papel y la mujer los ocultó juntos en el pecho.

—Bien —dijo Borrás a Mila—. Coge tus cosas, chica, que ya nos vamos.

Obedeció la niña: se desplegó de un salto y por un instante fue más alta que quien acababa de pagar por ella, el primero que pagaba por ella: por un instante, tan breve que no bastó para fundar convicción, lució mujer, entera carnalidad: un instante y se replegó, no hacia la infancia, sino hacia una edad turbia, anodina, lejana: Borrás vio entonces sus ojos, sin entender el verde o azul o gris, sin entender el frío: los supuso mansos o rendidos a la vida, los hubiese preferido dulces, aunque de nada sirviera.

No hubo despedidas. Mila pasó una mano por el lomo del gato que olisqueaba el borde de su falda, y salió tras el hombre. Ni una sola vez se giró para mirar el lugar en el que había pasado casi toda su vida.

II

Milagros Solé, Mila: el nombre de la madre, el apellido de la madre. ¿Qué había hecho la primera Mila? Quemar iglesias, como todas las putas, decía siempre la vieja Mercedes, y encatrarse con soldados rojos, que para eso fue al frente, para abrir rojamente las piernas, y para eso te dejó aquí, para irse a joder por esos mundos mientras yo cuidaba de ti. No lo contaba todo, claro, ni se podía saber si hablaba para la niña o para sí, para convencerse de su punto de vista, que no siempre había sido el suyo, ni tenía por qué ser el suyo ahora, pero que era el de los tiempos, tiempos de mortificación, venganza, arrepentimiento y pérdida.

Quizá jamás hubiesen vuelto a presentarse en su memoria, como jamás volvieron a presentarse en su palabra, sus propios días de pupila en el burdel de Arco del Teatro, no como el de Madame Petit, de la calle Conde del Asalto, no, sino una casa más modesta, bastante limpia, eso sí, donde tantos hombres de buen ver y mejor pagar pedían por la Merche: algunos la siguieron visitando cuando bajó a la calle, precipitada la obra de la edad por

querellas con la encargada. Recordar aquello hubiera sido recordar la llegada de la vejez, la juventud no debe mencionarse una vez se ha retirado: a Mercedes nunca le fue impuesto por la realidad el papel de madrastrona, nunca odió a las más hermosas ni se cobró en sus hijos: la primera Mila puso a su niña en manos de aquella mujer, convencida de haber pagado su atención con largueza suficiente para obligarla sin remedio y sin plazo: le dejó la propiedad de la casa y, en la casa, todo el oro, el poco oro habido en el prolongado cuerpo a cuerpo del que iba a retirarse con gloria después de ganar la guerra y, con ella, la oscura dignidad de los luchadores: entonces se reunirían, felices perdices, para comer y dormir y esperar la salida del sol por Badalona: pero la primera Milagros Solé, como otras muchas, perdió la guerra.

III

Dicen algunos viejos, de los que a veces piensan en el dolor, que aquel verano, el del cuarenta y ocho, fue muy pegajoso y duro en Barcelona: dicen que fue peor aquí que en Madrid. Debió de ser un año especialmente difícil para empezar a vivir, el cuarenta y ocho, con las colas, el desabastecimiento, los panes más negros del mundo. Pero fue entonces cuando Mila se entendió con fuerzas, materia y saber para deshacerse de compañías incómodas: no esperaba compañías cómodas: esperaba soledad y se conocía dueña de un poder aún sin nombre, que había experimentado en miradas, gestos, tonos de voz de los otros.

Francisco Borrás vivía en Sants, cerca de la vía del tren, al sur de la carretera. La fachada de la casa, gris, hollinosa, una puerta pequeña y dos

ventanas que jamás se abrían, ocultaba dos habitaciones grandes, separadas de la calle por cristales mugrientos, visillos negros y postigos combados, que daban, hacia el interior, a un patio, jardín o huerto, o todas esas cosas, rodeado de altos muros de ladrillo barato: si éstos no bastaban para aislar aquel espacio del mundo y de la vista de los hombres, bastaba la parra, enorme, añosa, que formaba allí un constante opaco, casi nocturno en el día. Nadie podaba ni desherbaba, e inútil hubiese sido plantar nada, porque, si algún agua llegaba al suelo, no llegaba el sol: en cambio, prosperaban en la sombra arbustos y malos verdes, y hasta algún arbolillo borde.

Llegaron mucho después de la caída del sol. Habían atravesado la ciudad andando: ella, al principio, con unos zapatos de hombre que, por grandes, le hacían daño; después, descalza.

Borrás encendió una vela y se acercó al rescoldo: estaba frío. Mila, de pie junto a la entrada, le dejaba hacer, mirando los taburetes, la silla, los mil objetos de un tráfico desesperado, de estraperlo menudo, que allí se habían ido acumulando: bidones sin rótulo, botes de comida, rollos de cuerda y de cordel, piezas de paño, herramientas de jardín, sacos de harina, unas cajas con medicamentos.

El hombre no prendería candela aquella noche. Cortó pan y salchichón, sacados, junto con la brillante hoja de un cuchillo de cocina, de un cajón lateral de la mesa: cortó arañando la madera, sin ocuparse de poner platos: con un movimiento de su mano armada, indicó a Mila que se acercara. Había una botella con vino en el suelo, y él se inclinó para cogerla. Con la hoja hizo dos montones de pan y dos de rodajas de salchichón. Comieron sin atención: él, como sabía y podía; la muchacha, acompañando una torpeza que no estaba en ella. Él bebió a morro, largas ondas definieron su cuello, y ofreció la botella de Mila: ella le imitó.

En el pabito de la primera luz, Borrás dio fuego a otra.

—La letrina está en el fondo del huerto —dijo.

Mila cogió la vela y salió. A su regreso, había mantas y sábanas apiladas sobre la única silla.

—Te arreglas tu cama —ordenó él, antes de salir a su vez hacia el final del terreno; ella dispuso las mantas con cuidado, a modo de colchón: el calor era aplastante, pero aquello parecía preferible al suelo.

—Échate pronto: no gastemos velas —se despidió Borrás, metiéndose en la otra habitación: no se le ocurrió abrir las ventanas, había dejado de hacerlo cuando la guerra.

No durmieron bien. Francisco Borrás soñó con la Virgen. O fue el elegido para una aparición. Él mismo no podría haber afirmado ni una cosa ni la otra. En el sueño o presencia, la Virgen le decía: «La chica es como yo». Así le hablaba la Virgen a él: «Es como yo». ¿Cómo? ¿Mujer? ¿Sagrada? Sudó dudas y miedos.

Algo distinto de la claridad reveló a Mila la mañana. Borrás salió de su habitación y ella estaba vestida. Usaron la letrina y el grifo del rincón del huerto: no había electricidad ni fogón, pero sí agua. Se sentaron a la mesa y cortaron trozos de patata y de zanahoria, una cebolla, una escueta loncha de tocino. Cuando el pote estuviese hirviendo, pondrían los fideos.

Fue al ir a encender el carbón, al acomodar las trébedes para sostener la sopa, cuando Borrás vio al gato.

—¿Cómo ha llegado ese cabrón hasta aquí? —preguntó.

—Me habrá seguido —sin inquietud, Mila—. Siempre me ha seguido.

—Y le has abierto la puerta durante la noche.

—Los gatos no necesitan puertas para entrar —lo dijo y lo aprendió: siempre era así: decía cosas que ignoraba hasta el momento mismo de ponerlas en palabras: cosas importantes, porciones de la sabiduría: las enunciaba para aprenderlas y eso le proporcionaba una rara exaltación: no necesitaba maestros: podía obtenerlo todo de su propia voz—. No necesitan puertas —repitió, instruyendo a Borrás.

Él completó su tarea sin agregar más. Aquello tardaría en cocerse. Fue a buscar una de las barras de chocolate que le había dado Mercedes: seguían en la bolsa en que las había puesto: rasgó el envoltorio y rompió un pedazo.

—Aquí no hay para alimentar a un gato —dijo, mordiendo el chocolate. Entonces encontró los ojos de Mila, de pie al otro lado de la habitación, en el quicio que daba al huerto.

—Los gatos se las arreglan solos —aseguró ella—. Las niñas, no.

—Comerás caliente más tarde.

—¿No me das chocolate?

—Mercedes dijo que eras de buen conformar —era un argumento para seguir masticando.

—Mercedes no sabe nada de mí —desafió Mila, la nariz cubierta de sudor, agitada.

Borrás ya no podía ignorarla: había perdido dominio.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó ella—. ¿Para qué me has comprado?

—Necesitaba compañía.

—Pero no me das nada.

—Sí. Si puedo. Lo justo: no me sirves de mucho.

—¿Y si te sirviera?

Borrás empezó a morir en aquel instante: Mila se recostó en la pared y se rascó el muslo, levantando el borde de la falda: el hombre creyó comprender sus ojos, que allí fueron grises: no podía moverse, los brazos caídos, aferrando la pastilla de chocolate en la mano derecha.

—Eres sólo una niña —se defendió de sus reclamos más ciertos—. No me hagas hacer lo que no quiero. No soy un hombre bueno, pero tampoco soy una bestia. Además, soy cristiano —sostuvo, con un nudo en la garganta, lo que era verdad: aquello era sólo una niña.

Sin desprenderse del muro, Mila se abrió la blusa. Borrás no le gustaba, pero le gustaba, en cambio, comprobar su extravío, su temblor, su miedo: su brusca sed de ella: se acercó y se dejó caer de rodillas ante él: empleó las dos manos para desabotonarle la bragueta: en ningún momento su mirada abandonó la del hombre: ni cuando le tomó el sexo con los dedos y la boca, ni cuando se apartó para decirle «ya es tarde, no querrás que me detenga», ni cuando él le agarró la cabeza como había hecho el día anterior, ahora para impulsarla a seguir en lo que había iniciado: sólo al final dejó caer el chocolate y los párpados. Dio unos pasos y se hundió en la silla, vencido, indefenso, y sólo levantó el rostro vacío, se mostró, cuando ella le forzó, sujetándole el pelo.

—Mírame, Francisco Borrás —le dijo—. Mírame a la cara. Mírame los labios. Soy una niña: vendrán las de Falange y les diré que soy una niña, que me has comprado, para qué me has comprado. No me puedes tener aquí, irás a la cárcel. Y al infierno, a arder. No debías haberme negado el chocolate. Hay cosas que no se le pueden negar a una niña, y otras que no se le pueden hacer. Ahora tendré que comer ese chocolate con esta boca tan sucia. No ha estado bien lo que has hecho: un hombre que hace algo así, no merece vivir.

Calló, midió su obra y le dejó con su alma.

No se marchó: no se marcharía hasta la tarde. Cerró la puerta, pero no se movió de allí, ni siquiera anduvo unos metros por la acera: se sentó en el umbral a comer el chocolate que acababa de recoger del suelo, mientras Borrás se precipitaba en su miseria.

Era temprano, pero todo estaba en movimiento: hacía mucho calor y alguna gente se afanaba para aprovechar el favor de una cierta brisa. El sol daba de pleno en el otro lado de la calle. Mila sentía en el cuerpo huellas del hombre, los restos ácidos de su deseo: su presencia se diluyó en un escalofrío.

Poco después, vinieron unos gitanos: dos hombres, una niña, un oso. Los hombres llevaban un clarinete, un pandero y una guitarra; el oso, una anilla en la nariz reseca y una cuerda que nadie sujetaba: no era un animal grande, la época le impedía ser gordo, y su naturaleza feroz había amainado hacía mucho: estaba allí por voluntad, amor o solidaridad. Pronto tuvieron público: la pequeña pasaba una gorra y le pusieron una moneda de dos reales, de aquellas perforadas, sin centro; de las casas salieron mujeres, llamadas por la música, y una les ofreció un chusco negro, y otras algo en unos papeles, sobras o una camisa muy usada. Un viejo se detuvo: tenía algo en el interior de un periódico doblado: metió los dedos entre los pliegues de aquel diario que no era para leer, y los retiró con un pedazo de chorizo que tendió a la niña: ella lo cogió y se lo llevó a la boca, sin dar gracias: el viejo la contempló masticar, ése era su espectáculo, ella masticaba para él: tragó, se volvió y corrió hacia el oso, otro niño, ahora quieto, ya había bailado, y se quedó de pie junto a él: junto a él caminó cuando todos echaron a andar.

Mila arrugó los restos del envoltorio del chocolate y arrojó la bolita más allá del bordillo, antes de entrar en la casa.

El cuerpo de Borrás, colgado del travesaño más fuerte del emparrado, no la sorprendió: para eso le había dado tiempo, para que alcanzara la inocencia. «Tendrías que haber sido más generoso», murmuró, ya sin la rabia helada con que lo había condenado.

Un pie estaba desnudo, su alpargata perdida en el esfuerzo final por derribar el taburete sobre el que se había encaramado. Era un pie sucio, de uñas largas y torcidas. Mila pasó una mano por el empeine: aún no estaba frío. No le importó percibir la muerte: al retirar del bolsillo del pantalón el dinero y la navaja, el cadáver esbozó un giro, como eludiendo el despojo. Mila contó billetes y monedas, y lo guardó todo en un pañuelo, dentro de su blusa.

El puchero hervía: hundió en él el cucharón y probó el contenido: ya se podía servir: se preocupó por elegir las partes sólidas: a la mesa, de espaldas al huerto, a Borrás, a la memoria, a la posibilidad del mal, a la posibilidad de la infancia, comió en un plato y bebió vino en un vaso.

Muy pasado el mediodía, cerró la casa y, bajo el sol, buscó un teléfono.

Dalmau la vio aquella tarde por primera vez. Él había salido de su trabajo, en una imprenta de la calle Sugrañes, y ella le detuvo y preguntó dónde había un teléfono. Debía ir hasta un restaurante de la carretera de Sants. Dalmau la miró alejarse, convencido de que jamás podría tener una mujer así, como esa maravilla agitanada de ojos verdes, delgada y perfecta, que hablaba desde el corazón de la ternura y que parecía, sin embargo, no llamar la atención de nadie.

Entró en un café de la calle de Badal pensando en ella, a vueltas con viejos fantasmas, repitiéndose una pregunta y una respuesta del catecismo que por la mañana había estado componiendo en la linotipo: «¿Por qué veneramos también los cuerpos de los santos?», se interrogaba el tosco teólogo, y se contestaba: «Veneramos también los cuerpos de los santos porque les sirvieron para ejercitar virtudes heroicas, fueron ciertamente templos del Espíritu Santo, y resucitarán gloriosos a la vida eterna».

IV

Junto al teléfono del restaurante de camioneros, un ciego vendía cupones y lotería. A Mila no le gustaba aquello, los ciegos lo oían todo demasiado bien, por oír bien estaban allí, para oír bien. Marcó el número de memoria, como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

—La señora Elena —pidió.

—¿Quién llama?

—Verá usted, no sé si... yo necesito... —ensayó.

—Tú necesitas. Eres la pequeña que estaba con Mercedes, ¿verdad?

—Sí.

—Y ya no estás.

—No, ya no.

—Has recordado el teléfono, ¿recuerdas la dirección?

—Claro.

—Pues ven. ¿Estás lejos?

—Media hora, menos...

La comunicación se interrumpió. Mila colgó y empezó a caminar hacia el puerto. Elena Vargas tenía tienda y casa en los bordes del Montjuich, junto al Paralelo: la carbonería estaba al cuidado de un dependiente, en todo dependiente de la señora ama, un animal de confianza, muy cebado; a las tres habitaciones de la vivienda se entraba por la puerta contigua. Había conversado con Mila días atrás: buscaba a la vieja Mercedes y tuvo que esperar: no se habían dicho mucho, la visitante parecía conocerlo todo sobre el cuerpo y sobre el alma de la muchacha: hizo una sola pregunta, cuándo te largas, y dio una sola indicación, ven a verme, me llamo Elena Vargas, número, calle: iré muy pronto, supo Mila al aceptar.

La hoja se veía apenas entornada.

—Buenas tardes —cantó Mila, con voz fuerte y clara, desde el umbral.

—Pasa, pasa, no tengas miedo.

Yacía de costado, vestida, haciendo un solitario sobre la colcha. Mila se detuvo ante la entrada y la mujer la incitó a avanzar con un gesto. Se sentó en la cama, proponiéndole que hiciese lo mismo. Encendió un Tritón del paquete que había sobre la mesa de noche, junto a la caja de cerillas y el plato pequeño, desportillado, que hacía las veces de cenicero.

—Nueva vida, ¿eh? —interrogó.

—Busco ayuda —se comprometió Mila.

—Eso ya lo sé yo. La tendrás, pero déjame que te mire, ven, ponte de pie.

También ella se levantó, y comenzó a investigar la carne de Mila con manos precisas, expertas, tomando oscuras medidas: los pechos, que nunca serían mucho mayores, el largo del cuello, el vientre, la hondura sedosa de los sobacos: se inclinó para subir por las piernas desde los tobillos, la piel era noble, no lleva bragas, se olió los dedos: Mila ignoró el movimiento, se tenía a sí misma delante, en una luna de pared, ella conocía todos sus rostros.

—¿Sabes con cuántos hombres me he acostado en mi vida? —preguntó Elena, dejándose caer en un sillón—. Echemos cuentas: ¿tres hombres por día?: días de siete, días de ninguno: uno o dos meses de vacaciones, que nunca dejé de hacerlas, con algún amor, es verdad, pero eso no cambia nada: ¿llevas la suma?

—Tres por día, dos meses de vacaciones —repasó Mila, desde el lugar del que no se había movido, ante el cristal azogado.

—Tres por día, dos meses de vacaciones: mil hombres al año. Por veinticinco años.

—Veinticinco mil hombres —Mila se volvió—. Eso es mucho.

—Pero has de considerar los habituales, los que han estado conmigo una o dos veces a la semana durante cierto tiempo.

—¿Cuántos has sido, pues?

—Unos veinticuatro mil hombres, y unas trescientas mujeres. No ha sido fácil, no. Es oficio duro, pequeña: a una no puede gustarle tanta gente.

—¿Puedo coger un pitillo? —con timidez, la más joven.

—Claro que puedes. Y después, acércate, aquí hay buena luz, quiero mirarte el pelo.

Mila obedeció, bajó la cabeza: aquella corriente de hilos de raso negro cayendo, cubriéndole la cara, las uñas de Elena Vargas separando hebras, ella percibiendo entre sombras los brillos del piso encerado: habló sin cambiar de postura, desde aquel hondo.

—Yo no le he matado —dijo.

—Algunos mueren por su propia mano —filosofó la otra—. Estás llena de piojos —constató—. Tendremos que hacer alguna cosa para no pelarte. ¿Cómo ha sido lo de ese chico?

El relato fue breve, Mila ahorró detalles, sólo refirió los más extremos: no habló de la cena, ni de los gitanos, ni de su almuerzo.

—Le tenemos allí, colgado como el mal discípulo —consideró Elena—. Con este verano, no tardará nada en dar olor, que es como ponerse a gritar. Hay que enterrarle antes de que alguien le escuche. ¿Por qué no lo has hecho?

—No me sentí con fuerzas, podía desmayarme, como muy poco; la tierra, allí, está reseca.

—Tú no eres de las que se desmayan. Debieras haberlo hecho. Hay que enterrar esas cosas, siempre: los muertos que se van haciendo: enterrarlos a medida que se hacen. Si quieres, te acompañaré. Ahora mismo: no puede pasar la noche en el aire.

Pero pasó la noche en el aire. Llegaron al lugar sin cruzarse con nadie, en barrios así había muy pocos vigilantes, tal vez ninguno, o todos hacían las veces. Elena Vargas sólo ayudó al final. Se estuvo sentada, dando órdenes o consejos. No hizo falta escándalo alguno para coger una pala del cuarto o comedor en que Mila había comido horas antes; dieron con un cubo en el mismo huerto: parecía mejor humedecer la tierra antes de cavar, justo debajo del ahorcado. La fosa demandó tres velas grandes, y era muy entrada la mañana cuando tuvo la medida de un hombre.

Echaron sábanas en el fondo. Entre las dos, acercaron la mesa al hoyo y, de pie sobre la tabla, Mila serró la cuerda tensa con la navaja que había sido

de Borrás. El cuerpo cayó con ruido de fuelle y toses, quiebros y gorgoteos. Hubo que acomodarlo en su sitio: estaba rígido, frío, y yaapestaba.

Las dos se persignaron antes de cubrirlo, el lienzo primero, luego la tierra.

No podían marcharse mientras fuese de día. Se tendieron en el suelo, sobre mantas, para descansar. No hablaron de nada importante en aquella casa. Mila durmió profundamente. Elena fumó hasta que fue muy tarde, rumiando porvenires probables para su protegida, acertijos, cábalas.

V

Alcohol, vinagre, petróleo; ya se conocía la inutilidad de otros remedios: tres días de química casera y jabón de azufre: el cuarto, la lendrera sólo retuvo liendres: el sexto, salió limpia. Mila esperaba, envuelta en una sábana: habían quemado sus ropas, pronto se pondría otras.

Elena Vargas entendía de hembras y de varones, de embarazos y de partos, de iniciaciones, venéreas y desastres. Hubiese deseado tener hijos. Además, echaba las cartas.

—Ésta eres tú —dijo, señalando el naipe que acababa de poner sobre la mesa—. La reina de oros: tu tiniebla devuelve las luces al mundo, tu esplendor es el reflejo de la oscuridad del mundo.

—¿Es bueno eso?

—Es una desgracia: tan hermosa, y siempre en el dolor.

—¿Nunca tendré felicidad?

—Un día. Tendrás un día de felicidad.

—¿Un día entero? Pues, entonces, habrá valido la pena.

—Todos imaginamos eso —Elena recogió la baraja—. Ven, vamos a vestirte.

Se hundieron en lencerías negras y rojas, no las había en otros colores. Mila se probaba cada prenda, todas iluminaron blancos u olivas en su piel, ninguna estaba hecha para el abrigo o el secreto, nada cerraban: sin haberla visto nunca antes, conocía bien a la mujer que aparecía en la luna de pared: el espectáculo era completa exposición de su poder.

—Ya no soy la de antes. ¿Quién soy, Elena?

—Una mujer. Un imán. Una puta. ¿Es que no lo sabes?

—Sí, pero debo escucharlo de alguien.

—Sólo lo entenderás cuando tú misma lo digas. Dilo.

—Soy una mujer, un imán, una puta —recitó Mila.

—Repítelo muchas veces, con fuerza, cuando sientas cerca el dolor. Este mundo es de los fuertes, nadie te dará nada, eres un imán, has de coger lo que necesites, no pedirlo: desea de verdad lo que desees, y te será dado. Si no, no habrá día de felicidad.

Buscaron vestidos, zapatos, esmaltes, polvos, carmines: no importaba estar de moda, los ensueños están compuestos por signos de todas las épocas. Las piernas de Mila, largas y gentiles, sin un solo punto azul, ni morado, ni gris, no parecían pertenecer a una muchacha que había pasado hambre, ni a una mujer capaz de sepultar sus crímenes; tampoco a una niña de catorce años. Ella las veía en el azogue y pensaba «soy una mujer, un imán, una puta», y pensaba otras cosas, dictadas por la vanidad o el orgullo: una diosa, la finalidad de una existencia, el espejo frío en que se refleja el ardor del mundo.

El gato se frotó contra sus tobillos, sus nuevos tobillos, nacidos del agua, el jabón, la comida, el calzado, la seguridad de la victoria.

VI

En el cuarenta y ocho, el vicario Servando Laín empezó a no ser ya tan joven. Había dejado el colegio y misaba en una iglesia reconstruida, en Horta. En los primeros tiempos de su nueva situación, de su nueva libertad, había pecado mortalmente en más de una oportunidad: se deshacía de la sotana en los urinarios de la Estación de Francia y se iba a encerrar en una casa de la Barceloneta, a la que entraba por una puerta excusada: escogía un chaval, demorándose detrás de un falso espejo: enloquecía, dividido entre la urgencia de su deseo y el horror a ser reconocido: la alcahueta le tranquilizaba, juraba silencio, le sacaba los cuartos y le ponía a esperar en una alcoba que él prefería mantener en penumbra: allí había conseguido tesoros de fantasía y generosas dosis de condenación eterna. Arrepentido, se volcaba ahora a su misión espiritual, convencido de la sentencia atribuida a San Felipe Neri, tal vez sin fundamento, según la cual, «en la batalla de la carne, vence el que huye».

El cura estaba en Barcelona desde mayo del treinta y nueve. Apenas llegado, había recibido la visita de una dama, enviada, con todas las recomendaciones y carta de puño y letra, por don Antonio de Tormo, fidelísimo hombre del Movimiento Nacional que el Primero de Abril no había entrado en Barcelona con las tropas de Franco, por no haber salido de ella durante la contienda. Tres años de heroico encierro en una buhardilla habían bastado para cimentar su porvenir.

La mujer invadió su despacho dejando fuera un niño rubio, delgado y tranquilo, de nueve años, según supo de inmediato el sacerdote. Aquella madre, soltera, se resistía con éxito a las clasificaciones del Régimen; el Régimen, por su parte, respaldaba su resistencia: don Antonio vería con buenos ojos que el pequeño fuese aceptado en la escuela en pie de igualdad con sus coetáneos nacidos en hogares de matrimonios legítimos y que recibiese cristiana instrucción, y con muy malos cualquier quiebro en el imprescindible silencio. Los deseos de María Teresa Eguren, la madre, eran órdenes.

Fernando Eguren, el hijo, que aún no era, ni soñaba, al menos conscientemente, con llegar a ser el Niño de las Palmas, que ni siquiera

había pisado jamás el Paralelo, fue todo respeto en la presentación: Don Servando velará por ti de aquí en más, Velaré por su saber y por su salvación. En los ojos del chico percibió el hombre imágenes del que podía llegar a ser su desastre. Cinco años duró el calvario de la visión diaria del que se hacía mozo y tentaba, con medias confesiones innecesarias, a la particular amistad. Al fin, se separaron sin mácula, sin haberse hablado verdaderamente, entristecidos y curiosos.

María Teresa Eguren había encontrado su solución mucho antes de la guerra. Cuatro años después de la muerte de Lenin, entraron tres hombres a la casa de la calle de las Arrepentidas en la que ella estaba de pupila. Eran gente de dinero, y dos de ellos lo revelaban, amén de en su cuidado, en su autoridad; el tercero era ceremonioso y melancólico, quizás inocente, seguramente débil. Las mujeres esperaban en el salón, haciendo ganchillo o labores de costura menuda. Ella fumaba y estimaba el blanco de sus propios muslos por encima de la línea de las medias. Los dos individuos de más costumbre escogieron compañeras sin vacilación; el otro fue abandonado a su suerte en el rincón de un sofá:

—Me llamo María Teresa —lo dijo sentándose a cierta distancia del visitante: con una mano sostenía el cigarrillo, y con la otra conservaba apenas entreabierto el peinador de tul con que se cubría.

—Yo soy Antonio —confió él—, y no suelo venir a estos sitios.

—¿Casado?

—Sí.

—Y fiel.

—Sí, señora. He venido con esos dos porque son clientes y pretendo atenderles de acuerdo con su sentido de la diversión.

—No tienes que explicarme nada. ¿Quieres beber algo?

—Anís, gracias.

Fue a buscar la copa, lenta, exhibiéndose, dando tiempo al hombre para aceptarse en su deseo.

—¿No te gusto? —preguntó al volver—. ¿No te gusto nada?

—¿Por qué quiere usted saberlo?

—Puedo no gustarte. No soy una señora.

—Pues lo parece.

—¿Quieres decir que te gusto?

—Sí.

—Y tú me gustas a mí. Eres muy guapo, ¿no te lo han dicho otras?

—Las señoras rara vez dicen esas cosas. Y usted debe de decírlas demasiado a menudo. Pero es bonito oírlas.

Don Antonio de Tormo engulló dos buches más de alcohol antes de subir a la habitación de María Teresa. Ella le desnudó con mimo, como a un niño. Era temprano, no habría clientes abajo, podía tomarse tiempo con él: le abrazó y le besó como una verdadera amante, e ignoró sus torpezas, su miedo a ofenderla, a disgustarla. Finalmente, le hizo entrar en ella, «¡qué dulce eres!», le murmuró al oído, y gimió y pidió ayuda a Dios y a la Virgen mientras le clavaba las uñas en la nuca, le impedía apartar la cabeza del hueco de su hombro y apreciaba las calidades de su ropa, el lustre de los zapatos, el dinero que brillaba invisiblemente en todas las prendas.

Él terminó, convencido de que la mujer le había acompañado, y se quedó tendido a su lado con una confianza y una paz que desconocía.

—Eres un amante maravilloso —mintió María Teresa, mirando aquel cuerpo blando, blanco y lampiño—. Espérame.

—¿Qué va usted a hacer? —se inquietó él al ver que se echaba encima una prenda de raso granate y abría la puerta de la habitación.

—Espérame, por favor —rogó ella—. No tardaré nada.

Salió. Sin soltar el pomo de la puerta cerrada, apoyó la espalda en el vano. No había nadie en el corredor. Contó hasta veinte, lentamente, apretando fuertemente los párpados. Veinte, murmuró. De un bolsillo del kimono sacó un puñado de monedas de un duro. Con ellos en la mano, regresó donde el hombre la aguardaba, desnudo, sentado en el borde de la cama.

—Toma —dijo, tendiéndole el dinero.

—¿Qué es esto? —se sorprendió él.

—Diez duros. Lo que has pagado por mí. A ti no pienso cobrarte. Nunca.

—¡Qué tontería! Lo necesita usted, debe vivir.

—Para eso están los clientes. De ti, lo único que espero es que vuelvas.

Don Antonio se levantó y la abrazó, agradecido.

—¿Volverás? —urgió María Teresa—. Por favor, vuelve, vuelve.

Volvió al día siguiente. Pidió perdón por ser casado, católico y sentimental, y se acostó con ella. Siguió visitándola de lunes a viernes, y los sábados por la mañana. María Teresa le inició en juegos cuyo recuerdo le obsesionaba luego, le llenaba de miedo, le irritaba y le hacía anhelar con toda su alma un nuevo encuentro. Cada vez él pagaba su dinero, le entregaba a ella la chapa y tomaba a cambio una porción de sus ahorros, lo que la mujer había reunido para retirarse. Cada vez, se dejaba decir que era el mejor de los amantes del mundo, el único, ninguno había que se le asemejara, jamás nadie había hecho el amor así. El aplomo que obtenía de aquellas palabras le compensaba con mucho la zozobra que le suscitaba su sumisión al pecado, al placer.

Aquello duró dos meses. Al cabo, don Antonio de Tormo alquiló un piso en un edificio de la calle Diputación, por Tetuán, cerca de la plaza de toros, e instaló a María Teresa Eguren.

María Teresa tenía necesidades demasiado imperiosas para ser desoídas. Llegó a un acuerdo con su antigua alcahueta y, de tanto en tanto, sobre todo en domingos, cuando sabía a su protector entre los firmes muros de su hogar, regresaba al burdel.

Las noticias de la crisis del veintinueve y del embarazo de su mantenida sobresaltaron simultáneamente al pálido don Antonio. Fernando Eguren nació en 1930, en casa de su madre, con la ayuda de una comadrona anónima que sabía mucho más de abortos que de partos.

—Nada he de pedirte, Antonio. Bastante me has dado ya con este tiempo de felicidad —otorgó María Teresa cuando tuvo a la criatura a su lado, una bola rubia en cesta de mimbre con rasos celestes—. Pero el niño, mi amor, el niño debiera tener seguridades. Hazle el regalo de su vida: compra este piso para mí, será su herencia. Si faltamos, que no haya de pasar frío. Mírale, qué pequeño.

Las cosas se hicieron como ella deseaba: su hijo vivió siempre en la casa en la que le trajeron al mundo.

María Teresa tenía menos de cuarenta años y era todavía bella cuando dejó este valle de lágrimas, sin haber padecido la tragedia de no ser deseada: aun en la enfermedad, percibía la apetencia de los otros.

El final llegó en el verano del cuarenta y ocho. Al sentir la inminencia de la muerte, llamó a su lado a don Antonio.

Él se sentó en una silla, junto al lecho, y cogió una mano de la mujer entre las suyas.

—Sabes, Antonio —dijo ella—, no has sido nunca un buen amante.

—No te esfuerces, Teresa, descansa, no digas nada —trató de ganar silencio quien tantas maravillas había oído.

—No, ya descansaré. Ahora quiero que me escuches: nunca me has atraído, jamás he gozado contigo. Pero date por contento: has comprado a un precio muy bajo los últimos años de mi vida. No los has comprado enteros, también es verdad: no he pasado todo mi tiempo encerrada aquí, esperando que llegaras. Muchas noches he salido en busca de hombres, más de uno y más de dos, si cuadraba, aun después de que hicieses instalar el teléfono. Aunque eso ha sido hace poco, y yo he hecho mis escapadas desde el principio. Ni siquiera sé de quién es hijo Fernando. Te lo digo para que no pases apuro por él, ahora que está criado. Tendrá este piso, que ya he puesto a su nombre, y se buscará el pan. Mejor te quedas en paz y te olvidas de todo —calló y cerró los ojos.

—Mal asunto el odio, Teresa. No importa: el dolor nos convierte en enemigos. Yo me doy por bien pagado con lo que he tenido contigo: durante casi veinte años he vivido sintiéndome un héroe: veinte años de respeto por mí mismo: es más de lo que la mayoría de los hombres consigue nunca.

María Teresa Eguren no le oyó. Había muerto al terminar su párrafo de venganza. Don Antonio no conocía el momento exacto del tránsito, pero entendió que no obtendría respuesta: besó la frente de la mujer muerta y llamó a su secretario, que le esperaba en la sala en compañía de Fernando. Dio las órdenes precisas para que todo se hiciera como era debido, y abrazó al muchacho. Sólo una vez más volverían a cruzarse, y también para una causa última.

Ella fue enterrada en Montjuich, con lápida y monumento, pero únicamente la despidieron su hijo y don Servando, que dijo el responso, esperó que cubrieran el ataúd y regresó al centro de Barcelona en un coche de alquiler junto a su discípulo, que le había llamado.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme —dijo el sacerdote cuando ya iban a separarse.

—Necesitaré, claro que necesitaré —advirtió Fernando—. Aunque no sé qué cosa, ni cuándo. De todos modos, no se comprometa usted conmigo, porque no le seré de fortuna.

—¿Ya rezas? —preguntó el cura.

—Jamás. Bien sabe, padre, que no tengo fe. ¿Y qué esperanza puedo tener?: mi madre no era buena persona, y yo no soy mejor. Caridad, la espero de los demás.

—Hoy tienes una gran pena, Fernando, y te sientes muy solo. Debes reflexionar.

—Si saco alguna conclusión que le beneficie, será usted el primero en saberlo, no lo dude.

Se estrecharon la mano. Servando Laín regresó a su iglesia y Fernando postergó su vuelta a casa. Anduvo Ramblas abajo y, por Conde del Asalto, buscó el Paralelo, cruzando el Barrio Chino, las calles y los lugares que ahora le pertenecían.

VII

En los primeros días de setiembre, José María Rego, recién llegado de Francia, buscó a Quim Dalmau.

Los dos hombres tenían razones para sentirse unidos por encima de las posibles diferencias determinadas por la edad —Rego era ya un adolescente

en el veinticuatro, al nacer Dalmau—. Los Rego habían dejado Orense para establecerse en Barcelona por decisión de la CNT, en mil novecientos veintiuno: el viejo don Manuel, maestro tallista, hacía falta allí donde la agitación era mayor: hasta su muerte, ocurrida poco después de la proclamación de la Segunda República, fue amigo de Albert Dalmau, padre de Quim. El dieciocho de julio del treinta y seis, José María contaba veinticinco años; Quim, doce. El más joven fue el primero en perder a su madre, en uno de los bombardeos del treinta y ocho sobre la población civil; el mayor logró identificar y recuperar el cadáver de la mujer, y tramitó su entierro en Montjuich. Diez meses más tarde, la enfermedad se llevó a la viuda de Manuel Rego: por azaroso designio de los administradores del camposanto, fue a descansar muy cerca de su amiga. Albert Dalmau murió en el cuarenta, en una saca de amanecida del Castillo de Montjuich, con otros militantes y algunos que no lo habían sido.

Quim Dalmau, refugiado en su escasa edad y su aire ausente, pasó los primeros años de la posguerra en el aprendizaje del oficio paterno y en la siembra de vínculos para el porvenir. José María Rego sobrevivió a Argeles y a los combates de la Resistencia en la Alta Saboya. Después de la liberación de París, en alguna altura política se pensó en él para tareas en el interior, y se le procuraron los medios para que cruzara la frontera.

Vinent, en el mercado de la Boquería, le había dicho que Dalmau vivía cerca de allí, no sabía exactamente dónde, tal vez en la calle Hospital, que trabajaba en una imprenta, en Sants, y que solía mostrarse al atardecer por el café de Armet, en el Paralelo.

Rego recorrió varias veces, en días sucesivos, la acera del local, observando el interior sin detenerse. Por fin, un sábado, distinguió a Dalmau, sentado, solo, a una mesa. Rodeó la manzana y, al encontrarse nuevamente en el mismo punto, entró, sin proporcionar ni percibir la menor señal de reconocimiento. No había sillas libres, lo que le justificó acercarse a la barra y pedir un anís seco doble.

Servía un hombre de bigote muy fino, labios muy finos y maneras muy gruesas, duro, impertinente, bajo y calvo: Armet.

Los parroquianos eran, en su mayoría, habituales: sonreían con tristeza en los altos de una conversación insostenible, en espera de quién sabe qué milagro o desastre.

Rego tragó un sorbo de chinchón.

La puerta, abierta al intenso calor de fuera, dio paso a una mujer con un pequeño en los brazos, una mujer alta y delgada, blanquísima, que se acercó sin vacilaciones a las mesas en las que nadie podía darle nada, moviéndose con rapidez, librando una batalla agotadora e incesante contra la realidad.

—No tengo qué dar a la criatura —era el suyo un pedido laico, sin Dios ni caridad, y lo reiteraba con voz clara. Rego tenía los ojos fijos en su copa, y no los levantó cuando, sobre el rumor general, se oyó al propietario del café, que no se dirigía a nadie en particular, ni siquiera a aquella de la que hablaba, tal vez sólo hablase para sí mismo, para su reflejo en los cristales de las estanterías en que se alineaban los alcoholes:

—Que les den mucho por el culo: a la madre y al niño. Mucho —dijo.

Cayó sobre el lugar una capa de silencio espeso.

Alguno miró hacia donde el hombre, imperturbable, seguía con indiferencia en su labor de vasos, tazas y botellas; otros miraron a la mujer. Todos acabaron por mirar al suelo al cabo de cinco, quizá diez segundos. La vergüenza metió una mano confianzuda en el estómago de Rego. Entonces se escuchó a la mujer:

—A la madre, sí —dijo—. Que le den por el culo a la madre, bueno. Pero a mi niño no. Nadie. Nunca —calló y desapareció, no estuvo más, si alguien quiso ver su rostro, no lo encontró: dejó allí, en el aire común, una acusación, un montón de antiguas culpas.

—Que no le han de dar... —profetizó Armet, convencido—. Bueno... Dirá ella que no le han de dar. Mucho mucho —aseguraba, sin interés por las respuestas. Caminó hacia el fondo del salón murmurando infamias. Ése fue el momento en que Dalmau se puso en pie y se aproximó a la barra, con unas monedas en la mano, para pagar su bebida.

—Mañana, domingo, visitaré a mamá —dijo Rego, perdiéndose en un ostensible bostezo—. A la una.

Dalmau dejó dinero sobre la barra y se marchó. Rego salió unos minutos más tarde.

VIII

Elena Vargas y Mila Solé bajaron del tranvía dos paradas antes de alcanzar la casa: preferían llegar hasta allí andando: una madre todavía bella y una hija resplandeciente, con mucho dinero puesto, excelente partido para un mozo con porvenir, por qué no: no paseaban, su paso era decidido, irían de negocios, en épocas tan crueles todo el mundo debe defenderse.

La vieja no se mostró asombrada cuando abrió y se las encontró allí. Miró primero a Elena; después, con más interés, a Mila:

—Has crecido mucho en poco tiempo —dijo—. Nunca creí que Borrás fuese tan generoso.

—¿Borrás? —olvidó Mila—. No conozco a nadie con ese nombre. ¿No nos harás pasar?

Mercedes se apartó para permitirles entrar y cerró la puerta tras ellas.

—Sentémonos —decidió Elena—. Las tres. Hemos de hablar.

Ella misma dispuso los taburetes, muy próximos, e indicó a la madrastrona dónde debía ponerse:

—Aquí, entre tus dos amigas —dijo.

Abrieron los bolsos a la vez, movimientos idénticos. Mila colocó sobre la mesa la navaja del ahorcado. Elena, unos cuantos folios de leguleyo.

—Esa navaja es de Borrás —afirmó Mercedes.

—Esta navaja es mía —dijo Mila, recogiéndola y abriéndola—. Es mía y corta estupendamente. La hoja no es demasiado larga, pero sobra para el cuello.

Calló, dieron tiempo a la vieja para entender la situación. Elena hurgó en el interior de su bolso y sacó de él una estilográfica.

—Hermoso instrumento —se felicitó—. Es alemana. ¿Quién tiene algo así en estos días? Va muy bien, pero que muy bien. Firma aquí —había puesto los papeles delante de la vieja y ahora le tendía la pluma.

—No servirá —se defendió Mercedes—. No hay notario aquí que dé fe de nada.

—No seas imbécil —se indignó Elena—. Hay más notarios en mi cama que pelos tienes tú en la cabeza. Firma.

La mujer obedeció, firmó todas las páginas.

—Tienes un dinero mío —dijo Mila cuando la otra terminó.

—¿Tuyo?

—Acabas de devolverme una parte de lo que mi madre dejó. Ahora quiero lo que se pagó por mí. Me debes mucho más, pero te pido sólo ese dinero. Soy de buen conformar, ¿no?

Mercedes no nombró a Borrás.

—Todo el dinero que tengo está allí, en aquel bote. Ya lo sabes, en el estante de las cartillas.

Mila se levantó, sin soltar la navaja, y fue en busca del bote. Estaba lleno de billetes. Lo vació sobre la mesa y apartó veinte duros en papeles pequeños. Contó el resto, novecientas veinte pesetas, sin la calderilla, lo alisó, lo dobló y, alzándose la falda, lo guardó en una media, la derecha. El gato bostezó.

—Te dejo para que comas durante un tiempo.

—Ya veo. ¿Debo agradecértelo?

—Debes agradecerme el seguir viva. Vamos, Elena.

Tomaron el tranvía en la parada más próxima.

Era domingo.

IX

El sol caía con violencia sobre el cementerio, ahuyentado o postergando a las viudas y a los huérfanos más fieles: se veía poca gente por allí.

Rego estaba arrodillado junto a la tumba de su madre, tantos años después, arrancando unos hierbajos de los bordes de la lápida. Cuando sintió la sombra de Dalmau sobre su espalda, se puso de pie, sudoroso y lento.

Los dos hombres se miraron largamente antes de echarse a un abrazo muy hondo, a lágrimas y tiernas palmas: no pensaban en pérdidas, aquello era todo renacimiento. Cerca, un joven rubio les observaba: Rego percibió su presencia al otro lado de su llanto tranquilo, pero se desentendió de él: allí no llamaría la atención el que dos hombres se abrazaran, se estaba entre el desconsuelo, los silencios eternos, las buenas compañías.

Después del abrazo, buscaron palabras, tenían mucho de que hablar, pero todas las historias eran demasiado largas y demasiado cortas para ser contadas allí.

—Está muy bien cuidada —dijo finalmente Rego, señalando la piedra.

—Vengo a menudo hasta aquí —respondió Dalmau—. Es un buen sitio para reflexionar.

—¿Y sueles hacerlo?

—De alguna parte hay que sacar fuerza, Pepe. Pronto hará diez años que espero. No sé bien qué, noticias de fuera, supongo.

—Es lo que he traído: noticias. De París. De los compañeros de París.

—¿Están dispuestos a ayudar? Aquí se necesitan muchas cosas. Información, sobre todo. Para que la gente escuche, hay que contarle algo más que sueños o deseos.

—Ayudarán, Quim. Tendrás información, y contactos. ¿Te ves con muchos compañeros?

—Converso con algunos. Cuando haya prensa, o algo parecido, podremos hablar de organización.

—¿Sabes, Quim? —con delicadeza, Rego—. Hay compañeros que combaten todavía, su lucha no es conocida, pero existe. En París se considera imprescindible la solidaridad con ellos, una caja.

—¿Me estás hablando de solidaridad con el maquis? ¿Quieres decir que en Francia creen que se puede ir a los trabajadores a pedirles dinero para el maquis? No tienen ni para comer.

—No sólo lo creen: confían en que tú puedas iniciar la tarea cuanto antes. No sé en qué se fundan los compañeros, dejaron de verte cuando eras poco más que un niño, pero saben que no has cambiado. Yo también lo sé, Quim.

—Y tenéis razón, tú y los otros: no he cambiado. Por eso te digo lo que te digo: que sois todos unos gilipollas. No, me equivoco, todos no: en esto debe de haber también más de un cabrón. Mira, Pepe, he esperado mucho, por un mensaje, por ayuda, por cosas por las que ni yo mismo sé que esperaba, pero en ningún caso esperé una orden desde el otro mundo.

Rego miraba el suelo, apesadumbrado. La reacción de Dalmau le había dejado sin argumentos, pero confirmaba que en verdad seguía siendo el mismo muchacho.

—¿Qué hubieses preferido? —averiguó—. ¿Qué quieres que te traiga de París en mi próximo viaje?

—Preguntas, Pepe. Quiero que traigas preguntas sobre lo que realmente ocurre aquí. Siempre me gustará verte, eres mi amigo, pero tienes que entender que nunca cumpliré órdenes de nadie: lo más que haré será compartir la responsabilidad de las decisiones con los compañeros de aquí. Explícale a aquella gente que, si se organiza algo en Barcelona, es deber de ellos asistirnos, si llega el caso, pero nada más.

—Trataré de explicarles, Quim, trataré. Pero tú has de comprender que son viejos políticos, personas muy bregadas, no son tontos ni desconocen el país: seguramente, saben de lo que sucede en Asturias mucho más de lo que se sabe en Barcelona.

—Si los de Asturias aceptan a ciegas sus condiciones, sólo dirán mentiras para tapar fracasos.

—Quizá tengas razón.

Rego y Dalmau dejaron vagar los ojos por los alrededores: ninguno de los dos se había mantenido alerta, habían olvidado por un momento toda precaución. Pero no había nadie más que el joven rubio, muy lejos.

—No era esto lo que imaginabas, ¿no? —quiso asegurarse finalmente Dalmau.

—No —ratificó Rego.

—¿Y qué imaginabas? Siempre ha sido así, desde el treinta y seis, tú lo has visto.

—Sí, lo he visto.

Rego miró alejarse al joven rubio que les había estado observando: era hermoso, tan delgado y firme, le hubiese hecho bien abordarle, procurar con él una charla insustancial, u otra cosa.

—Regresaré dentro de un tiempo. Mejor no me dices dónde estás viviendo. Quiero saber poco.

—Eso es lo que me preocupa, Pepe. ¿Es mejor saber poco?

—Así ha sido siempre.

—Eso no significa que sea lo correcto —se irritó Dalmau—. ¿Por qué habría de serlo? ¿No quieres conocer mi dirección? ¿Por qué? Medio Barcelona la conoce. ¿Temes delatarme? Ya lo puedes hacer ahora. No me encontrarán nada, no diré nada.

—Tienes razón, discúlpame. De todos modos, si vengo con algo, no sé, cualquier cosa que envíen, no te lo llevaré a tu casa. Veré la forma de hacerlo.

—Tranquilízate, estaré aquí cada domingo.

Se despidieron con otro abrazo.

Esta vez, Rego fue el primero en marcharse.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO SEGUNDO

*¿No es la espera de una muerte violenta,
después de todo, una verdadera enfermedad?*

LERMONTOV, *Un héroe de nuestro tiempo*

I

Mila y Elena se sentaron en la sala, apenas entradas de la calle. Sonreían. Abrieron sus bolsos.

—Tu casa —dijo Elena, entregando a Mila los papeles firmados por Mercedes.

Mila los cogió, los miró y los dejó sobre la mesa.

—Gracias, Elena.

—Me ha gustado mucho acompañarte. El trabajo lo has hecho tú sola.

—No, no puedo engañarme sobre eso: nunca hubiese conseguido nada sin tu ayuda. He pensado mucho en mi madre estos días, sabes que mi recuerdo de ella es muy pobre, muy lejano, quizá sepa más de oídas que de memoria. Pero se me ocurre que ha de haberse parecido a ti, o es así como prefiero imaginarla.

Se levantó y se acercó a Elena. Le puso las manos sobre los hombros y la besó, la besó en la boca, fue un beso profundo y en él puso todo el sentimiento de que era capaz.

—Gracias —repitió.

Elena se puso de pie, le acarició el pelo y le sostuvo la barbilla con ternura, mirando sus ojos.

—Ha sido un hermoso beso, reina, pero no debes ponerte tan tierna, nunca, ni siquiera conmigo: la ternura debilita. Aún tienes que aprender tantas cosas —dijo.

—Permíteme ser débil contigo —pidió Mila.

Elena interrogó el rostro de la muchacha.

—¿Qué te pasa, criatura? ¿Es que me deseas?

—Sí —confirmó Mila.

—Ven, vamos al dormitorio, te enseñaré algo —propuso Elena.

Se quitó toda la ropa, salvo los zapatos de tacón altísimo, y se contempló en la luna del muro.

—¿Verdad que no soy fea? —quería que Mila lo dijera, quería que lo dijera todo, esa chiquilla era incapaz de aprender nada que no surgiera de su propia persona.

—Eres muy guapa —aseguró Mila.

—No basta con eso, eso no significa nada. Tienes que ser más precisa. ¿Qué te parecen mis tetas?

—Son magníficas —reconoció Mila.

—¿Qué es lo que te parece magnífico? Yo necesito oírlo todo, absolutamente todo.

—Tienes unos pechos magníficos.

—¿Pechos? ¿Es que te vas a meter a monja? Yo no tengo pechos, tengo tetas, y espero saber si son magníficas, espero oír la declaración completa.

—Tienes unas tetas estupendas, quiero tocarlas, sentirlas en los labios, ¿es así como quieres oírlo?

Elena se acercó y puso una mano sobre el hombro de Mila.

—Sí —dijo—. Además, es así como tú quieres decirlo.

Elena dejó el hombro de Mila, pasó la mano por su pelo, se detuvo con las puntas de los dedos en su mejilla y le acarició los labios con el pulgar. La muchacha puso su propia mano sobre la mano de la amiga, reteniéndola sobre su rostro.

—Elena —dijo.

—Sí, cariño.

—¿Te gusto?

—¿Tú quieres gustarme?

—Lo necesito.

—Entonces, me gustas.

Se separó de Mila. Fue hacia la cama y se echó en ella, dando la espalda a la muchacha. Dobló las rodillas y dejó reposar un brazo sobre el cuerpo: era la entera carnalidad, el entero abandono.

—Elena —repitió Mila. No podía apartar la vista de la mujer. Ardía y tenía un nudo en la garganta. Se sintió mareada.

—Dilo, reina, dilo —la invitación no bastó para hacer hablar a Mila, demasiado conmovida, demasiado desconcertada—. Ven aquí —resolvió la mayor de las mujeres, volviendo únicamente la cabeza y señalando con los dedos abiertos el borde de la cama. Mila obedeció, fue a sentarse a su lado —. Cierra los ojos —ordenó Elena, y Mila cerró los ojos.

Elena cogió la mano derecha de Mila con su propia mano derecha, y, con la otra, empezó a acariciarle la espalda. Mila tenía la mano izquierda sobre el pecho y, en el momento en que la otra le apartó el pelo para pasarle las puntas de los dedos por el cuello, soltó el primer botón de su blusa. Sorprendida por su propio gesto, abrió los ojos. Elena le sonreía. Volvió a cerrarlos.

—Quieres que te siga acariciando —afirmó Elena.

—Sí —acató Mila.

—Dilo: quiero que me sigas acariciando.

—Quiero que me sigas acariciando.

—¿Y no quieres nada más?

—Muchas cosas. Todo.

—Pídelas.

—No sé pedir. Sé hacer, pero no sé pedir.

—¿Quieres sentir tus pezones entre mis labios?

—Sí.

—Dilo. Píde.

—Quiero que... me beses los pezones, que los acaricies con la lengua.

—¿Sabes cómo hay que decirlo? ¿Sabes qué quieren oír los hombres, y las mujeres?

—¿Cómo? —lo sabía, necesitaba que la otra le proporcionara más y más palabras.

—Mamar. Mamar las tetas. Dilo.

—Quiero que me mames las tetas, que me las chupes, que me las muerdas —pidió, dijo, lo dijo y lo supo, volvió a saber lo que había sabido siempre, reconoció la naturaleza y la intensidad de su deseo y se echó a llorar, apretando con todas sus fuerzas la mano de Elena.

—No abras los ojos.

Los mantuvo cerrados, a pesar de las lágrimas.

—¿Quieres que te bese el sexo? ¿Lo quieres? —preguntó Elena.

—Sí.

—Dilo, pídelo, grítalo.

—Quiero que metas tu lengua entre mis piernas —más llanto, más agudo en la voz, los ojos cerrados y las mandíbulas apretadas.

—¿Cómo se dice, Mila? Tú lo sabes, Mila, pide.

—Quiero que me comas el coño —un grito, más lágrimas, los ojos siempre cerrados.

—Desnúdate, Mila, sin abrir los ojos.

Se deshizo de la blusa, de la falda, de las bragas: de pie junto a la cama, sin abrir los ojos. Elena la acariciaba las pantorrillas, después siguió hacia arriba, a medida que se incorporaba, con las uñas, suavemente, por el interior de los muslos, en esbozos de círculos, hasta que estuvo de pie junto a Mila desnuda y empezó a pasar el dorso del pulgar por el sexo cubierto como de hilos de seda. Entonces la besó. Primero hubo los dientes crispados, después la lengua por los labios, buscando un paso para deslizarse dentro de la boca de Mila, lo encontró sin dificultad.

Mila quiso abrazarla, pero topó con una resistencia indefinible y con la voz imperiosa:

—Ahora, déjame hacer a mí.

La lengua de Elena, los dedos de Elena, los labios de Elena estaban en todo su cuerpo, el cuerpo de Elena en su cuerpo, las manos de Elena en sus manos, los pies de Elena entre sus pies, el pelo de Elena entre sus dedos, los brazos de Elena echándola sin violencia sobre la cama, la cabeza de Elena entre sus rodillas, entre sus muslos, la lengua de Elena entre los labios de su sexo, subiendo y bajando, deteniéndose arriba para trazar figuras sabias, perfectas, abajo, apenas una insinuación entre las nalgas, los dedos de Elena recorriendo a la vez la línea, pronunciando su forma, abriendo esas nalgas para dibujar el orificio del culo: sus ojos encontraron los de Elena en su cara: sonrió: Elena se detuvo.

—Sigue, sigue, por favor —pidió Mila.

—¿Que siga haciendo qué?

—Quiero que me comas el coño —articuló como una escolar que repitiera una lección de memoria, sin dejar de sonreír, hasta que Elena

atendió a su ruego y ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás, perderse, metiendo otra vez los dedos en el pelo de Elena: sintió cómo la otra se apartaba de pronto y le llevaba una mano a su propio sexo, como si la guiara para enseñarle a escribir.

—Hazlo. Hazlo tú —impuso Elena—. Yo te miraré.

Mila volvió a cerrar los ojos y empezó a masturbarse. Elena estaba de pie, a su lado, observándola, esperando el orgasmo.

—Abre los ojos —le dijo entonces.

Mila abrió los ojos.

—No lo dejes —sostuvo Elena—. Lo haces para mí, que te estoy mirando. ¿No te gusta que te mire?

—Sí, me gusta.

—Dilo.

—Me gusta que me mires.

—¿Que te mire?

—Me gusta que me mires cuando me toco.

—¿Te tocas, Mila, como las niñas de los colegios de hermanas? ¿Es eso lo que haces?

—Me gusta que me mires cuando me hago la paja, me pone muy caliente que me estés mirando —era la última defensa: Mila separó aún más las piernas.

—Basta —autoritaria, Elena, ahora distante—. Basta.

Mila se detuvo, hubiese continuado así.

—Levántate y cúbrete.

Elena salió de la habitación y regresó con dos copas de Calisay.

—¿Quieres un trago? —ofreció.

—Claro —agradeció Mila—. Y uh Tritón.

—¿Te ha ido bien?

—Sí, muy bien. ¿Y a ti?

—Toma —le tendió una de las copas y un cigarrillo encendido—. Ven aquí.

Mila dio dos pasos hacia ella.

—Tócame —dijo Elena.

Mila le rozó una mejilla, era una realidad frágil.

—No, no la cara. El coño, reina.

En ese instante, saliendo al fin de su propio ensueño, Mila se dio cuenta de que sólo Elena había actuado verdaderamente, de que se había ocupado de su cuerpo sin que ella hiciese nada. Atendió a la indicación, tocó el sexo de la mujer: encontró tibieza, ninguna humedad.

—Estás seca —aprendió con sorpresa.

—Sí, estoy seca —confirmó Elena—. Quería que lo vieses, que entendieras.

—¿Qué? ¿Que no te gusto? ¿Que no te gustan las mujeres?

—Sí que eres dura, chiquilla. Quería que entendieses que ser puta es una profesión. El placer y el cariño son harina de otro costal.

Mila volvió a sentarse en la cama. Fumaba, en silencio, mirando al suelo.

—Mila.

—Dime.

—¿Lo has comprendido?

—Claro, pero no tiene por qué ser así entre nosotras.

—Es cierto. No tiene por qué.

Siguieron bebiendo y fumando, pensando cada una en la otra, en la carne de la otra, en la vida de la otra.

—Oye, reina —cedió Elena—. No pases pena: yo te deseo mucho mucho.

—Soy una puta, un imán, reflejo tu necesidad de ti; ahora sólo vivo por tu deseo —rezó Mila—. Me moriría si no me desearas.

—¿Querrás dormir conmigo, hacer el amor conmigo esta noche, toda la noche?

—¿Las dos, Elena? ¿Será para las dos? ¿Te correrás tú también?

—Las dos, muchas veces. Las dos.

—Ven, ven a mi lado.

Despertaron cerca del mediodía, el lunes.

II

Los últimos días de octubre fueron muy fríos en París. Rego se puso la gabardina. Faltaban tres horas para su cita con Manuel. A pesar de que la distancia entre las Tullerías, donde se encontraba, y la Rue de la Fédération, donde tendría lugar la entrevista, era grande, decidió andar. A pesar de ello, aún le quedaban cuarenta largos minutos vacíos cuando se vio a doscientos metros de su destino. Buscó un café en que ampararse y beber algo. Lo encontró, tres manzanas más allá. Importaba tanto no llegar antes de lo acordado como no llegar más tarde: la puntualidad reducía la posibilidad de encuentros con amigos o con enemigos.

Desde la acera opuesta, el local le pareció desierto. Sólo cuando estuvo a dos pasos de la entrada reparó en la presencia de un hombre en el interior. También se abrigaba con una gabardina. Rego no pudo evitar mirarle en el momento de abrir la puerta. El otro le recorrió con los ojos de arriba abajo, sin el menor disimulo. Español, pensó Rego. Policía, concluyó inmediatamente. Anduvo hacia la barra, bebió un coñá y encendió un cigarrillo. Pagó y salió sin volverse en ningún momento hacia el individuo. Dio varios rodeos antes de dirigirse al piso en que le esperaba Manuel.

No había nadie en la calle. Subió.

—Pasa, pasa —dijo el viejo.

Se abrazaron. Manuel echó la llave.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Ahora hablaremos —postergó Rego—. No enciendas ninguna luz, por favor. Vamos a la ventana.

Atravesó el corredor y la sala y fue a pegarse a la pared, junto a la ventana: no era necesario tocar los visillos, revelar el gesto, para observar la

calle.

El hombre del café estaba en la acera opuesta, en un portal, ocioso, distraído tal vez.

—Ven, mira —pidió Rego—. ¿Le conoces?

—Claro. Hace años que nos vigila. A saber a quién sirve. ¿Te ha visto entrar?

—No lo sé, imagino que sí. Nos cruzamos en un café, hace unos minutos.

—Olvídalo. Pasarás por el terrado y te marcharás por el piso de Jean Claude. Ahora, dime qué pasa allá, cómo has encontrado aquello.

—No quieren órdenes —podía haber sido más discreto, tenía más cosas de las que hablar, un preámbulo, generalidades; pero prefirió obviar la divagación.

—¿Qué no quieren qué? —se asombró Manuel.

—Órdenes.

—Pero si nosotros no hemos dado ninguna orden, únicamente hemos pedido colaboración.

—Pues eso: los compañeros de Barcelona consideran que son ellos los que deben pedir colaboración, que el papel decisivo es el de ellos, que desde aquí sólo se debe ayudar.

—¿Qué compañeros son éstos?

—Los que hay, Manuel. Personas a las que yo quiero mucho, a las que he tratado durante toda mi vida: mi gente.

—¿Les representas a ellos, Pepe?

—Yo no represento a nadie. Ni siquiera por entero a mí mismo. Trato de poner de mi parte para que las cosas se hagan, y se hagan bien. Y si no se les escucha, no llegaremos a ninguna parte.

—Mira, Pepe, la represión es muy dura, tú sabes, ellos tienen muy poca información, no saben lo que realmente ocurre ante sus narices. ¿Cómo pueden tomar decisiones así?

—Te diré algo: Quim Dalmau es un amigo, un hombre inteligente y que no ha hecho otra cosa que leer y oír y mirar a su alrededor desde que nació, un hombre al que habría que consultar siempre antes de opinar sobre lo que sea que ocurra allá. Pues bien: ha tenido la modestia de sólo pedir

información, quiere que se le cuente cómo está el mundo, pero sobre Barcelona, sobre su propia vida, quiere que se le pregunte, no que se le responda. Y tiene razón.

—¿Quieres café, Pepe? —Manuel eludió la respuesta inmediata. Conversaban en la penumbra, de pie, a un lado de la ventana. Mientras Rego se sentaba, el viejo se perdió por el corredor. Regresó con dos tazas de café.

—Viene bien. Hace frío —distrajo—. Tendremos una reunión, hay que estudiar a fondo lo que dices.

—No hay nada que estudiar, Manuel, está muy claro: cada uno sabe más de lo que ocurre en su casa que quien nunca ha entrado en ella. Se reconoce esto, o no.

—No es tan sencillo. En el detalle, quizá. Pero ¿y la visión de conjunto? Nosotros la tenemos.

—No pienso seguir escuchando, Manuel. Tened vuestra reunión. Si me necesitáis, me lo decís. Pero no me interesan las majaderías teóricas. Iré a España cuando haya algo que comunicar a los compañeros. Pero sólo regresaré aquí si tiene algún sentido hacerlo, si estáis verdaderamente interesados en lo que ellos digan o hagan.

—Lo estamos, desde luego.

Cada uno se perdió en sus pensamientos, en la planificación de sus pasos.

—¿Podrás ir el jueves a casa de Ramón? Nos reuniremos antes, yo les contaré tus preocupaciones a los compañeros, pero querrán hablar contigo, hacerte preguntas.

—¿A qué hora, Manuel?

—A las siete.

—Allí estaré.

Salieron juntos del piso, subieron al terrado, pasaron a otro edificio y salieron a la calle paralela a aquella en que esperaba el espía. Se despidieron sin efusiones y marcharon en direcciones distintas.

Al llegar al río, Rego se detuvo. Se apoyó en el pretil y se estuvo allí, fumando y viendo correr el agua. Por un momento, pensó en el chico rubio al que había visto en el cementerio, hacía tanto tiempo, en aquel otro país.

III

El invierno sorprendió a Mila en la calle.

Vagaba, como tantas veces, en busca de un rostro o de un gesto que sólo ella conocía, o que le iba a ser revelado por aparición.

El soldado la abordó en los alrededores de los tinglados que bordeaban las vías de entrada de la estación de Francia.

—Oye, nena.

Mila lo midió en un instante, ahora sabía.

—Soy cara —adujo.

—No estoy solo —explicó él, volviéndose de pronto—. Eh, chavales —llamó—. Aquí, esta moza necesita cuartos.

Se acercaron otros tres.

—¿Cuánto tenéis entre los tres? Quiero verlo.

Reunían once pesetas, todo su dinero en mucho tiempo.

—¿Te lo quieres ganar?

—No es mucho —estimó Mila.

—No tenemos más.

Marcharon juntos, Mila unos pasos delante, como para un fusilamiento, hasta un vagón de carga abierto, en las primeras vías.

Ella sabía que el mar no estaba lejos.

No había luz. En la penumbra, se quitó las bragas, se alzó la falda y se tendió en el suelo de madera.

Los hombres pasaron por encima de ella, no percibió diferencias entre uno y otro, salvo por el fuerte olor del último, de sudor y orines rancios: ninguno buscó su boca, se marchaban al acabar lo suyo, sin una palabra. Se quedó allí, viendo caer la noche. Se despreció, no por el lugar, ni por las

circunstancias, ni por el dinero, ni por la calidad de sus cuerpos, sino porque no había sido por ella, no era entonces imán ni espejo, no era siquiera una puta, aquello no era el mal, era una forma del dolor y, tal vez, de la caridad.

IV

Fernando Eguren dejó los polvos sobre el tocador y se miró en el espejo. Sonrió. Ahora era ella: siempre había tenido sus mismos ojos, su mismo color de pelo, los labios ligeramente más finos, pero animados por idéntico gesto. Ella disfrutaba del parecido, del hecho de que el hijo no suscitara otro recuerdo que el suyo. A él le hacía feliz el que sus rasgos no se asemejaran a los de varón alguno.

En vida de María Teresa no había establecido lazos con otras personas, ni siquiera con Don Servando Laín, que tanto le soñaba en su debilidad. Había preferido la sombra y la soledad, y sus íntimas urgencias habían tenido un destino silencioso y venal.

Pero ahora era ella. Estaba instalado en su habitación, vestía con sus ropas, llevaba en el piso una existencia de mujer ronca, espesa, lenta, entre muros rosados, cortinas rosadas, edredones rosados, sábanas de raso rosado. Desde hacía un tiempo, no mucho, todavía se contemplaba, se gozaba en tacones, bragas, ligueros, agotaba las artes del maquillaje.

Alguien llamó a la puerta. Se desentendió, no estaba allí, pero tuvo noticia del tiempo, de la proximidad del anochecer y de la proximidad del invierno. Empezó a deshacer su máscara, su rostro más cierto.

A las siete bajó andando hasta la calle Escudellers, oscurecido por el traje, el abrigo y el sombrero.

El cojo Ibáñez, con la excusa de su cajón y su taburete de limpiabotas, escuchaba para diversos patrones y anudaba ofertas y pedidos en celestinajes y tercerías de todas las clases.

Se acercó a Fernando en cuanto le vio aparecer desde las Ramblas. Le estaba esperando.

—Oye —le dijo—, ¿sigues con eso del cante?

—Es una idea, como tantas.

—Pues te tengo algo.

—Vamos a beber un vino y me lo cuentas —propuso Fernando.

—Eso.

Ibáñez expuso la trama en una tasca de la calle Ancha.

—Le he prometido la presencia del Niño de las Palmas —dijo.

—¿Quién es tal Niño?

—Tú, si te va el molde. Si no, ya buscaré a otro. Es para el viernes, quedan aún cuatro días.

—¿A quién has dado tu palabra?

—A uno que se deja ver de cuando en cuando por esta parte. No viene para él, le envían sus señoritos, a mirar por ellos.

—¿A procurarles putas?

—Sobre todo a eso. Pero no sólo quieren cama, también les llama el buen espectáculo, quieren animar sus fiestas.

—Putas y bufones, pues —dedujo Fernando.

—Si lo quieres poner así, bueno. Allá tú.

—Dime más, a ver si me lo vendes, cabrón.

—Te recogen con un automóvil, es en un palacio, fuera de la ciudad. Cantas, comes, te dan diez duros, como a una reina mora, y te ponen en Barcelona por la mañana.

—¿Diez duros? Está muy bien eso, ni la Piquer.

—¿Lo coges, pues?

—El Niño tiene que cogerlo. El Niño de las Palmas. ¿Cómo se arreglará todo?

Ibáñez dio los detalles.

V

Al día siguiente, por la mañana, Fernando Eguren fue a ver a Servando Laín. Durante años les había unido y separado lo irrealizable. Ahora, él había resuelto obedecer a su propio cuerpo, y elegía por el otro, iba decidido a someterle.

Esperó en la iglesia desde muy temprano, junto a una columna, detrás de los últimos bancos, hasta que el sacerdote entró en uno de los confesonarios.

Se aproximó sin prisas, permitió que una mujer de edad volcara sus miedos en la oscuridad del cubículo, que limpiara una vez más su porción de eternidad. Cuando ella se retiró, fue a ocupar el frente del confesonario. Don Servando le reconoció al cubrirle la espalda con la cortinilla morada. Recitó la fórmula inicial y esperó el confuso rumor de la invariable respuesta.

—Anoche dormí con un hombre —dijo.

—¿Por qué has venido a mí con esto, Fernando? Estás hablando en confesión, recuérdalo. ¿Te arrepientes?

—Me alegra que me haya reconocido. No estoy arrepentido, no me arrepiento de nada.

—¿Por qué me lo cuentas, entonces?

—Porque pensé que podía interesarle.

—Eres el demonio —se santiguó Laín en la sombra.

—Lo mío tiene que ver con el mundo y con la carne, pero no soy el demonio: soy una oportunidad, los años pasan pronto, ya tengo dieciocho, usted muchos más.

—El demonio —insistió el cura.

—Vivo en el lugar de siempre, usted sabe, una casa tranquila: la discreción está asegurada: me gustaría que viniese esta tarde.

No aguardó pena ni absolución. Se incorporó y abandonó el templo.

Servando Laín llegó a las cuatro. Fernando le vio por la mirilla: iba de sotana y llevaba un paquete en las manos. Le abrió la puerta resguardándose tras la hoja y echó el pestillo en cuanto el otro hubo entrado. Él vestía un kimono de seda rosada, una prenda ambigua que había sido de su madre. Se quedó junto a la puerta, los hombros contra la madera, atento y sereno.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el envoltorio que Laín sostenía aún.

—No sé por qué lo he traído —dudó el cura—. Quizá te siente bien, es ropa —la ofreció y Fernando, cogiéndola sin interés, la sostuvo tras su cintura, ocultándola, quitándola de en medio.

—Mírame a los ojos —ordenó el muchacho: el abandono repentino del usted que, hasta aquella misma mañana, había impuesto límites al vínculo entre los dos, definía un nuevo poder.

—Todo esto me va a costar caro, ¿no? —inquirió o supuso mosén Servando.

—Tú verás.

—A decir verdad, ya no me importa.

—Me has deseado siempre —afirmó Fernando.

—Siempre. Desde el principio, cuando eras un niño.

—Aún soy un niño —dobló una pierna, apoyando el pie en la puerta: se acarició el muslo, tan blanco—. Mira —dijo—, mi piel sigue siendo la de un niño.

El cura quiso tragar saliva, tenía la boca seca:

—Eres muy hermoso —dijo con voz ronca.

—Sí, lo soy.

Fernando se separó de la puerta y avanzó por el corredor.

—Ven —dijo, desde la puerta de la alcoba: Servando Laín no se había movido, necesitó que el chico insistiera—. Ven, hombre, no te quedes ahí, como si no quisieras venir.

Una vez dentro de la habitación, Fernando cerró con llave:

—Cuando salgamos de aquí, seremos otros —dijo.

La cama estaba deshecha y el aire, lleno de un perfume intenso, espeso, que reducía las proporciones del tiempo. El cura miró a su alrededor, toda aquella sabiduría:

—Lo que te he traído no tiene sentido en este sitio —confió y se sintió ridículo.

Fernando estaba sentado en la cama, las piernas descubiertas, los pies pequeños en chinelas de tacón de raso rosado: deshizo el torpe envoltorio de papel de periódico que le había entregado el que iba a ser su amante: sacó de allí unas medias, un ligero, lo sostuvo todo en el aire un momento y sonrió. Con las prendas y el papel arrugado y las manos sobre el regazo, levantó la vista hacia el cura.

—Ven —dijo—, acércate, arrodíllate, aquí, a mi lado.

Laín obedeció.

—¿Son de alguien que te gusta mucho?

—Sí.

—Cuéntamelo.

—Es una mujer, pero yo le pido que lo haga todo como si fuese un chico, y ella lo hace. Como un chico.

Estaba avergonzado, dolorido, entregado.

Fernando le rodeó el cuello con el brazo y le hizo apoyar la frente sobre sus muslos desnudos.

—Me hacías poner así, como tú estás ahora —dijo—. Yo era muy joven, mucho, pero sentía tu inquietud. ¿Lo recuerdas? —Lo recuerdo.

—Yo confesaba, me gustaba estar así.

—No todas las veces era de esa forma.

—No, no todas.

Fernando acariciaba el cuello de Laín.

—Dime más de esa mujer que se comporta como un chico. ¿La visitas a menudo?

—No, no muy a menudo. Pero si tú... —se interrumpió.

—¿Si yo qué?

—No volveré más —prometió el cura.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Cierra los ojos.

Le besó. Se besaron.

—*Ego te absolvo* —afirmó Fernando después del beso.

Se levantó, dejando al cura de rodillas, los ojos llenos de lágrimas, y se metió tras un biombo.

—Mira que yo no te seré fiel, Servando. Jamás.

Siguió un silencio.

—¿No me dices nada? ¿Querrás que te cuente lo que haga con otros?

Salió con sólo unas medias y un liguero, arreglándose el mechón rubio sobre la frente, y fue a sentarse ante el espejo del tocador.

—¿No me dices nada? —preguntó.

—Eres el demonio, Fernando. ¿Vas a pedir mi alma?

—Yo sólo pido cosas útiles.

—¿No es mi alma lo que pretendes?

—¿Tú pretendes mi cuerpo, Servando?

—Sí. ¿No quieres nada a cambio?

—Las putas muy caras decimos el precio después.

Servando Laín se acercó al muchacho y le puso las manos sobre los hombros.

—Tú no eres una puta —dijo—. Eres un ángel —se lo dijo a la imagen de Fernando en el cristal.

—Ésa es una confusión muy frecuente en la vida de las putas. Y muy peligrosa: primero las acusan de ser ángeles, luego les exigen que lo sean: como no pueden, las matan. No pensarás en algo así, ¿verdad?

—No. Pero eres un ángel. Muy hermoso.

—Puedes tocarme —ofreció Fernando, poniéndose de pie. Fue lo que hizo el cura, morosamente, sin acabar de creer en sus propios gestos.

—Quítate esa ropa —ordenó finalmente Fernando.

Más tarde, mientras jadeaba encima del adolescente, Don Servando Laín remordió su obsesión con una jaculatoria: «No te llevarás mi alma».

VI

En los días de la Segunda República, el exseminarista Jesús Vera había enseñado latín; sus precipitadas lecturas de Kropotkin, Romain Rolland y Plejanov, le habían llevado a simpatizar con el POUM: por lo primero, había quien le llamaba Miserere; por lo segundo, sus farragosas y vanas teorizaciones le habían procurado otro alias, por el que muchos le conocían, aunque nadie lo empleara ya: Gorkin. El Uno de Abril del treinta y nueve, le había devuelto a su nombre original —la pérdida o el olvido de los mote tenía que ver con la pérdida o el olvido de la alegría—, pero los amigos con los que podía contar le seguían pensando Miserere Gorkin.

Los cuadros que no mostraba a casi nadie, tal vez únicamente a Quim Dalmau, esas telas tétricas o blasfemas, retratos de bombardeados, de gaseados, de quemados, de agarrotados, imágenes de religiosos en acto carnal con animales, cardenales ornados con todos los atributos de su jerarquía, alzado el ropón, penetrados por gigantescos africanos, o monjas lascivamente entreveradas, esos cuadros, éstos, los firmaba MG: Manuel García, Miquel Gras, había pensado en ocasiones, deshaciéndose de ellos, Miserere Gorkin. Los otros, las pinturas religiosas, crucificados y madonas y ángeles perfilados en serie para la venta en santerías, tan prósperas, esas pinturas no las firmaba. Con tales devociones ganaba algún dinero.

Miserere compraba Anís del Mono y llamaba a Dalmau para beber en su compañía. Eran vecinos: ocupaban sendos habitáculos, tabiques con techos de placas de uralita, ardientes en verano y heladas en invierno, metáforas de la intemperie, en un terrado de la calle Hospital. Todo el Barrio Chino se había llenado en unos pocos años de chabolas así, otro barrio sobre los topes de las casas. Los que podían, robaban electricidad

para una bombilla de algún cable próximo y ajeno, mediante un alargue de quita y pon. Miserere compartía con Dalmau los beneficios de un grifo que soltaba su escuálida corriente cerca de un desagüe, allí mismo, en una esquina de la azotea.

Una tarde, el pintor encontró a su amigo en el café de Armet.

Se sentó frente a él.

—He vendido tres cristos grandes —anunció—. Bebamos, quiero decirte algo.

No habló más hasta que tuvo su copa.

—La he visto —dijo entonces—. Vendrá.

—¿A quién has visto? —preguntó Dalmau.

—A ella, a la que siempre he esperado: la virgen, la cortesana de Babilonia.

—¿Y cómo sabes que vendrá? —se complicó Dalmau.

—Se me apareció anoche, muy tarde: cuando todo se llenó de luz, me senté en la cama y miré el cuadro que había estado pintando: estaba allí, de espaldas, sólo sé que es muy delgada y tiene el pelo negro, largo y muy negro, y que se compadece de mí.

—¿Eso te ha dicho? ¿Que se compadece de ti?

—Me ha dicho que era la mujer pública, la mujer de todos, todos me tienen, eso fue lo que dijo, todos me tienen, pero para ti soy la virgen, estoy en tu destino, serás el único que no me tenga nunca, sufro por tu dolor.

—No es una promesa de felicidad, Jesús. No veo la razón para que estés tan satisfecho.

—Mira, Quim, tú no entiendes, el materialismo nos ha echado a perder: yo he dado grandes pasos hacia el espíritu en los últimos tiempos, pero tú sigues en tus trece, te niegas a la grandeza, insistes en las batallas de los demás.

—¿Y tú, Jesús? ¿Ya no te interesan esas batallas?

—No, no, ya no. Ahora sé que tengo una misión, que estoy en el mundo para contribuir al esplendor de la pintura: mi obra, Quim. Y ella vendrá para que yo la complete, la cierre, y pueda presentarme un día en el juicio universal con el alma serena.

Dalmau tragó su chinchón de un golpe.

—Si la memoria no me engaña, fuiste tú quien me convenció de las miserias del individualismo cuando yo todavía era un chaval. ¿Lo recuerdas?

—Claro, claro: estaba enfermo, Quim, no comprendía.

—¿Y ahora comprendes?

—Ahora sí.

Dalmau recobró por un instante la visión del último cuadro de Miserere: en él, una mujer enorme, sonriente, con las piernas abiertas, exhibía frontalmente su sexo: con las manos sobre el pubis, partía una hostia: un hombrecillo minúsculo, de espaldas al espectador, avanzaba hacia esa encrucijada cargando con una enorme cruz: Magdalena, había dicho el artista.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó.

—Pronto, Quim, muy pronto.

—¿Y cómo sabrás que es ella?

—La veré, nadie más la verá, pero yo estoy preparado, sé que no habrá duda posible. La veré porque está en mi destino, he nacido para verla.

—¿Cómo se relaciona eso con tu misión?

—La pintaré: he nacido para verla y pintarla, para verla y dar la buena nueva: su retrato será mi evangelio. Después... —consideró su copa vacía.

—¿Qué? —urgió Dalmau.

—Después, seré castigado por el privilegio.

—También eso te lo ha dicho ella.

—No. De eso me he dado cuenta solo.

No tardaron en marcharse. Dalmau tenía sueño, Miserere esperaba una señal celeste.

VII

Mila vio a los grises en los dos extremos de la calle. Las mujeres buscaron refugio en los portales. Eran dos parejas las que venían de cada esquina, una por acera. Esposaron a una ramera gorda, de pelo rojo, que chillaba sin cesar, Maricones, les decía, Maricones grises, nos lleváis porque no tenéis con qué jodernos, maricones, que no se os empina, repetía y la pelambrera en llamas se le erizaba. Mila entró sin vacilar en la casa más próxima. No podía quedarse tras la puerta, eso era como permanecer fuera, la cogerían. Empezó a subir, un piso, dos, sin encontrar a nadie. No se detuvo cuando la escalera se hizo más estrecha, una baranda oxidada y endeble, un muro descascarado y con grietas amenazadoras: la puerta del terrado estaba abierta: salió al raso y la cerró. Había ropa tendida en cuerdas, secándose al aire frío, y de una de las chabolas, la de su izquierda, se filtraba una luz. Fue hacia allí.

Miserere Gorkin pintaba cuando percibió una presencia en la entrada de la habitación. En la tela, fijada con clavos minúsculos al único bastidor que poseía, Judith salía de la tienda de Holofernes llevando en la bandeja legendaria el descomunal miembro del hombre, que, como una dorada superlativa, excedía la pieza de metal: el glande iba a descansar sobre una de las muñecas de la heroína. Una brisa leve acompañó a Mila al interior, haciendo oscilar la bombilla y moviendo el humo de tabaco que lo invadía todo.

Miserere supo, aun antes de ver el contorno de la muchacha dibujado en el rectángulo de la entrada, que había llegado aquella a la que esperaba.

Se volvió, miró su rostro y se dejó caer de rodillas.

—Has venido —dijo.

Mila le observó sin conmoverse. Fue a sentarse sobre el montón de lienzos cubiertos de óleo reseco que se apilaban en un rincón, la obra del artista, acumulada para la gloria.

—Levántate —ordenó—. Los vencidos me dan náuseas.

—No estoy vencido —se defendió Miserere—. Me ofrezco a tu voluntad. Desde que anunciaste tu advenimiento, estoy sometido a ella. Sólo faltabas tú para que se cumpliera mi destino.

—¿Tú tienes un destino? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Tú eres la prueba. Y el don original de la pintura. Soy un objeto del cielo, un esclavo de mi privilegio.

—Yo no soy prueba de nada —rió Mila—. Si quieres un destino, tendrás que ganarlo.

En aquel instante, Miserere Gorkin sintió en la garganta, en los oídos, en las puntas de los dedos, en el sexo, la corriente de todos los deseos, todos los fracasos, todos los miedos, todos los resentimientos, todas las despiadadas angustias que había acumulado a lo largo de su existencia: esa corriente salía ahora de él, arrastrándole, configurando su humanidad a la vez que arrancándole de sí: sintió la pérdida de su ser en una suerte de místico eructo, un salto esencial del espíritu, que iba a depositarse en la carne de la mujer que tenía delante, dándole la consistencia del sueño: toda la necesidad del hombre fue a volcarse en ella, en ese espejo, para mostrarse, a partir de allí, como perfección eternamente apetecible: la amó sin remedio ni paz.

—¿Quién eres? —preguntó Miserere.

—Mila —respondió, ella—. Una puta. Un imán —pensó en decir también un espejo, tuvo la palabra espejo pegada al paladar, supo su forma en el aliento, la mordió, la retuvo, escuchó con atención su seguro sonido, la poseyó para aprender que no debía pronunciarla porque en ella, en el silencio en que la contuviera, estaba entero su poder sobre el varón que procuraba el sacrificio.

—Putas —resumió él—. La de Babilonia. Todos te tendrán, pero yo no te tendré. Ya lo he aceptado.

—¿Quisieras tenerme, acaso?

—Quiero lo que tú quieras. Quiero pintarte. Mira, mira lo que sé hacer.

Mila se plantó frente a Judith.

—¿Por qué ha hecho eso? —inquirió.

—La pasión la ha llevado al desastre. Los curas mienten, cuentan la historia como si no fuese de amor.

—No sé qué dicen los curas.

—Mejor. No importa lo que ellos dicen. Eso es la pasión, la consagración nupcial —tosió, buscó un cigarrillo—. ¿Y tú? —averiguó luego—. ¿Querrás tenerme? ¿Querrás disponer de mí?

—¿Disponer?

—Casémonos: te pintaré y heredarás la gloria.

La carcajada de Mila, un borbotón de desprecio, se hundió en Miserere y se apagó sin encontrar fondo: él era ya un vacío, lo que hubiese podido llenarle estaba en ella.

—¿Qué dices? Ni nos casaremos, ni me pintarás. Ya no habrá nadie en la calle, me marchó.

—No, por favor, no te marches —rogó Miserere.

Mila se detuvo junto a la puerta.

—¿Por qué me pides eso? ¿Qué derecho tienes a pedirme que me quede?

—Te pertenezco. Como un perro. Quiero ser tu perro. Por favor, no me abandones, sé mi ama.

—Yo no hago favores —dijo Mila—. Cobro por cada minuto que paso con un hombre, o con una mujer.

—Ya te lo he entregado todo.

—Qué tontería.

Abrió la puerta para salir y se encontró a Dalmau en el umbral.

—¿Es tu amigo? —preguntó Mila, señalando a Miserere.

—¿Jesús?

—¿Se llama así, realmente?

—Sí, se llama Jesús.

—Pues ocúpate de él, porque está loco.

Dalmau se apartó para dejarle paso y ella se perdió escaleras abajo, seguida por un gato.

VIII

Dalmau entró en la habitación y cerró la puerta. Traía una botella de chinchón. Miserere se había sentado en la cama. Los dos vasos del pintor estaban sobre un cajón, junto a algunos colores y pinceles.

El amigo sirvió la bebida y fue a mirar la representación de Judith que el otro había concebido.

—Ha venido —dijo finalmente Miserere.

—Es guapa —contestó Dalmau.

—Es perfecta —rectificó Miserere—. Es la virgen.

—Es la puta de Babilonia —le recordó Dalmau.

—También.

—¿Qué harás ahora?

—La pintaré. Me casaré con ella, para que herede la gloria.

—¿Se lo has dicho, Jesús?

—Sí.

—¿Le ha gustado la idea?

—Se ha reído. Pero comprenderá. Yo sé que comprenderá.

Dalmau dio unos pasos por el lugar, tratando de ganar tiempo para la razón.

—¿Sabes, al menos, cómo se llama? —preguntó finalmente.

—Mila. ¿Te das cuenta? Milagros. No es cualquier nombre.

—No. Si tú quieres, es un nombre muy especial, aunque esta calle, y todo este barrio, está lleno de rameras llamadas así.

—No es una mujer del montón, Quim. Está llena de luz, me ha sido anunciada.

—Si tú lo dices —aceptó Dalmau.

—Además, es mi destino.

—La última parte de tu destino.

Miserere se levantó y se acercó al lienzo en el que había estado trabajando.

—¿Te gusta? —preguntó, pasando un dedo por los labios de Judith.

—Me da miedo.

Con pulso seguro, Miserere retiró los clavos que sujetaban la tela al bastidor. La colocó encima de las otras, en el rincón, y buscó una nueva, blanca, ya preparada.

—La pintaré —anunció—. Pintaré a Mila.

Dalmau le vio ajustar el paño en la madera y acomodarla sobre las cajas que, con el muro, hacían las veces de caballete.

—Mañana, Quim. Empezaré mañana.

Dalmau se aproximó a él y alzó las manos. Iba a abrazarle, pero dejó el gesto en el aire: le sujetó los hombros y le miró a los ojos. Quería desearle felicidad, o un buen sueño, pero era inútil, ya jamás Miserere tendría ninguna de las dos cosas.

—Descansa —dijo finalmente—. Suceden demasiadas cosas, es mejor que descanses.

Se marchó.

IX

En la sala, Elena Vargas hacía un solitario. Mila se sentó ante ella y abrió el bolso. Sacó un paquete de Tritón y una caja de cerillas.

—¿Quieres? —ofreció.

Elena cogió un cigarrillo y la observó.

—¿Problemas? —quiso saber.

—He conocido a un hombre —informó Mila.

—Mal estaría que no lo hubieses hecho, reina —sonrió Elena.

—Es muy raro. Un loco.

—Locos hay muchos. ¿Qué tiene éste de especial?

—Es un artista.

—¿Un verdadero artista?

—Un verdadero artista. Ha pintado una mujer feroz, que lleva una polla enorme en una fuente.

Elena Vargas mezcló la baraja.

—Corta —ordenó—. Con la izquierda.

Mila obedeció y ella empezó a distribuir las cartas sobre la mesa, en columnas.

—¿Me enseñarás a leerlas? —pidió Mila.

—Algún día. Aquí estás tú.

—La reina de oros, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué no traes algo de beber?

Mila volvió con una botella y copas cuando ya Elena había recogido todas las figuras, dejando a la vista sólo una: un caballero de pelo oscuro, de espaldas.

—Háblame de él.

—Dijo que me estaba esperando.

—Era cierto. Te estaba esperando.

—Quiere casarse conmigo. Cuando lo escuché, sentí vergüenza por él.

—Es natural que piense esas cosas: estás en su destino.

—También dijo que quería pintarme.

—Tampoco en eso mintió. ¿Por qué te repugna tanto, criatura? Es un hombre bueno, que va a pagar un precio muy alto por ti, por haberte conocido. Tú no puedes ser otra cosa que lo que eres, pero no deja de ser una injusticia.

Mila bajó los ojos.

—¿Qué es lo que soy, Elena?

—Una puta, reina, una puta. La más hermosa de todas, no lo niego, pero una puta en definitiva.

—No me casaré con ese hombre. Jesús, así se llama.

—No. Tú estás en su destino representando a la muerte. Él cree que traes la vida, que el dolor que te acompaña pertenece a la vida. Se engaña: es su muerte lo que llevas contigo. Por eso le rechazas tanto.

—¿Y él, Elena?

—Él es, en tu camino, una oportunidad de venganza.

Callaron ambas. El desasosiego ganaba a Mila. Elena esperaba sus preguntas, se reservaba, se reservaría siempre algunas de las respuestas más importantes: el porvenir acaba invariablemente por revelarse a sí mismo, por explicarlo todo con claridad.

—¿Deberé casarme con él, Elena?

—No lo creo, reina. Nadie debe hacer nada que no desee. Lo que tienes que tener presente es que ese hombre, Jesús, te servirá únicamente si tú se lo niegas todo.

—¿También el cuerpo?

—Puedes permitirle que lo use, pero déjale claro que jamás será suyo.

—No hará mi retrato.

—Somos nuestra imagen, cariño. El que posee nuestra imagen, nos posee a nosotros.

Mila se sirvió una segunda copa y puso orden a sus pensamientos. Miserere no se equivocaba al afirmar la existencia de un vínculo entre ellos.

—¿Sabes, Elena? —dijo—. Si es lo bastante imbécil para casarse conmigo, merece morir.

—Jamás lo he dudado.

—Yo no soy una asesina —aprendió—, pero soy buena maestra con los hombres. Le haré ver la necesidad de que desaparezca.

—Le mostrarás el camino, como a Borrás.

—Sí.

—Has nacido para eso: para mostrar a los ciegos el camino de la muerte.

Mila se acercó a Elena y le acarició la cara.

—Necesito dormir contigo, Elena.

—¿Te sientes muy sola, criatura?

—Mucho. Y triste.

Las dos mujeres se abrazaron.

—Tienes a Elena para abrigarte. Yo te protegeré del mundo y te cuidaré mientras duermas.

—¿Y después?

—Tendrás que arreglarte sola. No puedo acompañarte a la calle, es tu reino. O tu derrota. Pero siempre podrás volver aquí. Mientras yo exista.

Se amaron, conversaron y volvieron a amarse antes de dormir: Elena tenía en Mila la fuente de su vida. No se habló de Dalmau hasta la mañana siguiente.

—Hay algo que no te he contado —dijo Mila después de beber una taza del café traído la semana anterior por un amigo que Elena tenía en el Gobierno Militar.

—No me has dicho nada del otro —reconoció Elena.

—¿Cómo sabes que había otro?

—Apareció en las cartas. Es por él por quien regresarás a aquella casa y a Jesús.

—No era la primera vez que le veía, pero no sé nada de él.

—¿Dónde le habías visto?

—En la calle, el mismo día en que vine a pedirte ayuda, el día de Borrás.

—¿Y le has recordado desde entonces?

Mila bajó los ojos. No quería mostrar debilidad ni interés por nada, fuera de su amiga.

—No te amohínes, criatura —se apresuró a disculpar Elena—. A todas nos pasa. Las cartas me lo han mostrado todo, es un hombre lleno de orgullo: no está para ti, pero por él conocerás la felicidad, por él subirás al cielo.

—¿Mi único día de felicidad?

—Lo deberás a ese mozo.

—Debo averiguar su nombre.

—Eso no es demasiado importante, te lo dirá a su debido tiempo. Lo que sí importa es que sepas que tienes que buscarle, que él no vendrá a ti por sí solo.

—Iré.

—Los dos. Los dos cuentan en tu historia.

—¿Qué más, Elena? ¿Qué más has leído?

—Nada más.

Elena sirvió otra taza de café.

CAPÍTULO TERCERO

Un tipo como yo tiene un solo momento grande, realiza una sola vuelta perfecta en el trapecio más alto y después se pasa el resto del tiempo tratando de no caer de la acera a la alcantarilla.

RAYMOND CHANDLER, *El largo adiós*

I

Rego regresó poco antes de la Navidad, un viernes. El domingo fue a visitar la sepultura de su madre. Allí estaba Dalmau, como cada domingo desde el verano.

—He tardado mucho —se reprochó Rego.

—No eres un espía alemán de los del cine, lo sé —Dalmau redujo la tensión.

—No. Para los ciudadanos corrientes no es fácil atravesar la frontera francesa, ni pasar de Gerona, ya sabes, se necesita salvoconducto además de pasaporte.

—Ya sé. Para los ciudadanos corrientes no es fácil ni siquiera atravesar la calle. Pero siempre son ellos lo que tienen que hacerlo: los superhombres siempre les envían a sustituirles, ¿no es así?

—Es así, Quim.

Se entretuvieron en leer los nombres de algunas lápidas y mirar a su alrededor, asegurándose de su soledad. Al parecer, nadie había con su atención puesta en ellos. Ni siquiera aquel chico rubio, pensó Rego.

—Pepe —requirió Dalmau—, antes de que me digas nada, quiero pedirte disculpas por mi comportamiento en nuestro último encuentro. No tengo derecho a discutir a los compañeros de París. Considerándolo todo, es más que probable que ellos sepan mucho mejor que nosotros lo que sucede en España. No se trata de que esté dispuesto a obedecer órdenes, así, sin más, entiéndeme, no, además, los demás, aquí, no lo tolerarían, habría de trabajar mucho para eso, pero creo que podemos llegar a algún arreglo, dar con una manera de hacer las cosas entre las dos partes, una manera de repartir la autoridad, vamos.

Rego escuchó con interés y una cierta sorpresa.

—No era necesario que te disculparas, Quim —dijo—. Llevabas mucha razón en todo aquello. Lo he expuesto allá, a los compañeros. No son muy flexibles, ¿sabes?

—Habrán dicho que me metiera el discurso en el culo.

—No tanto como eso. No. Hemos discutido. Después de todo, ellos son el poder.

—¿El poder? —se asombró Dalmau—. El poder es Franco. A ellos, aquí, no se les conoce. Se les imagina, pero no se les conoce. Yo les reconozco el saber, pero no el poder.

—Te equivocas, Quim. Se les conoce. Les conoce Franco, les conocen los políticos conservadores, les conoce la Unión Soviética. Para Franco, ellos son el enemigo, un enemigo menudo por ahora, pero que un día puede crecer, convertirse en un enemigo importante, aun en un igual. Y no importa cuánto hayas luchado tú para que ese día llegue, cuando llegue hablarán con ellos y no contigo. Tú puedes tener la fuerza, aquí, de hecho, la tienes, eres la fuerza, y puedes tener una organización, y dinero, y hasta armas, pero el poder siempre lo tendrán ellos.

Quim Dalmau se mordía el labio inferior escuchando a Rego. Tenía los puños apretados dentro de los bolsillos del abrigo.

—Nunca aprenderé, Pepe —dijo—. Y prefiero no aprender, porque cuanto más aprendo, menos me gusta todo: no me gustan los compañeros de Francia, no me gusta a mí mismo, no me gusta el papel que te han dado, no me gusta la cara que le veo al futuro, cada vez más golpeado, con más marcas de cárcel.

Calló. Rego no tenía argumentos que oponerle. Dalmau sacó un paquete de tabaco. Fumaron.

—¿Qué fue lo que dijeron?

—Hay un informe sobre la situación actual. He traído unas cuantas copias. Para ti y para los demás. Merece un debate a fondo. Puede ser el punto de partida.

—¿Cuándo me lo entregas?

—Esta noche, si te va bien.

—Claro, me va bien. ¿Y vendremos aquí, a comentarlo, el próximo domingo? Convendrás conmigo en que es ridículo. Estamos haciendo el ridículo desde nuestro primer encuentro, jugando a espías.

—¿Tú crees? ¿No hubiésemos llamado la atención del tío del café? ¡Cuánta emoción! Es que hace mucho que no se ven. ¿Sí? ¿Desde cuándo? Desde la guerra. ¡Ah! No, no me parece ridículo.

—Bien, bien, de acuerdo, la primera vez, no. ¿Pero ahora? Tú estás en la ciudad y yo también. Ven a mi casa, a lo sumo nos procesarán por reunión, aunque dos personas no forman una reunión.

—A ti. Yo tengo los papeles de identidad de otra persona. Es verdad que tú no tienes por qué saberlo. Iré a tu casa. Pero el informe te lo pasaré antes. Es distinto si nos cogen a los dos en eso.

Se dieron una cita para la entrega del informe. Rego conoció las señas de Dalmau, supo dónde estaba exactamente esa casa que temía visitar.

II

Viajaba muy poca gente en el último de los tranvías que recorrían las Ramblas. Rego subió con su paquete, un paquete insignificante, una camisa sucia quizá. Fue a sentarse junto a Dalmau, que miraba la calle desde una ventanilla. Nadie le observaba. Deslizó el paquete de su regazo al espacio que le separaba de su amigo. Se puso de pie y fue hacia la puerta en cuanto el vehículo dejó atrás la Boquería.

Bajó del tranvía, cruzó el paseo y entró en la calle Escudellers. Era muy tarde, los faroles estaban apagados. Se dirigió a un vigilante que dormitaba en un portal.

—Buenas noches —dijo, sacando unas monedas del bolsillo.

—Buenas noches —respondió el hombre.

—Busco la casa de doña Paca —entregó las monedas al otro.

—Venga —le dijo mientras contaba el dinero sin el menor disimulo—, sígame.

Fue tras él por una calleja transversal.

El vigilante no se sirvió de ninguna de las llaves del enorme manojó que llevaba en su anilla, un arma tonta, un adorno de autoridad innecesario. Llamó con suavidad a una pequeña puerta y alguien les observó por la mirilla.

—Lorenzo —dijo el sereno—. Os traigo un cliente.

Abrieron. Rego dio dos pasos hacia el interior y aguardó. Lorenzo dio más monedas al que le había traído y cerró.

—Señor —dijo: Rego se volvió hacia él: tenía una sonrisa agradable: en la penumbra del zaguán parecía un adolescente—. ¿Quiere pasar al salón a beber una copa, o prefiere un reservado?

—Nunca he visitado esta casa —explicó Rego—. Me han hablado de ella y conozco otras semejantes. Supongo que, si alquilo un reservado, me enviarán un acompañante. ¿Es así?

—Sí, señor.

—En el salón, en cambio, podré conversar con quien mejor me parezca.

—Si el señor elige acompañante en el salón, puede subir luego —ofreció el mozo.

—Gracias, Lorenzo —dijo Rego, entregándole un billete—. Pasaré al salón.

—Por aquí, señor, por favor.

No difería mucho de un café cualquiera, salvo por los sillones de alto respaldo que habían colocado en círculo en las esquinas. Entre los sillones y las mesas, habría unos diez hombres. Todos conversaban en voz muy baja y nadie había puesto el gramófono que lucía junto a la entrada.

En parte por costumbre, en parte por temor a equivocarse de individuo, Rego fue hacia la larga barra del fondo: sería mejor que le eligiesen a él: si no se encontraba a gusto, siempre resultaría más sencillo largarse del salón que de un reservado.

El camarero de la barra era un hombre mayor, con el rostro ajado por décadas de maquillaje, pálido y con círculos morados debajo de los ojos.

Rego pidió anís: necesitaba algo dulce y simple.

La uniformidad del rumor se quebró por un momento: una agitación, una crispación en alguna parte: en uno de los círculos de sillones alguien se puso de pie: un hombre de bigote, con un caparazón de fijapelo y camisa a rayas, de tahúr: viva Franco, rugió, lagrimeante, levantando el brazo derecho con débil taconeo: viva España, hipó luego: antes de que se lanzara al *Cara al sol*, otro varón, que se había levantado de su lado, le acarició la nuca, le besó la mejilla y le dijo algo que le hizo caer en el asiento sin más alardes.

—El Régimen está en todas partes —oyó decir Rego muy cerca.

Se volvió para encontrarse con la sonrisa del joven rubio del cementerio.

—Me llamo Fernando —dijo el muchacho, tendiéndole la mano con decidida simpatía—. Usted y yo nos vemos siempre en lugares alegres.

—No creí que se hubiese fijado en mí... allí —se sorprendió Rego, estrechando la mano de Fernando—. Yo soy Pepe.

—Muy bien, Pepe, ya nos conocemos, podemos tratarnos de tú y beber juntos. ¿Sí?

—De acuerdo. Pero dime, han pasado meses desde entonces, casi medio año.

Fernando Eguren pidió un Veterano y ofreció otro anís a Rego.

—Es que eres inolvidable, chico: me miraste como si acabaras de regresar de diez años en una isla desierta. Además, es que conspiráis en público, tú y tu amigo: si estáis vivos, es porque la policía de este país es completamente ineficaz: no es vuestro mérito, es el defecto de ellos.

Rego sonrió.

—Me haces sentir ridículo, Fernando —dijo.

—Es que lo eres; en eso, lo eres. Políticamente. No en lo demás, no; en lo demás, de ridículo, nada. Pero eres, sois, debiera decir, sois políticamente ridículos, hasta patéticos: ¿no os dais cuenta de que aquí, el camarada, el de los vivos, es el que marca el tono? Mírales, todos éstos, tan bujarrones como tú o tan mariquitas como yo, ilustres dirigentes del Movimiento. La Paca, un Francisco entero, tiene esta casa abierta porque le pone el culo a un jefazo de misa diaria y con cinco hijos. Y así está muy bien, así es como

le apetece a todo dios: hazlo, pero sin que yo me entere. Jamás os escucharán.

—¿No se puede cambiar, Fernando?

—¿Cómo, para qué? ¿Qué harías? ¿Mejorar el nivel de vida, que es así como llamáis al repartir más pasta? Dales dinero a todos, y veras cómo este sitio se pone a rebosar, que hay que traer negritos del África para que se los enculen las masas. ¿Cambiar la organización? ¿Abrir al pueblo las casas de putas? Eso no lo harán jamás: tan pronto puedan, tus compañeros te colgarán por maricón, te joderán vivo por corruptor, como al griego de la historia, que se echaba a los chavales y les daba de pensar: a ti también te va este estado de cosas, Pepe, que no se entere nadie.

Se estuvieron callados, Rego no conseguía reunir las ideas que había atisbado a través de la andanada.

—Perdóname —dijo Fernando—. Hazte cuenta que no he dicho nada.

—¿Cómo se te ocurre? Eres la segunda persona en el día de hoy que se disculpa conmigo por echarme la estantería abajo. Estoy lleno de dudas, muerto de miedo, y me pedís perdón, como si yo fuese el dueño de algo, el juez de algo.

—Olvidalo, no nos hagas caso, ni a él ni a mí: porque el otro tío es tu amigo el de la tumba, ¿no?

—Sí.

—Es más realista que tú. Se lo puede permitir. Nos lo podemos permitir.

—¿Y yo no? —preguntó Rego—. ¿Yo no me puedo permitir ser realista? ¿Por qué?

—Tú no te puedes permitir el pesimismo, Pepe. Tu amigo sí, porque es perdidamente viril, y el sistema está preparado para recibirle, lo tiene todo a punto para darle unas gotas de felicidad a cambio de su renuncia. Yo también puedo, porque soy infinitamente joven y bello, y los señores más rígidos empeñan al alma por mí. Pero tú, no. Tú, no, porque eres cuarentón, o estás a punto de serlo, y eres pobre, y te gustan los chavalitos finos, tela de la que no hay: así, si no se conserva alguna esperanza, es el infierno: es el infierno si no te engañas.

—¿Crees que me engaño, Fernando? ¿Lo crees?

—Sí, te engañas. No porque pienses que el futuro va a ser mejor que el presente: eso es razonable, si se considera que el presente, aun el que tenemos, que no es de los más brillantes, es mejor que el pasado. No es en eso en lo que te engañas. Te engañas cuando piensas que te jodió la guerra, cuando piensas que perdiste la guerra y que si la hubiese ganado ahora te cantarían otros gallos. Estarías igual de haberla hecho del otro lado, y estarías igual de haberla ganado los de tu lado: a ti no te jodió la guerra, Pepe, te jodió la cama: cuando se llevan entre las piernas, o entre ceja y ceja, que es lo mismo, esas preferencias, no se puede ir a ninguna parte. ¿Quieres más anís?

—Sí —Rego tenía los ojos empañados.

—Mírame, Pepe —pidió Fernando.

Rego levantó la vista de la copa y la posó sobre el pelo del muchacho, sobre su cuello.

—Sin llanto. Ten, coge mi pañuelo y sécate, que no te soporto así. Quiero que me mires como me miraste en el cementerio.

Rego sonrió y se sonó la nariz como un niño distraído de su pena por un juguete nuevo.

—Así —dijo Fernando—. Así quiero que me mires, ¿verdad que soy hermoso? A las mujercitas nos gusta mucho que nos miren así y que nos digan que somos guapas.

—Eres muy guapa. Muy hermosa.

Fernando llamó al camarero pálido y pagó una suma fantástica.

—Te marchas —se entristeció Rego.

—Y tú, no te jode: no pretenderás quedarte aquí y pegarte alguna miseria con un pupilo de reservado, que bonitos sí que lo son, pero están llenos de lepras. Te vienes a casa. Mi hombre no aparece jamás antes del mediodía.

—¿Tienes un hombre?

—Algo mayor, muy dulce, como tú.

—¿Casado?

—Con la santa madre iglesia: es sacerdote, hijo, ¿te das cuenta?

—No del todo, pero voy contigo.

Rego pasó la noche en el piso de la calle Diputación, en la alcoba rosada, y empezó a creer en la derrota y en el paraíso.

Fernando Eguren no habló del Niño de las Palmas.

III

Al cabo de tres días, Rego fue a visitar a Dalmau.

—Siéntate, hombre, sírrete una copa —le alegraba recibir al amigo en su casa, Rego aceptó la invitación.

—¿Cómo estás? —preguntó Rego.

—Contento por verte aquí —dijo Dalmau.

—¿Nada más?

—Si quieres hablar del informe que me diste, hablaremos de él, pero lo primero es lo primero.

Brindaron, conversaron acerca del pasado, de los días anteriores a la guerra, de la larga vinculación de sus padres, hasta la caída de la noche. Miserere pasó un rato con ellos. Finalmente, los dos solos abordaron la cuestión a la que Dalmau atribuía la presencia de Rego en su habitación.

—¿Lo has leído?

—Claro, no es muy largo, ¿no?

—No —aceptó Rego.

—Veintidós páginas, una carta breve, para ser la única en diez años.

—Considera los problemas de correos, por favor —bromeó Rego.

—Si los considero, Pepe, los considero.

—¿Qué te ha parecido?

—Una majadería.

—¿Y me lo dices así, Quim?

—¿Cómo quieres que te lo diga? ¿Con todos los rodeos de los viejos tiempos? Mira, Pepe: la guerra la perdimos por muchos motivos, hasta es posible que la tuviésemos perdida de todas todas desde el diecinueve de julio, pero que los rodeos ayudaron a jodernos, de eso no tengo la menor duda: decíamos con tal cuidado lo que había que decir, que acabábamos por no decirlo. Ese informe es una majadería.

—¿No se te ocurre ningún otro comentario?

—Sí, claro que se me ocurre. Verás: es una majadería muy bien pensada y va a convencer a muchos: la gente de este país, de todos los países, supongo, prefiere ignorar la verdad, quiere que se le diga que todo marcha estupendamente: los franquistas esperan que el Caudillo les haga saber que todo va a pedir de boca, y que en el futuro irá aún mejor, y los antifranquistas esperan que se les prometa un mañana luminoso y un presente lleno de posibilidades: por eso se derrumbaron cuando la ONU no actuó de acuerdo con sus esperanzas, sino como cabía esperar. ¿Me sigues?

—Perfectamente.

—Pues bien: nuestros amigos de París vienen a contar que, aunque nadie se haya dado cuenta, la revolución está a la vuelta de la esquina, que la democracia es un paso menudo, comparada con lo que se piensa conquistar, y que, lo veamos o no, Franco está aislado, el pueblo jamás se equivoca, sólo un esfuerzo más. ¿Sí?

—Sí.

—Pues a mí no me trincan en ésa. Aquí hay para mil años más de franquismo, y no quiero trabajar con quienes no reconocen esa realidad.

—¿Cuál es tu respuesta, Quim? ¿Qué quieres hacer?

—Nada, Pepe. Seguir leyendo todo lo que pueda, trabajar, sobrevivir. A la mierda los de París. Te presentaré a un par de compañeros que ven la situación de otra manera, un par de optimistas, un par de enfermos: si quieres, empiezas a trabajar con ellos. Yo me niego al optimismo, a la mentira.

El silencio que se abrió entonces pudo haberlos devorado, de no haber sido por Rego, que se sirvió del momento para cambiar de tercio.

—Sabes, Quim —dijo—. Yo no había venido para tratar del informe, eso era secundario, pero si tú no hubieses dicho lo que acabas de decirme,

probablemente yo no te hubiese dicho lo más importante.

—¿Tú tampoco, Pepe? —quiso escuchar Dalmau—. ¿Tú tampoco lo aceptas? ¿Es eso?

—No, mira, no es eso precisamente, aunque me parezca que tienes razón, no es eso lo más importante para mí. Verás, Quim, es que yo soy... —dudó—. Tú no lo sabes, no podíamos hablar entonces, eras muy joven cuando la guerra, a mí no me interesaron nunca las mujeres, ¿me entiendes?

—Pepe, ¿has venido a decirme que eres homosexual?

—Nadie usa esa palabra por aquí, que yo sepa; cuando quieren referirse a alguien como yo, le llaman invertido. O maricón.

—Homosexual, Pepe. Lo sé desde hace años, desde siempre.

—¿Cómo lo has sabido?

—Te contaré cómo. Fue en los últimos días, poco antes de la entrada de los fascistas en Barcelona, vino un hombre a ver a mi padre, uno de aquellos comisarios, un hipócrita furioso, lastimado en una honra que a mí me pareció muy rara, me pareció igual a la honra de los otros, de nuestros enemigos. Yo era un chavalillo, lo sabes, tenía quince años y estaba en el taller, acarreando plomo para el crisol: lo escuché todo. Pedía tu cabeza. Ese chico Rego, Pepe Rego, dijo, ese chico tan guapo, dijo, tal vez le gustases, ¿te das cuenta?

—Es posible. ¿Quién era? —quiso enterarse Rego.

—No supe nunca cómo se llamaba, pero sí que le mataron un par de días después. Le dijo a mi padre: ese chico Rego, habrá que tomar medidas con él, es invertido, eso fue lo que dijo, empleó la palabra invertido. ¿Y sabes qué le dijo mi padre? No, no lo sabes, no puedes saberlo, mi padre te quería mucho, Pepe, y te tenía mucho respeto, le dijo al comisario: ¿Quiere usted informarme de que a ese hombre le gustan otros hombres, que no le llaman la atención las mujeres? Precisamente, le respondió el tío. ¿Y cree usted que es el único hombre al que le sucede eso?, le apuró mi padre, te quería mucho, Pepe. No, claro, no es el único, tuvo que reconocer el muy animal. Entonces, no hay problemas, le alivió mi padre, encontrará a alguien, es persona muy digna y muy valiente, y cualquiera podría enamorarse de él, ¿no cree?

Rieron mucho los dos, y también lloraron un poco.

—Era una persona magnífica el viejo Dalmau, Quim.

—Gran defensor del amor libre y completamente monógamo, como tantos entonces. Era tu amigo, Pepe.

—Lo mataron, Quim. Los mataron a todos.

—No, a todos no.

Fue una noche feliz: cenaron en una fonda cerca de las Ramblas y siguieron conversando hasta el amanecer.

En algún momento, Rego volvió a referirse a la actividad política.

—Hay mucha gente mejor que yo, más segura —dijo—. Iré a París una vez más, y luego volveré aquí, a Barcelona, y trataré de establecerme.

—Es una tontería —opuso Dalmau—. Esto es un desastre, en Francia tendrás posibilidades, mejor esperar allí a que las cosas cambien. Si no piensas seguir con los compañeros, no servirá de nada tu presencia aquí: móntate otra vida.

—Me importa mucho una persona que nunca saldrá de aquí, una persona a la que he conocido hace poco.

—En ese caso, bienvenido —comprendió Dalmau.

Se despidieron con un abrazo muy largo, convencidos de haber fundado algo nuevo, más sabio que todo lo anterior.

IV

Mila no volvió a la casa de la calle Hospital hasta la primavera. Le habían molestado las revelaciones de Elena Vargas, el conocimiento de que su llegada a las chabolas del terrado no era obra del azar, y de que aquellos dos hombres estaban ligados a su vida desde mucho antes de que ella tuviese noticia de su existencia: la idea de destino ofendía el valor de su voluntad.

—No hay una razón por la que yo deba regresar allí —dijo una noche.

—Sí, la hay, reina —le aseguró Elena.

—¿Sí? Dime cuál.

—No me pidas explicaciones que no puedo darte, por favor —convenció Elena—. Sólo tienes que saber que en ellos, en Jesús y en el otro, está tu salvación eterna. Cómo sea el camino por el que se llegue a ello, es algo que se mostrará por sí mismo: ahora no se ve, yo tampoco lo veo.

—No me interesa la salvación eterna, la voz de los ángeles y toda esa mierda de iglesia.

—Pero te interesa la felicidad, quieres para ti ese día de felicidad del que te hablé. Escúchame bien: un día de felicidad es la salvación eterna, la gente muere ignorando la felicidad y su alma se hunde en las tinieblas sin remedio. No seas necia, no dejes perder ese día.

Mila soñó con Miserere crucificado y con Dalmau, que degollaba al gato, el gato que siempre la seguía, con una navaja de barbero.

Subió las escaleras cuando ya se insinuaba el atardecer. El silencio y el aire tibio que encontró al llegar arriba la llenaron de una rara serenidad.

Miserere tenía una radio de enorme mueble gótico, conectada al cable de la bombilla, en la que sonaba muy quedo un bolero. Pintaba con la puerta abierta. Mila entró y cerró.

Él dejó los colores, se limpió las manos y se acercó a la mujer.

—Ven —pidió—. Por favor, ven hacia la luz, deja que te vea.

Ella obedeció, se detuvo bajo la bombilla, con los ojos cerrados. Sintió la mirada de Miserere en su rostro, en su cuello, percibió su estrecha proximidad cuando él fue a husmear su pelo, el deseo del hombre le llegó como el asalto de un animal y la obligó a abrir los ojos.

—¿Quieres verme? —dijo—. ¿Verdaderamente quieres verme?

No esperó la respuesta para desnudarse. Miserere la contemplaba ganado por el miedo, su respiración se convirtió en un rumor ferino, se secaba el sudor de las palmas en los costados del pantalón.

—Tócame —ordenó ella—. No temas, ¿no recuerdas quién soy? Cualquiera puede tocarme, también tú.

Miserere se pasó la lengua por los labios. Las suyas fueron caricias toscas, dibujó con aspereza los hombros, sólo se permitió rozar los pezones con los pulgares y bajó por los muslos sin detenerse en el sexo.

—¿Es que no te interesa lo que tengo entre las piernas? —preguntó Mila.

—Sí, sí, claro, pero no sé cómo —tosió Miserere.

—¿Tendré que enseñarte?

Mila fue a tenderse en el borde de la cama y separó los muslos.

—Ven, arrodíllate —dijo—. Aquí, entre mis piernas.

Clavó los tacones entre los hombros de Miserere y le hizo bajar la cabeza, meter el hocico en la suavidad rosada, en aquel vellón negro.

—Bebe —mandó—. Ahora eres mi perro, ¿no querías ser mi perro?, saca la lengua y bebe.

Miserere lamió suavemente, reverenciando aquella piel, aquella mágica membrana, aquellos líquidos, hasta que Mila le hincó las uñas en la nuca obligándole a comprometer todo el morro, los bordes de los dientes, la lengua entera. Ella olía allí a sudor fresco, a fiera y a un mar que él nunca había visitado.

Miserere se derramó así, sin haber siquiera comenzado a quitarse prenda alguna: tenía en la boca el sabor de la vida y por un instante creyó haber caído en un éxtasis irreversible: pero la bocanada ardiente que le oscureció la garganta y que Mila recibió en el vientre, no pertenecía a su alma ni había sido desplazada de su interior por la violenta entrada de algún Dios: Mila alzó las piernas y se giró, pasando por encima de la cabeza del hombre, en un solo movimiento: se levantó y se vistió: Miserere seguía de rodillas cuando ella terminó de abotonarse la blusa.

—Ponte de pie y págame —dijo Mila.

—¿Pagarte?

—No pensarás que lo he hecho por amor, ni que lo hago gratis: no soy tu mujer, ni hago favores.

—¿Y... —Miserere vaciló—, cuánto deberé pagarte?

—Todo. Todo lo que tengas.

—¿Todo?

—¿Lo vas a discutir?

—No, no, discúlpame, por favor.

Miserere sacó dos billetes y unas monedas de una caja de colores y luego metió la mano en un bolsillo: entonces se vio manchado y sintió vergüenza.

—Debo cambiarme —dijo, entregando el dinero a Mila.

—Cuando yo me haya ido.

Mila se volvió hacia al puerta.

—¿Volverás? —rogó Miserere—. ¿Podré pintarte?

—¿Me pagarás cada vez que venga?

—Trabajaré, te entregaré todo lo que posea, mis cuadros...

—¿Para qué quiero tus cuadros? Hablo de billetes, chico, no de inventos.

—Trabajaré, gano bastante. ¿Podré pintarte?

—De memoria. No esperarás que me esté ahí, quieta, horas y horas, no es lo mío, ni aunque me dices millones.

Mila salió.

—Adiós —dijo desde la puerta.

Miserere no respondió. Se soltó el cinturón y desabrochó la pretina y la bragueta: los pantalones cayeron, envolviéndole los tobillos: se sentó en la cama para terminar de quitárselos y se le alcanzó todo el aroma que la mujer había dejado en la sábana: apoyó la nariz sobre la tela: se estuvo así mucho tiempo, con las piernas desnudas, doblado sobre la cama: ay, ay, ay, cantó una voz en falsete por la radio.

Así le encontró Dalmau más tarde.

Mila salió de la habitación de Miserere y vio que la del otro lado del terrado estaba abierta. La atribuyó a Dalmau y fue hacia ella sin vacilar. Apenas hubo entrado, Dalmau levantó la vista del libro que estaba leyendo y la miró: ella le pidió silencio con un gesto.

—Cierra —dijo él en voz muy baja.

—Cerraré, pero luego no hables más fuerte.

La puerta tenía un pestillo. Mila lo corrió.

—¿Qué sucede? —quiso saber Dalmau, que no había soltado el libro y no parecía dispuesto a cerrarlo del todo, con un dedo puesto en la página en que había interrumpido la lectura.

—No quiero que nos oiga —dijo Mila, señalando la chabola vecina.

—¿Por qué? ¿Tenemos algún secreto para él?

—Lo tendremos. Dentro de un momento.

—¿Qué te propones?

—Acostarme contigo.

—¿Hay alguna razón para ello? —preguntó Dalmau.

—Está en mi destino. Y en el tuyo —dijo Mila.

—No hay nada en el destino de nadie, maja. Cada uno pone en él lo que puede.

—Eso mismo pensaba yo, pero mi maestra me ha enseñado que algunas cosas son inevitables.

—Acostarte conmigo, por ejemplo. Y con mi amigo.

—¿Te molesta que lo haya hecho con él? No hemos jodido, lo que se dice joder, verdaderamente. Ha sido un momento suyo, nada más, ya me entiendes.

—Lo que entiendo es que ha enloquecido por ti.

—No, no —rechazó Mila—. Que está loco, sí, pero no por mí, yo ya le he encontrado así, dice que soy la virgen, la puta de Babilonia y otra gente, yo no le provoqué.

—Tal vez tengas razón.

Dalmau dejó el libro sobre el cajón que oficiaba de mesilla de noche y sacó una botella de anís de debajo de la mesa.

—¿Quieres beber? —ofreció.

—No. Quiero meterme en la cama contigo, ya te lo he dicho. ¿Por qué me lo pones tan difícil? ¿Te parezco tan fea? ¿O te doy asco porque lo hago con cualquiera?

Dalmau sonrió.

—No tienes la menor idea de con quién estás hablando, Mila. Porque te llamas Mila, ¿verdad? —Ella asintió—. No me pareces fea, me pareces muy hermosa, una de las mujeres más hermosas que he visto nunca, y te

deseo y te sueño desde la primera vez que te vi, hace meses, en una calle de Sants.

—Tú también me recordabas —aprendió Mila.

—Sí —siguió Dalmau—. Y recuerdo también lo que pensé: que nunca tendría una mujer como tú.

—¿Por qué?

—Porque nadie tiene una mujer como tú, porque las mujeres como tú no se tienen, y porque soy pobre como las arañas, guapa.

—Pero me tendrás si yo lo quiero —prometió Mila.

—¿Un regalo?

—Un préstamo. Si eres bueno, nunca te reclamaré nada.

Dalmau no quiso averiguar en qué consistía la bondad para Mila, ni si en su mundo tenían algún sentido las ideas de bien y de mal, ni a qué se refería al aludir a posibles reclamos.

—Te diré qué haremos, Mila —propuso—. Nos iremos a la cama mientras nos apetezca a los dos. Jamás te daré un céntimo, ni aceptaré otra cosa que tu presencia. ¿Te parece bien?

—Me parece bien si lo hacemos ahora mismo —dijo Mila—. ¿No quieres ver mi cuerpo?

—No sólo quiero verlo.

Se lamieron, se mordieron, se apretaron, se reconocieron, se mezclaron, se amaron; se fundieron, se derramaron, se aprisionaron, se respiraron, se revelaron, se desnudaron hasta la última piel, se amaron; se desbordaron, se sedujeron, se invadieron, se conmovieron, se amaron; se perdieron, se hallaron.

Finalmente, Mila se montó sobre Dalmau, asumiendo entre sus piernas toda su erección, dándole la espalda: el pelo de Mila, un despeñadero negro, la espalda de Mila, las nalgas de Mila y su propio ingreso en esa profundidad, persistirían para siempre en la fantasía última de Dalmau: después de ella, la búsqueda de aquella imagen regiría sus costumbres y daría forma a su necesidad: pero en aquel momento no sabía tanto de sus propias tendencias, de sus fantasmas amargos: se vació en ella, sintió sus garras en las pantorrillas y la escuchó gañir, lujosa y dura: no se movieron

hasta que una corriente de humores ya fríos buscó su curso por la ingle del hombre.

Mila volvió el rostro en procura de los ojos de Dalmau, sólo el rostro, pálido y pleno: el único rostro que él desearía volver a ver hasta el último segundo de su vida.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Dios! —dijo Dalmau—. ¿Qué horas son éstas para preguntar mi nombre?

—¿Dios? ¿Eres Dios? —Mila recogía únicamente la primera parte de la respuesta de Dalmau: quería reír: quería, también, una justificación del poder. Se incorporó para dejarse caer junto a su amante.

—No. No soy Dios. Soy Joaquín Dalmau y no creo en Dios.

—Lástima. Debieras intentarlo.

—¿Creer?

—No: ser Dios.

Sonreían.

Más tarde, Mila se lavó en la palangana, en el agua en que Dalmau se mojaba la cara por las mañanas. Lo hizo delante de él, consciente de que su belleza y el gusto del hombre la protegían de cualquier sombra de sordidez.

—Ven —dijo—. Sécame.

Se besaron en los labios cuando él pasó la mano cubierta por una toalla por entre las piernas de ella.

Mila se vistió y se estuvo mirando los libros que Dalmau tenía sobre la mesa.

—¿Me dejarás uno? —pidió.

—Claro.

—Te lo traeré personalmente.

Se llevó una novela titulada *Nada*. Le llamaba la atención el que hubiese sido escrita por una mujer.

Se pusieron de acuerdo: Dalmau fue primero a la chabola de Miserere: cuando él estuvo dentro, salió Mila, directamente hacia la escalera.

El gato fue tras ella poco después.

V

Miserere estaba caído de costado en el borde de la cama, con los pantalones alrededor de los tobillos, llorando en silencio. Por un instante, Dalmau reparó en el ridículo de aquellas piernas, demasiado blancas y demasiado delgadas: apartó la imagen, ganado por la piedad. En la radio, un aire de pandereta burlaba la tristeza del lugar.

—Jesús —llamó Dalmau.

—¿Qué quieres, Quim? —gimió Miserere.

—¿Te encuentras bien?

—Me ves con el culo al aire y llorando, y me preguntas si me encuentro bien. No seas pelmazo, hombre, me encuentro fatal, hecho unos zorros, voy a morir pronto.

Dalmau apagó la radio.

—¿Tienes algo de alcohol? —pidió Miserere.

—Anís. Voy a traerlo.

Cuando volvió, el pintor estaba con sólo la camisa, parado delante del cuadro en que había estado trabajando, un imposible retrato de Mila.

—¿Me contarás qué ocurre? —urgió Dalmau, llenando los vasos.

—¿Qué coño quieres que ocurra, Quim? De todo. Ocurre de todo. Ella ha venido, me ha humillado, a mí me ha parecido perfecto, sólo espero que lo haga otra vez, y otra, hasta el final: quiero verla, Quim, me exaspera, no puedo respirar si pienso en la posibilidad de no verla más, necesito grabar su rostro en mí, no voy a poder morirme si no lo consigo.

—¿Si no consigues qué?

—Recordar su rostro, eso, recordar su rostro, porque has de saber que todo es maravilloso mientras la veo, pero cuando se marcha, se marcha del

todo, se lleva el rostro, me paro aquí y la pinto, ya lo ves, pinto su pelo, su contorno, ahora sé más sobre el cuerpo, el trabajo mejora, pero no puedo poner una gota de color en su cara —miró atentamente la tela, esa región blanca de la tela de la que no lograba arrancar los rasgos de Mila—. Además —dijo finalmente—, no tengo más que unos pantalones y me he corrido como un crío y no saldré de aquí hasta que los haya lavado y secado.

—Te dejaré otros pantalones —anunció Dalmau—. ¿No recuerdas nada? ¿La nariz, los ojos?

—Nada, nada, se lleva hasta el último detalle —se volvió, apartándose de la pintura—. Gracias por los pantalones, ya me los alcanzarás, no saldré desnudo al terrado. Dime, ¿la has visto?

—La he visto cuando salió de aquí.

—¿Has estado jodiendo con ella, Quim? —adivinó Miserere.

Dalmau asintió y evitó los ojos del otro.

—¿Crees que me importa? —desafió Miserere—. No me importa, en absoluto, estoy preparado para eso, lo único que pretendo es verla otra vez, siempre.

—Jesús —Dalmau se sentía culpable, egoísta y traidor—, yo hubiese preferido...

—Mira, Quim, lo que tú prefieras no cuenta, lo sé, sólo cuenta lo que ella prefiera: lo sé desde que la soñé. Jamás se me pasaría por la cabeza acusarte de nada en relación con Mila, es como si no existieras, no existe nadie fuera de su voluntad, yo menos que nadie. Sólo te pediré que no dejes de ser mi amigo, que no huyas de mí por daños que creas haberme hecho, o que ella te haga creer que me has hecho. Vamos, que no me abandones, que necesito hablar contigo. Y que no pienses que me haces daño. Ni pienses que ella me hace daño: todo el daño viene de mí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que todos llevamos nuestra muerte dentro, desde el principio, como el deseo o el amor, no importa en quién lo pongamos luego, en quién queramos verlo. Me he visto en Mila: ella no me convierte en un miserable: encarna mi miseria. No me resulta sencillo explicarlo, yo lo he comprendido antes de poder pensarlo, antes de poder razonarlo: si la vi

antes de verla, es porque estaba en mí, no hay visiones del exterior, ¿lo entiendes?

—Creo que sí, pero no me gusta.

—Es lo de menos que te guste o no: tú la amas, o la amarás, tal vez aún no lo sepas: eso la exime del mal. En consecuencia, todo el mal que se manifieste entre ella y yo, procederá de mí. ¿Es más claro así?

—Puede ser.

—Ya lo aceptarás. Ahora, Quim, por favor, ve a traer esos pantalones y después vete, quiero dormir.

Dalmau hizo lo que se le pedía. Miserere permaneció despierto hasta el amanecer.

VI

En la tarde del día siguiente, Mila fue a devolver el libro a Dalmau. Lo puso sobre la mesa y se quedó allí, de pie, sin decir una palabra. Se había dejado empapar por la lluvia y parecía muy niña.

Dalmau cogió una toalla y le estuvo secando el pelo: no se atrevía a besarla, ni siquiera a secarle el cuello:

—He leído ese libro —la oyó decir, y supo que algo había cambiado, que Mila había caído en una trampa y temía moverse, que ella acababa de entrar en un territorio en que él tenía todo el poder.

—Sí —dijo—, el libro.

—Esa mujer que escribe —avanzó Mila— habla del alma, habla bien, pero a veces es como si viniera de otro país, de un lugar en que el alma estuviera separada del cuerpo: sólo a veces, pero cuando lo hace me pone fuera de mí.

—En este país, Mila, almas y cuerpos suelen separarse.

—Ah, no, chico, yo soy toda mi alma.

—No es necesario que te enfades —dijo Dalmau—. Hay muchos libros en que se dicen cosas que no te parecerán bien cuando las leas y otros en los que encontrarás ideas que siempre has tenido y que desconoces por no haberlas pensado nunca con palabras.

—¿Me dejarás más libros? —pidió Mila—. Tengo que encontrar esas palabras que dices, mis ideas de siempre.

—Claro, puedes llevarte los libros que quieras. Algunos, será mejor que los leas aquí, no estaría bien que la policía te cogiera con ellos, te harían caer el pelo.

—Si me trincan, no hará falta ningún libro para que me hagan caer el pelo: basta con mi edad.

Dalmau la interrogó con la mirada.

—Tengo quince años, amor. Pero no pases pena, no me cogerán.

La noticia no produjo en Dalmau preocupación ni sorpresa, sino una enorme alegría, un sentimiento de que la historia acababa de comenzar en aquel momento.

En los meses que siguieron, Mila leyó un libro tras otro, casi todos los que Dalmau poseía, una serie ecléctica que incluía Bossuet y Tolstoi, José Antonio y Pereda, folletos anarquistas y vidas de santos. Todavía en sus incontables quince años, llegó a entender más de letra, espíritu y realidad que la gran mayoría de los pobladores de aquella época, que, hay que decirlo, no era de luces.

—En ese libro sobre el capital que resumió un tal Deville, sabes a cuál me refiero —dijo un día—, hay muchas cosas que no he entendido. ¿Qué quiere decir que las condiciones económicas determinan el ser?

—Que resultamos ser como somos por obra de nuestro trabajo, de nuestra manera de ganarnos la vida —aventuró Dalmau.

—¿Yo soy la que soy porque me saco mi dinero puteando? ¿Sería distinta si lo hiciera de otro modo? ¿Es eso?

—No exactamente —interpretó Dalmau—. Tú eres como eres, lo que hagas te modifica, te obliga a ver las cosas desde un lugar en particular, a verlas de un cierto color...

—No sigas, Quim, no te esfuerces, lo he entendido perfectamente, no reniegues por mí de lo que sabes.

Dalmau entendió que la amaba. Y que amarla no servía de nada.

VII

Elena Vargas arreglaba algunas citas, por lo general nocturnas, para Mila. Conocía figurones, y hombres y mujeres verdaderamente poderosos, a los que invariablemente atraía la promesa de una hembra muy joven. Eran encuentros furtivos en pisos del Ensanche o en hoteles de tercera, alguna fiesta en que tenía que atender a más de una persona y donde la retribución solía ser muy generosa, o visitas piadosas a damas necesitadas de compañía y de consuelo que se extendían sobre sus carencias con la señora que les echaba las cartas.

Mila Solé conoció a Fernando Eguren en mayo, por obra de un acuerdo decidido por Elena. Debía ir a una celebración, el festejo de un hecho impreciso, y pasarían a recogerla después de las ocho. Eran condiciones habituales.

Un aire helado y húmedo se le pegó a la piel cuando salió a la oscuridad de la calle. Había ido por ella un chófer de uniforme, y ahora le seguía hacia el automóvil, estacionado a dos manzanas. Marchaba cuatro o cinco pasos detrás del hombre, que no se volvió en ningún momento para asegurarse de su presencia.

El coche era enorme, con la parte trasera separada de la cabina del conductor y aislada del mundo por unos visillos que cegaban todos los cristales. El lacayo abrió la portezuela y se hizo a un lado para dejarle paso.

—Por favor —dijo, indicando el interior. Mila no le oyó decir nada más.

Entró. Empleando el asiento y los traspuntines, podían haber viajado allí ocho personas, pero sólo había dos: ella y un muchacho rubio que la recibió con una ancha sonrisa. Se acomodó a su lado.

—Dime, ¿quién eres tú? —preguntó Mila.

—Yo soy el Niño de las Palmas —dijo Fernando.

—No seas tonto —rió Mila—. Nadie es el Niño de las Palmas. Dime cómo te llamas, de verdad.

—Me llamo Fernando, pero aquí soy el Niño de las Palmas, de verdad, me llevan a fiestas para que cante y esas cosas, y para que converse en privado con algún caballero, si se cuadra. Nadie quiere saber mi nombre, guapa. ¿Y tú?

—Ya lo ves, puteando. No canto ni bailo, así que sólo voy para la cama.

—¡Y con gente tan católica!

—Eso. Después confesarán.

—Si no se vienen con el cura, reina. ¿Cómo debo llamarte?

—Mila. Milagros, pero me dicen Mila.

El recorrido no fue corto. Nadie les había dicho a dónde les llevaban. Cuando el automóvil se detuvo y alguien abrió la portezuela desde fuera, vieron un cielo estrellado y sereno, y les alcanzó el sonido de una guitarra triste. Pusieron los pies sobre un sendero de grava. Abajo, a lo lejos, el mar respiraba con lentitud. Olía a pinos.

Una mujer les guió hacia la casa, una mansión de indiano, de las tantas que prosperaron en el Maresme, construidas con el sudor y la sangre de miles y miles de negros vendidos para el trabajo en los ingenios azucareros y en las plantaciones de café y algodón de América. Luces tenues se repetían en los lustres de las caobas de muebles y revestimientos. Al cesar la guitarra, sólo quedaron grillos: el silencio se oía con una claridad de camposanto. La criada les precedió por una escalera sin quejas y les hizo pasar a un salón.

—Les llamarán más tarde —anunció antes de retirarse, cerrando la puerta de doble hoja desde el exterior.

La ventana encerraba reflejos del agua remota. Mila conoció el aroma de las maderas llegadas por el océano, un aroma limpio, casi mineral, pero no entendió su origen.

Sobre una mesa baja había copas y una botella de Anís del Mono. Las cristaleras que protegían encuadernaciones tenían llave echada.

—¿Lees libros? —preguntó Mila al percibir el interés de Fernando por aquellos anaqueles.

—Sí, reina, claro: los maricones tenemos que saber mucho si queremos sobrevivir en este mundo. Yo empecé así, por defenderme, pero ahora me gusta, me gusta mucho.

Mila no habló entonces de su propia experiencia.

—Oye, Mila, ¿por qué no sirves un poco de anís? ¿O quieres que lo haga yo? Para pasar el rato, ¿sabes? Aquí no hay fiesta ni nada que se le parezca. Ven, vamos a sentarnos.

En las horas que siguieron, Mila Solé y Fernando Eguren bebieron, fumaron y se contaron la vida. Pasada la medianoche, el vacío del jardín y la falta de explicaciones les llevó a aventurarse fuera de aquel recinto.

Al otro lado de la escalera por la que habían subido, se abría un corredor penumbroso, bordeado por dormitorios desiertos y cuadros de asunto invisible. Lo siguieron. Fueron a dar a la galería de coro de una capilla.

Sobre el altar, entre dos cirios gordos y chisposos, brillaba la hoja enorme de un machete de zafra. Delante, de rodillas, oraba un hombre. Vieron la cerda blanca, cortada a cepillo, y la espalda sólida y nervuda, y retrocedieron. El hombre se puso de pie, cogió el arma, se persignó y se volvió para salir. Fernando apretó la mano de Mila y corrieron, afantasmados, de regreso al sitio que acababan de abandonar.

Una vez dentro, Fernando se abalanzó sobre el anís, bebió a morro y pasó la botella a Mila, que tardaba en separarse de la pared en que se había apoyado, pálida y agitada.

Hubo carreras y gritos abajo, pero ninguno de los dos quiso acercarse a la ventana: estuvieron abrazados hasta que todo tornó a caer en la quietud más completa.

En el reloj de campana que recordaba el tiempo en alguna parte de la casa, dieron las cuatro. Como convocado por el último tañido, se presentó en la habitación un sujeto delgado y amable, con aire ausente y movimientos de bailarín.

—Lo lamento mucho, señores —dijo, eludiendo cualquier presentación o tentativa de diálogo: Mila y Fernando se levantaron inmediatamente de los sillones en que habían estado sentados—. Lamento mucho que este viaje haya sido inútil. De todos modos, esto les compensará por la molestia —les entregó sendos sobres cerrados de papel de hilo—. El chófer les llevará de regreso a la ciudad. Buenas noches —salió andando hacia atrás, como un paje.

El viaje de retorno les pareció muy largo.

VIII

Les dejaron al amanecer en la parte baja de las Ramblas. Echaron a andar hacia arriba. Ninguno de los dos pensó en separarse del otro, se encontraban bien juntos, Mila se dejaba llevar por Fernando, confiaba en él. Salieron a Plaza San Jaime y, desde allí, recorrieron Obispo Irurita hacia el frente de la catedral. Aún no se había abierto la avenida: entraron en Puerta del Ángel por una calle gris. Mucha gente se apresuraba hacia sus empleos a aquella hora. Fernando pidió a Mila que caminase delante de él, la dejó avanzar para poder contemplarla, para convencerse de que, de desear alguna vez a una hembra, desearía precisamente aquella perfección. En Puerta del Ángel, Mila se apoyó en una pared y se quitó los zapatos de tacón exagerado. Una mujer se detuvo a mirarla, crítica, empeñada seguramente en una jaculatoria o en un insulto. Fernando esperó nuevamente a que se alejase de él, volvió a mirarla ahora, sin la exacerbación del calzado.

—Sigues siendo un espectáculo —reconoció, ponderativo.

Desde Caspe, por una transversal, buscaron Diputación, casi desierta todavía. Pasada Lauria, había un portal entreabierto: por el cristal grueso de

detrás de los forjados, Mila distinguió el bulto de un cuerpo caído. Iban cogidos de la mano, y Fernando advirtió su sobresalto en la presión de los dedos.

—Ven —pidió ella—. Vamos a ver.

—¿A ver qué?

—Lo que hay en ese portal. Ven.

Empujaron la pesada hoja de hierro y entraron al zaguán. Era una mujer aún joven, muy pintada, con el pelo teñido de rubio, suelto, extendido alrededor de la cabeza como una corona blanda. Tenía puesto un abrigo de pieles de astracán.

Fernando se puso en cuclillas y le tocó la cara: el invierno estaba en ella: fue inútil tratar de bajarle los párpados. No había joyas en el cadáver, aunque debía de haberlas habido. Al levantar los ojos, Fernando encontró los de Mila: no necesitaron discutir lo que hicieron a continuación: ambos pusieron lo suyo para volver el cuerpo y quitarle el abrigo.

Mila se echó la prenda sobre los hombros: el intenso perfume que conservaba ocultó el olor de orines de aquella escalera.

En la calle, cerraron con cuidado y siguieron su camino.

Mila se maravilló al ver el piso en que vivía Fernando: había libros por todas partes. Hurgó en los estantes y en los montones, leyó frases sueltas de unos y de otros.

—Yo también leo —proclamó.

—Me lo temía —dijo Fernando.

—¿Temías?

—Sí, reina, temía: ¿hay algo más peligroso que una furcia leída? Si mi madre se hubiese dado cuenta de eso, ahora estaría yo viviendo en un palacio, en París.

Fernando preparó té con anís y Mila quiso verse con el abrigo, con sólo el abrigo: se desnudó para envolverse en pieles y buscó un espejo.

—En el dormitorio —dijo Fernando—. No hay otro espejo que te sirva en toda la casa. Porque quieres verte toda, ¿verdad?

—Toda.

Él se sentó en el taburete del tocador y la observó mientras se movía ante el cristal, pasos de niña contenta.

—Es un abrigo muy majo, ¿no crees? —disfrutó Mila.

—El más bonito de Barcelona —certificó Fernando.

—Ahora es mío.

—Completamente tuyo.

—Podría estar muerta —se entristeció Mila de pronto.

—Pero no lo estás.

—Lo que le ocurrió a esa mujer puede ocurrirme a mí cualquier día, es muy fácil, hacer la puta es muy peligroso.

—Vivir es peligroso, reina.

—Necesito que me quieran, Fernando —se había sentado en la cama y miraba el suelo, desamparada.

—Yo ya te quiero.

Mila sonrió, consciente de que aquello era cierto, y se tendió en la cama. Dejó que el abrigo se abriera, quería mostrar su cuerpo.

—Podría estar muerta en este abrigo —dijo.

—Pero no lo estás. Todavía sangras, deseas, sientes hambre.

Mila se acarició el rostro, los pechos, el vientre: separó ligeramente las piernas y metió la mano en medio.

—¿Soy hermosa? Dilo, Fernando, necesito oírlo otra vez.

—Nunca he visto mujer más bella.

—Estoy viva —dijo.

Se acarició el sexo, primero lentamente, después con furia, perdiéndose en el fondo de sus sentidos, saliéndose de sí misma para gozarse.

Fernando Eguren la estuvo contemplando hasta que su respiración se serenó y quedó inmóvil, con los ojos cerrados y los dedos, todavía en las ingles, laxos. Entonces apagó algunas luces, se acercó a ella, le tomó la mano, le cerró el abrigo y se tendió a su lado.

—Te quedarás conmigo —dijo.

—Pero si tú no necesitas mujer, Fernando.

—Por eso, reina, por eso. Así todo irá bien. Alguien ha de cuidar de ti, ¿no?

—Y de ti.

—Claro.

Antes de dormirse, la besó en la frente.

IX

Durmieron durante todo el día. Al anochecer, después de bañarse y desayunar, Mila consideró su situación.

—Fernando —dijo—, ¿estás verdaderamente decidido?

—Mila, querida —respondió él—, no soporto la idea de que vivas en otra parte, con otra gente, la idea de que nadie se preocupe por ti. Quiero decir que no quiero vivir solo, ¿comprendes?

—Comprendo.

—No vamos a dormir cada día como hoy, eso no, yo tengo mis cosas y tú las tuyas, arreglaremos otra habitación, pero estarás en la casa.

—De acuerdo. He de ir a ver a Elena.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, no, no hace falta, hablaré con ella y lo entenderá, no tienes que preocuparte. Ha sido muy buena conmigo.

—Creo que no ha sido buena, ni mala: te ha ayudado a hacer lo que hubieses hecho de todos modos, con más dificultades, quizá, pero lo hubieses hecho.

—Únicamente me ha ayudado, es cierto, pero eso es más de lo que hace la mayoría, Fernando. Es mi amiga.

—Tal vez tengas razón, pero, en cualquier caso, has pagado por su amistad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mila.

—Que una señora como ella, aunque esté todavía de muy buen ver, no se lleva a la cama un premio como tú sin un montón de pelas por medio.

Eso.

—Yo también me lo he pasado estupendamente, Fernando, y he aprendido mucho mucho, con ella.

—Oye, reina, no iremos a discutir por esto, ¿no?

—No, claro que no.

—Sólo que veas que no le debes nada a nadie.

—Aún me deben a mí.

—¿Elena?

—No, hombre. Mercedes, la vieja Mercedes.

—Ya te cobrarás, ya.

—La veré muerta.

Mila se vistió y salió.

X

La conversación con Elena Vargas fue más breve y más fácil en su realidad que en la culpable previsión de Mila Solé, que recorrió todo el camino hasta la casa de su amiga rumiando preámbulos y justificaciones sin sentido. Su vínculo con Fernando Eguren se había establecido más allá de todo cálculo y de toda voluntad: en algún momento anterior a la propuesta y a la decisión de instalarse en su casa —tal vez en la mansión desde la que se entendía el mar, donde la violencia silenciosa de los habitantes creó para ellos un abrazo, tal vez en el portal maloliente en que yacía aquella desconocida—, había sabido que vivía con él, y que iba a vivir con él durante mucho tiempo, no importaba cuál fuese la liturgia sexual del sentimiento que los unía.

—Vienes a decirme que te marchas, ¿no? —se aseguró Elena, levantando la vista de la costura en que se ocupaba a la llegada de Mila—.

Lo sé, lo sé, reina, no pases pena: estuve leyendo las cartas toda la tarde y sé lo que vendrá. Está muy bien.

—¿Qué es lo está bien, Elena?

—Que te marches con él.

Mila fue a sentarse delante de la mujer, olvidada de sus reparos e intrigada por la adivinación.

—¿Qué sabes de él? —preguntó.

—Salvo el nombre, casi todo. Me estoy haciendo vieja, pero aún no estoy tonta.

—No hables de la vejez, Elena —pidió Mila, cogiéndole las manos.

—¿Que no hable de la vejez? ¿Cómo se te ocurre? Hay que saber lo que se tiene, maja. ¿Donde has visto una zorra de mis tacones zurciendo nada en la juventud? A las grandes putas, la aguja y el don de profecía nos son dados con los años. Pero a lo que íbamos: vivirás con ese chico. No sé bien por qué, aunque lo imagino, porque no he nacido ayer, que he vivido una guerra y dos paces, no sé por qué, te digo, te quiere como un hermano, no como un hombre, te quiere bien y con más verdad que nadie. Estaréis juntos... siempre. Él vivirá más años que tú, y velará por tu herencia.

—¿Qué herencia, Elena? ¿Qué herencia puedo dejar yo?

—Ahora no, pero ya tendrás herencia que dejar. Él te ayudará a que sea así.

—No me gusta esto. ¿Quieres decir que nunca, nunca tendré un hombre?

—¿Un hombre? Ya tienes uno, además de tenerlos todos. Pero ve a buscar algo de beber en la cocina y alcánzame el tabaco, si no, no podré seguir hablando.

Mila fue a buscar lo que se le pedía. Elena trató de deshacerse de su imagen, de apartar de su conciencia el cuerpo de la muchacha, de postergar el deseo que la sofocaba. Se puso de pie y cogió el paquete de Tritón de la mesa. Encendió uno y volvió a sentarse. Hubiese querido quitarse la ropa en aquel mismo instante, callar sobre todo lo que no fuese Elena Vargas en la vida de Mila.

La muchacha regresó con una botella de vino y dos copas en una bandeja. Las colocó sobre un taburete, entre las dos.

—No has podido esperar por los pitillos —observó.

—No, por los pitillos no puedo esperar.

Mila sirvió vino.

—Háblame de hombres —decidió.

—¿De qué otra cosa quieres que hable yo, reina? De lo que conozco, de hombres. Pues bien: ya tienes uno.

—No tengo a Quim Dalmau, si es a él a quien te refieres. Ni le tendré.

—Le tienes, Mila, como se le tiene a él: es que sois muy parecidos, ¿sabes? Es como tú, duro. No está a salvo de la pasión, no, y tampoco tú lo estás, pero tenéis recursos, terminaréis destrozados por otras cosas, que tal vez sean más importantes que el amor, destrozados por virtud, o por lealtad, pero no por pasión amorosa. Sin embargo, es el hombre de tu vida, como se suele decir, y tú eres la mujer de su vida: ninguno de los dos volverá a ser una persona completa cuando le falte el otro, y ninguno de los dos volverá a amar. Tratarán, sí, uno siempre trata de volver a amar, y hasta llega a creer que lo ha conseguido, y hasta puede morir convencido de que lo ha conseguido, pero lo único que hace cada vez es buscar al que ha perdido, en otros cuerpos, o en otras almas.

—¿Estás tan segura de que nos amamos, Elena?

—Os amáis infinitamente, sin remedio. Por eso será él quien te haga conocer la felicidad, él y no cualquier otra persona. Aunque sea tu nuevo amigo quien cuide de ti. No me has dicho cómo se llama.

—Es el Niño de las Palmas, no te rías, yo también me reí, es que canta con ese nombre, se llama Fernando Eguren.

—No, si no me río, ¿cómo habría de reírme de quien va a cuidar de ti? Y lo hará mucho mejor que yo, que sólo pienso en lo que vendrá: el Niño de las Palmas habita el presente.

—¿Y habré de seguir viendo a ese otro, Elena? —preguntó finalmente Mila—. Jesús Vera. ¿Por qué le he encontrado? Me da asco, le desprecio, quiero verle muerto tanto como quiero ver muerta a Mercedes, y nada me ha hecho para que sienta tan mal hacia él.

—Es la forma de su amor lo que no toleras. Nadie tolera las pasiones a las que no puede corresponder, son como acusaciones de mezquindad. Le verás muerto, no lo dudes: no se sobrevive a un amor así. Pero no debes

alejarse si quieres que se cumpla tu destino, si no quieres el horror y el padecimiento sin fin.

—¿Tanto importa ese hombre? ¿De qué puede servir en mi vida ese alucinado?

—Alucinado —notó Elena—. Bonita palabra. Hace un tiempo, no la hubieses empleado, no la conocías: los libros te hacen bien. De algo te servirá ese alucinado. Hasta los más poderosos necesitan de un verdugo para dominar.

—Un verdugo —aprendió Mila: es posible que el final de Miserere Gorkin se haya resuelto en aquel instante—. ¿Es eso lo que será? ¿Un verdugo?

Elena ignoró la pregunta.

—Eso es lo que tenía que decirte —concluyó—. Ahora quiero hablarte de mí.

—¿De ti, Elena? —recordó Mila—. ¿Qué será de ti ahora, cuando yo me haya marchado?

Elena no había vacilado ni se había conmovido por el fondo feroz de sus previsiones: conocía demasiado bien aquella historia que aún no había sucedido: una historia de la que ella estaría ausente: eso era lo único que le dolía: pero le dolía más allá de todo posible control.

—Mila —dijo—, ¿sabes por qué procuré que entraras en mi existencia? ¿Sabes por qué podrás volver siempre a esta casa y pedir lo que se te ocurra pedir? Porque puedes pedirlo todo: mi cuerpo, mi alma, todo. ¿Sabes por qué? —no esperó respuesta—. Porque eres un imán, un puñetero imán. Y un espejo en que no puede uno dejar de mirarse.

Una repentina exaltación en el tono de Elena desconcertó a Mila.

—Tú me enseñaste eso, Elena —reconoció.

—Lo hubieses averiguado, reina, es tu naturaleza. No hubo razón para que yo fuese a casa de Mercedes aquel día, ¿sabes? Fui a comprar cosas que cualquiera me hubiese vendido. Fui por ti, no lo supe hasta haberte visto, pero fui por ti. Y después todas mis fuerzas sirvieron únicamente para pensarte, pensarte para que vinieras. Cuando oí tu voz en el teléfono estaba enferma de debilidad, de deseo, te deseaba, no hacía más que desearte. Y sigue siendo así, Mila. Sigue siendo así. Me veo tan hermosa en ti.

Se levantó y fue a poner las manos sobre los hombros de Mila.

—Te marchas —dijo entre lágrimas—. Vuelve a verme alguna vez, ¿sí?, ¿volverás?

Mila abrió los brazos y Elena se dejó caer entre ellos, de rodillas, su cabeza buscando el regazo de la muchacha.

—Por favor, Mila —rogó—, por favor, esta noche, quédate conmigo esta noche, te marcharás por la mañana: sólo esta noche.

—Elena, no te humilles como ese hombre que me repugna, tú no, a ti te he deseado siempre, pasaré esta noche contigo, y muchas noches más, todas las que tú quieras.

—No, Mila, no muchas más. Pronto perderé lo que me queda de belleza, y ya nadie querrá estar conmigo, ni tú ni nadie. Tiene que ser ahora, por favor.

—Levántate, Elena, bésame —ordenó Mila.

Abrazadas, Elena se dejó lamer las lágrimas que habían rodado por su rostro.

—No hagas nada —dijo Mila—. Yo te desnudaré y me desnudaré para ti, ¿quieres? —con la ternura con que se habla a un niño, a un triste, a un vencido.

Hicieron el amor allí mismo, en la sala, y luego en el corredor y en la alcoba largamente compartida. Era muy tarde cuando Elena se quedó dormida. Mila estuvo acariciándole el cabello hasta que comprendió que la serenidad había ganado su aliento. Entonces se vistió y se marchó.

El gato la siguió.

OceanofPDF.com

CAPITULO CUARTO

lascivamente viri cum succubi...

OceanofPDF.com

I

Mila Solé conmovía a Quim Dalmau. También le daba miedo. La necesitaba, la tenía allí, podía tomarla, ella se lo concedía todo y se lo pedía todo: no podía poseerla: la posesión era el camino de la pérdida: ella era también su propia ausencia: a veces, su belleza la hacía tan poderosa que era imposible hablarle, Dalmau le rozaba el pelo con las puntas de los dedos, sin aliento: entonces ya no la deseaba, ella y su deseo de ella estaban en él, componían su cuerpo y sometían sus funciones, ella y su deseo de ella eran el orden de la vida: lo que se le alcanzaba era un conocimiento oscuro de la grandeza, una vaga experiencia de la gracia.

—Quim, Quimet, Quinquín, Joaquinito —decía Mila—, estás a punto de perderme.

—¿Tantos errores he cometido? —preguntaba Dalmau.

—No, no, es que eso no importa, cariño. Es que siempre estás a punto de perderme, te lo advierto: siempre se está a punto de perderme.

—Si es por eso, sé que casi todos te han perdido.

—Porque casi todos me han tenido. ¿No te duele que sea así?

—No me duele. Hasta me gusta.

—Eres un vicioso.

—¿Y sólo por eso debería perderte?

—No —aceptaba Mila—. Pero sí por otras cosas.

—¿Por ejemplo?

—Porque te pareces mucho al hombre que me hubiese gustado ser: vives de las ideas, de las palabras.

—No soy el único, ¿no?

—No, no eres el único. Pero es que tú, además, te pareces a mi madre: estás dispuesto a dejarlo todo por lo que dicen los libros.

—Algunos libros. Sólo algunos. Es verdad: estoy dispuesto a dejarlo todo.

—Como ella me dejó. Puedes dejarme también por unas cuantas palabras.

—Por eso no te pierdo. Por eso vuelves siempre.

Andaban por la ciudad, a la luz del día. Dalmau se sentía observado, admirado quizá, envidiado, glorificado por el esplendor de ella. Pasaban horas en una librería de viejo de la calle Aribau, junto a Diputación: él conversaba con el propietario, que había conocido a Albert Dalmau, y Mila hurgaba en los volúmenes, persiguiendo una explicación de su existencia en el mundo. Entraban en iglesias con laica curiosidad y se apostaban en rincones oscuros para presenciar las actividades de la fe o de la hipocresía. Así fue como asistieron a una boda. El novio era un hombre rechoncho, de cuello rojo demasiado ceñido por la camisa. Ella tenía dientes prominentes y manos muy cortas.

—¿Qué crees que harán esta noche? —preguntó Mila.

—Nada de lo que nosotros haríamos —respondió Dalmau.

—¿Qué haríamos nosotros? Dime qué querías hacerme.

—Todo.

—Eso es una estupidez, Quim. Cosas concretas.

Estaban de pie en el último banco, siguiendo la ceremonia, y ninguno de los dos miraba al otro. Hablaban en voz muy baja.

—Te jodería por el culo.

—Eso va mejor. ¿Qué más?

—Te la metería en la boca.

—No se dice así —Mila reiteraba la lección de Elena—. Se dice mamar o chupar. ¿Qué quieres que te haga?

—Quiero que me la mames.

—Eso. Sigue.

—Que te bebas todo.

—Vamos, Quinquín, no seas majadero, que estamos en la iglesia y tienes que decir toda la verdad y llamar al pecado por su nombre. Tragar es la palabra. Tragaré, lo tragaré todo.

Se dio cuenta de que Dalmau estaba fuera de sí, de que acababa de desbordarlo, no podían seguir allí. Le cogió la mano y salieron del templo.

—No puedo creerlo, Quim —dijo, una vez fuera—. Estás muerto de fe, un hombre como tú, tan descreído, y la idea de estar pecando te perturba así.

—No, Mila, no es la idea de pecado. Son las palabras, las palabras, lo que me hace temblar, lo que me anula. Haber crecido como yo he crecido, tú no sabes. Mi padre lo comprendía todo, era un hombre generoso, ya te he hablado de él, pero no soportaba las palabras, era como un cura en eso. Defendía el amor, el derecho a la sexualidad libre, lo que se te ocurra, pero nada se podía mencionar por su verdadero nombre ante él —iban caminando, Dalmau se contaba la historia con dificultad, anhelaba razonar, deshacerse de prejuicios adquiridos junto al respeto por sus mayores, Mila le estaba haciendo crecer sin habérselo propuesto, era un juego muy difícil—. Mira, durante la guerra defendió a mi amigo Pepe, Pepe Rego, ya sabes, se hizo cargo de su dignidad. Pero me hubiese vuelto la cara de un revés, de haberme oído decir la palabra marica. Y lo mismo pasaba con las imágenes, circulaban libros con fotografías, posturas de jodienda o mujeres desnudas: le volvían loco. Daba verdaderas conferencias sobre el amor libre, higiene, lo que se te ocurra, siempre en tono científico, jurídico, distante. Pero veía una fotografía y se ponía hecho una furia, se convertía en un inquisidor.

—Mi madre debía de pensar de la guerra y de la revolución lo mismo que tu padre, ¿no?

—Pobre, tu madre, debió de creerse las cosas que les decían hombres como mi padre. Puedes alegrarte de que haya muerto así, tuvo el privilegio porque la necesitaban, necesitaban su cuerpo en el frente. Si no, la hubiesen lapidado.

—¿Y tú, Quim, cómo eres?

—¡Yo! Cuando te conocí, trataba de ser el que soy ahora, pero sin ti no hubiese tenido la menor oportunidad, ni a la izquierda ni a la derecha.

Hubiese hecho lo mismo que el gordito de la iglesia, me hubiese casado. Y hasta hubiese ido de putas.

—Él se la meterá a la mujer algunas veces y después buscará una como yo.

—¡Dios! ¡Encontrarte a ti! ¿Lo entiendes, Mila? Estamos castrados, ésta es una época de castrados, y tú me has regalado un cuerpo. Me has dado mi cuerpo al darme las palabras. Nada hubiese resultado entre nosotros sin las palabras. A los hombres nos cortan las palabras y es como si nos cortaran los cojones.

—Habla conmigo, Quim, dímelo todo.

Se lo dijo todo en aquel verano del cuarenta y nueve, un verano nacional-católico en que no parecía haber amantes en Barcelona. Se lo dijo todo, las cosas que nunca después pudo repetir a nadie. Fue dueño de su propio cuerpo únicamente entonces.

II

En junio, Rego volvió a París. Pasó la frontera como ya lo había hecho otras veces, en la cuadrilla de un torero que iba a corridas en el sur de Francia, entre saludos de guardias civiles y encanto de curiosos.

Acordó su cita mediante un recadero de confianza.

Cuando ya había entrado en el portal de la casa en que vivía o le recibía Manuel, rumiando despedidas y reproches, hundido en indecisiones, recordó al individuo que guardaba aquellas visitas. Podía haber arreglado la entrada por el otro lado de la manzana, haber eludido cualquier encuentro. Se volvió. El hombre le estaba mirando. Le miraba como le había mirado la primera vez, en un café de las inmediaciones, con la misma insolencia. Ya no cabía retroceder. Subió.

—Ese cabrón sigue allí —fue lo primero que dijo después de abrazar a Manuel.

—Oh, cobra por eso, déjale —redujo el viejo.

—Ya. Pero no estará siempre en el mismo sitio, a veces irá a España. ¿No falla nunca?

—De tanto en tanto, cinco días, una semana.

—Le sentarán a revisar fotografías allá, o le pondrán a recorrer las calles, a ver las caras de la gente.

—A buscarte a ti, Pepe, entre otros.

—No habrá muchos más, supongo.

—No, es verdad —reconoció Manuel—. No hay muchos más.

—Lástima —dijo Rego—. Porque yo lo dejo.

Él mismo se sorprendió ante el anuncio. Habían hablado de pie, en el recibidor. Manuel le cogió del brazo, casi con ternura, y le condujo a la sala.

—Necesitas una copa, Pepe.

—Anís, por favor, Manuel, si tienes, y un vaso de agua.

—Tengo anís. Espérame.

Volvió con la bebida. Se sentaron.

—¿Y cómo es que has llegado a pensar en dejarlo? —preguntó Manuel, paternal.

—¿Son imprescindibles las explicaciones? —quiso saber Rego.

—No puedo obligarte, desde luego, pero creo que tenemos el derecho moral de pedírtelas.

El paso al plural, el tenemos, molestó a Rego.

—¿Por qué dices que tenéis el derecho? ¿Quiénes tenéis? He venido a conversar contigo con la esperanza de un diálogo entre amigos. De otro modo, hubiese pedido una reunión con todos los compañeros.

—No estamos solos en esto, Pepe, nos debemos también a ellos.

—Yo no me debo a nadie —afirmó Rego—. Por eso, y porque he aprendido que nadie se debe a mí, he decidido apartarme.

—Eso es puro individualismo, la tuya es una actitud caracterizada por el más puro individualismo.

—¡Manuel, coño! ¡Con qué sensualidad lo has dicho! ¡Con qué sensualidad has escrito esa parte del informe! «Una actitud caracterizada

por el más puro individualismo». Pequeño-burgués. Falta pequeñoburgués. Os deshacéis de gusto con esas frases de mierda, gozáis viciosamente de vuestra ortodoxia.

Manuel se puso de pie, repentinamente adelgazado por la ira, con los labios rígidos.

—Me ofendes, Pepe —dijo—. Nos ofendes. A los compañeros, a la clase obrera, a la causa de los pueblos.

Rego estaba lejos de comprender su propio estallido, su propia sinceridad. Era como si otro, dentro de él, hubiese decidido hablar en su lugar: le dejó hacer.

—¿Qué explicación esperabas, Manuel? —dijo, sin confesarse que él también había buscado otras—. ¿Prefieres que te cuente que dejo la revolución porque mi madre se ha puesto enferma? Individualismo, igualmente. Además, tú sabes, ella está muerta. ¿O prefieres que te diga que no coincido con matices de la línea política? Traición, desviacionismo. No importa lo que te explique, no justificaré mi abandono, sino vuestra conciencia. No quieres entenderme, quieres un motivo para condenarme. Pues deberás escogerlo tú. Yo me marchó porque no puedo más, no sirvo para la tarea, soy débil, no he comprendido el sentido de la historia. Lo que quieras. Ponle nombre y díselo a los compañeros.

Manuel había vuelto a sentarse. Ahora estaba helado y lleno de desprecio.

—Es verdad, Pepe —dijo—. A los compañeros les diré lo que quiera. Y lo aceptarán. Pero ¿sabes qué?: lo aceptarán por delicadeza. Porque todos saben lo que yo sé. Lo que tú sabes. Que eres un bujarrón repugnante, y que es eso lo que te ha vencido. Le has echado voluntad al asunto, lo sé, y lo has dominado durante mucho tiempo. Servías porque eras valiente. No creas, yo te he defendido siempre.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Aun pensando que era repugnante?

—Aun así, Pepe. Porque lo dominabas. Hacías lo que tiene que hacer un hombre de verdad: dominarse. Me he equivocado. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó Rego—. ¿Porque he dejado de servir, de ser valiente?

—El sexo, el sexo —teorizó Manuel—. Es enemigo de la revolución, Pepe. Tanta gente se ha perdido por eso.

—El sexo —dijo Rego—. ¿Qué hacer con él? Es enemigo de la revolución. Y de la contrarrevolución.

Se levantó. No intentó siquiera una cordialidad última, una despedida generosa de Manuel. Fue hacia la puerta. Se detuvo en el vano y miró al que había sido su compañero.

—En la vanguardia esclarecida, ya sé —dijo—. No es posible, no hay lugar. Pero ¿en la clase? ¿En el proletariado, hay o no hay bujarrones repugnantes?

No dio un portazo al salir. Manuel no se había movido de su sillón. Cerró suavemente.

No vio a nadie en la calle.

III

Mila conocía mejor que nadie los movimientos de la casa de la calle Hospital. Sabía cuáles eran las horas en que se podía llegar al terrado sin cruzarse con ningún vecino, y durante días y días había visitado a Dalmau sin ver a Miserere. Llevaba cuenta de las fechas en que el pintor entregaba sus cristos a la santería: en más de una ocasión había aprovechado sus ausencias para coger libros de la habitación de su amante, y para comprobar la persistencia del blanco, del vacío, en el rostro de su retrato: la tela permanecía en su sitio, sin cambios.

Fernando Eguren jamás la juzgó por lo que hizo con Miserere Gorkin en los días de aquel verano, la estación del amor de Dalmau: el odio y la

venganza entraban para él en el orden natural de las cosas. Es cierto que tampoco la juzgó por ningún otro de sus actos, y que guardó fidelidad a su vínculo con ella más allá de toda esperanza.

Elena Vargas no vio en los sucesos más que la realización de lo inevitable y largamente previsto.

Una mañana de entre semana, Mila abordó a dos jóvenes en la Plaza de San Agustín.

—¿Queréis pasar un rato conmigo? —preguntó.

—Estamos sin blanca, reina —rechazó uno de ellos.

—Hoy os lo hago de balde —ofreció Mila.

Los dos se consultaron con la mirada: les sobraban razones para desconfiar de aquel regalo, no estaban los tiempos para tales dones, pero tampoco tenían nada que perder. Si no iban con ella, lo lamentarían, de eso estaban seguros. Se decidieron.

—Yo subiré primero —organizó Mila—. Vosotros me seguís en seguida. Os espero en el terrado.

—Oye —dijo uno de los mozos—, ¿quieres joder al aire libre, a la vista de todos? No cuentes conmigo para esos números.

—No seas gilipollas —respondió ella—. Allí hay una habitación. Yo tampoco quiero que me enchironen.

La vieron entrar en el portal, esperaron veinte, treinta segundos, casi nada. Fueron tras ella. Arriba, ella les hizo pasar a la chabola del pintor.

Miserere llegó unos diez minutos más tarde. Cuando abrió la puerta, uno de los hombres estaba tendido en la cama. Ella había tomado su sexo con la boca, bajando la cabeza a la vez que levantaba las ancas. El otro la había penetrado desde detrás. Al oír a Miserere, Mila se apartó por un instante de su labor, volvió la cara y le sonrió. Él vio la sonrisa y cerró la puerta.

Fue a meter la cabeza debajo del grifo, estuvo allí, dejando correr el agua por el pelo, por el cuello, con los ojos cerrados, tratando de postergar el ingreso en su conciencia de lo que acababa de presenciar: cuando estuviese dentro de él, aquella imagen ocuparía una parte del lugar de su espíritu, y sólo podría convivir con ella reduciéndose, conteniendo el

aliento, oprimiéndose: estallar, ganar espacio a dentelladas, estaba fuera de sus posibilidades, escapaba a sus fuerzas.

Mila salió de la habitación. Sus dos invitados pasaron a toda prisa hacia la escalera y desaparecieron en ella. Miserere estaba sentado en el suelo, al otro lado del terrado, con la espalda apoyada en el antepecho de ladrillos sin revocar que separaba aquel ámbito de la calle. Ella se acercó, se quedó de pie ante él, que sacó la cabeza de entre los brazos y la miró a los ojos. Así estuvieron mientras hablaron, Mila erguida en toda su estatura, Miserere abandonado a su infortunio.

—Dijiste que querías lo que yo quisiera —recordó Mila.

—Sí —acató Miserere.

—Y que me lo entregarías todo.

—Todo.

—Pues eso: he usado tu casa para trabajar.

—¿Por qué?

—Porque he querido y porque tu casa me pertenece. ¿Lo negarás?

—No, es verdad, te pertenece. Te pertenezco.

—Pero tú no me sirves para nada y tu casa, sí.

—¿Para nada, Mila? ¿No te sirvo para nada?

—Ni para joder me sirves, Jesús, que me quito las bragas y te me corres como un chavalín hambriento.

—¿Y por qué hay que servir para eso?

—Yo necesito que me sirvan también en eso, debería bastarte.

—Tienes razón. Perdóname.

—No soy quién para perdonar, Jesús. No puedo perdonarte, has de vivir con tu debilidad.

—Sí, sí —gimió él—. Tú tienes poder para perdonarme: eres la puta, la virgen.

—Gánate tú el cielo, rey, no me lo pidas a mí.

—¿Y cómo, cómo habría de ganármelo?

Entonces lo preguntó. Aún no es tiempo, pensó, pero él debe empezar a entender. Aún no estaba Miserere lo bastante vacío como para lanzarse por entero al desastre. Aún necesitaba otro golpe, o más de uno.

—¿Matarías por mí? —dijo Mila.

Él sonrió sin convicción.

—¿Matar? —quiso asegurarse.

—Sí, sí, matar. Te he preguntado si matarías por mí. ¿Lo harías?

—Sí, sí, claro, si eso es lo que quieres, si en eso te sirvo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que mate?

—Tal vez. Tal vez te lo pida.

—¿Dejarás que te pinte?

—¿Sigues sin recordar mi cara? ¿Crees que no la recordarás ahora? Porque hoy me has visto, me has visto tal como soy.

Miserere se acarició los párpados, tratando de borrar la presencia de Mila y la escena que le avergonzaba. Fue inútil.

—¿Te alcanzará la memoria para guardar una dirección, Jesús? —dudó ella.

—Mi memoria nunca ha sido mala. Pero una dirección siempre se puede apuntar, es la forma más segura de no olvidarla.

—Si te pido que la tengas en la memoria, es porque no quiero que la apuntes. En ninguna parte. No debes apuntarla. No sería bueno que alguien la encontrara, ¿comprendes? No la apuntes —lo repitió una y otra vez, como un hipnotizador de circo.

—Dímela, no la olvidaré —prometió finalmente Miserere.

Mila le dio las señas de Mercedes, la vieja madrastrona, las señas de su casa, en realidad, la que le pertenecía, la que habían pretendido robarle.

Miserere murmuró para sí una información cuyo sentido desconocía, pero que intuía decisiva para su propio devenir. Su misticismo suicida y la materialidad de Mila le habían llevado a la convicción de que únicamente podría avanzar por los caminos que ella trazara.

—¿No la olvidarás?

—No la olvidaré.

Mila se volvió y fue hacia la escalera, dejándole allí. Miserere Gorkin advirtió la vaga sombra de un gato que desaparecía tras ella.

IV

Después de afirmar su dominio sobre la vida, la hacienda y la voluntad de Miserere Gorkin, Mila Solé dejó correr el tiempo. Imposible decir ahora si los acontecimientos se hubiesen desarrollado en el mismo orden en que lo hicieron, o si, por el contrario, su curso se hubiese desviado por completo, de no haber procurado el propio pintor, debido a una exacerbación de su canina dependencia de la mujer, a una imperativa urgencia de completar su retrato, último de sus lazos con este mundo, una precipitación del fin.

Una noche oyó ruidos en el terrado. La puerta de su habitación estaba apenas entornada, y vio salir a Mila sin que ella reparara en su presencia. Él no se había quitado la ropa. Le bastó meter los pies en las alpargatas para poder ir tras ella. Cuando llegó a la calle, Mila no había recorrido más de cincuenta metros. La dejó alejarse algo más, y después la siguió.

Mila andaba a buen paso, pero había poca gente en las calles y era difícil perderla. Miserere buscó la ruta de aquel cuerpo, con la tenacidad de una sombra remota, Ramblas arriba, primero, y después por Plaza Cataluña, el Paseo de Gracia y Diputación hacia el este.

Mila se detuvo ante el portal de la casa de Fernando Eguren. Miserere la observaba desde la otra acera, tan amparado por las sombras como por lo inconcebible de su proximidad, cuando metió una enorme llave en la cerradura, abrió y entró en el edificio.

La idea de ser dueño de un gran secreto le reconfortó.

No esperó demasiado, temía a los serenos y a las denuncias de vecinos.

Merodeó por las inmediaciones en los días siguientes, atento a los irregulares movimientos de aquella remota frontera del Ensanche: nada

logró conocer con ello acerca de la mujer de la que sólo pretendía una indicación fatal.

Andaba como andan los tristes, olvidado de sí, sin dolor, sin ambición: ni siquiera alcanzaba a evocar al que había perdido, el que era antes de la aparición de Mila Solé en sus ensueños.

Le llevó una semana decidirse. Subió el uno de setiembre.

La portera conocía todos los comercios de aquellos pisos, y hasta se beneficiaba de ellos, cobrando por su ceguera y por su silencio un precio acorde con la época, un precio de mercado negro. Ella no le hubiese negado la entrada, ni tampoco la indicación precisa de la puerta. Él prefirió burlarla y deducir su camino de los buzones. María Teresa Eguren, rezaba la tarjeta original. Después se había agregado Fernando Eguren. Por último, con una letra descuidada, sin mayor preocupación por la claridad, se había escrito el nombre de Milagros Solé.

V

Fernando Eguren estaba en el vano, con una mano apoyada en el marco y otra en la hoja de madera. Sonreía.

—Buenas tardes —dijo.

El visitante no tenía buen aspecto, estaba demacrado y olía a alcohol.

—Buenas tardes —acertó a responder Miserere—. Busco a Mila Solé. Me llamo Jesús Vera.

—¡Hombre! ¡El pintor! —reconoció Fernando.

—Ella... ¿ella le ha hablado de mí?

—Sí, claro, ella me lo cuenta todo.

—¿Todo? —se asombró Miserere.

—Pues... casi todo —Fernando se arrepintió de su entusiasmo inicial—. Mila no se encuentra en casa ahora, pero... si quiere pasar... Estoy con un amigo, espero que no le moleste conversar con un sacerdote.

—No, no, en lo más mínimo. Pero no sé si debo.

—Usted mismo, hombre, usted mismo.

Miserere tenía miedo, no miedo por sí mismo, miedo de ofender a Mila entrando en su casa sin su anuencia. Pero para eso había llegado hasta allí, para que le fuera concedida una visión del interior, un atisbo de lo celeste.

—¿Se decide? —urgió Fernando.

—Sí, sí, gracias —se atrevió Miserere.

Fernando le hizo pasar a la sala. Allí estaba Servando Laín, que dejó su vaso de té frío con anís sobre la mesa camilla y se secó los dedos en la sotana para estrechar la mano de aquel desconocido.

—Don Servando —presentó el anfitrión—. El señor es Jesús Vera, artista pintor. Y yo aún no le he dicho mi nombre, soy Fernando Eguren.

Miserere se sentó y aceptó un vaso como el del cura.

Laín le observó sin disimulo durante unos minutos en que ninguno de los tres rompió el silencio. Después se acercó a él y le tocó la frente.

—Está usted helado —constató—. Levante la cabeza, por favor —le bajó los párpados inferiores, como un médico—. ¿Tiene visiones?

—¿Visiones? —preguntó Miserere—. ¿A qué se refiere?

—A si se le ha aparecido alguien, o algo.

—Claro, ella, pero hace tiempo.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Disculpe, usted no sabe nada, tal vez el señor Eguren...

—Sí, yo sé, no se preocupe. Me está hablando de Mila Solé, ¿no es cierto?

—Sí, padre.

—¿Te das cuenta, Fernando? —dijo el cura—. Es el demonio.

—Vamos, Servando, ya empiezas con esas mierdas —rechazó el más joven.

—No estoy diciendo tonterías, Fernando, sabes muy bien que he estudiado el tema.

—¡Hombre! ¡Para convencerte de que yo no era el famoso demonio! ¡No te jode, el tío cabrón! Como no lo has encontrado en mí, te pasas el día buscándolo en otros.

—Fernando —insistió Laín—. Esa mujer es el demonio.

—¿Mila? —preguntó Miserere—. ¿El demonio? Puede ser.

—¿Y lo dice así? —se asustó Laín—. Es su alma lo que está en juego.

—Mire usted, padre, yo he pensado mucho sobre este problema, le he dado muchas vueltas —dijo Miserere—, y he llegado a una conclusión: mi alma me tiene sin cuidado. No me sorprendería que ella fuese el demonio. Considerando fríamente mi estado, lo menos que se puede afirmar es que se trata de una mujer muy malvada. ¿Cómo puede ser tan malvada, amándola yo como la amo? ¿No debería mi amor prevalecer contra el mal? Me lo he preguntado. ¿Y cómo es posible que yo tiemble con sólo pensar en ella, sabiendo como sé cuán grande es su maldad? Eso también me lo he preguntado. Y me he dicho que las respuestas a esas preguntas no tienen la menor importancia. Ella me ha sido anunciada, y ha aparecido. Yo sólo debo pintarla, pintar su retrato, y pagar por ese privilegio. La belleza sustituye al bien. Yo la prefiero.

—¿Ni aun así, después de escuchar al señor Vera, eres capaz de aceptarlo, Fernando? ¿No puedes ver que ella es quien es?

—No seas majadero, Servando. ¿Cómo va a ser ella el demonio? Me lo hubiera dicho.

—Imbécil —dijo el cura—. Más que imbécil.

—Lucifer, Satán, Satanás, Belcebú —enumeró Fernando—, el príncipe de las tinieblas, el diablo.

—¿El diablo? —preguntó la voz de Mila desde la puerta—. ¿Quién habla del diablo?

—El Niño de las Palmas, reina —contestó Fernando.

Mila entró en la sala y se encontró con los tres hombres. Recibió la inesperada presencia de Miserere Gorkin como una injuria: del rechazo y la negación pasó a una furia fría.

—¿Qué haces tú en mi casa? —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Me has seguido, no puede ser de otro modo —su voz era monocorde, se le hubiese podido atribuir indiferencia—. No espero que me lo digas, no

quiero oírte. Y este idiota de buena voluntad te ha dejado entrar. Ésta es mi casa, y en ella no hay sitio para ti, ni lo habrá nunca, ¿entiendes?, nunca. Venir un momento aquí y verte a ti, es que me da asco, como si viese una rata. No te voy a echar, no voy a hacer nada, voy a hacer lo que he venido a hacer y marcharme. Confío en que no estés cuando regrese. ¿Me oyes? Cerraré los ojos. Para cuando los abra, la rata tiene que haber desaparecido.

Fue hacia el fondo del corredor.

—Caballeros, yo me retiro —anunció Servando Laín, que no había dejado de apretar su crucifijo dentro del bolsillo durante todo el arranque de Mila.

Se despidió en silencio.

Mila salió poco después que él, dando un portazo.

VI

Fernando Eguren apartó unos centímetros el visillo para ver a Mila Solé alejarse, perderse detrás de la esquina.

—El diablo —dijo—. ¡Qué tontería! ¿Almas? ¿Quién quiere almas?

Se volvió para contemplar el rostro lívido de Miserere Gorkin.

—Estás jodido, chico —le anunció.

Miserere asintió.

—¿Qué encuentras en ella para llegar a esto? —preguntó Fernando—. Debieras huir, emigrar a América, apuntarte a la Legión.

—Ella es lo único que cuenta. Satisface todos mis deseos —declaró Miserere.

Fernando fue a sentarse junto a él.

—La satisfacción de todos los deseos es algo que se puede comprar a muy bajo precio, rey —dijo.

—No, tú no me entiendes, no hablo de esos deseos. Ni siquiera me acostó con ella, sólo una vez me permitió algo, y me salió muy mal.

—No te entiendo, no, tendrás que explicármelo. ¿Dónde coño se unen la castidad y la satisfacción?

—Verás —dijo Miserere—, es que yo no conozco mi deseo hasta que ella lo satisface. Yo no sabía que la necesitaba hasta que apareció: entonces supe que la había necesitado siempre. Ahora creo que lo que necesito es la muerte, lo sospecho, creo que la voy a desear: ella me dirá si es la muerte lo que deseo: cuando me lo diga, sabré que ése es mi deseo. Y si me dice que lo que deseo es la vida, viviré, sabré que necesito vivir. Satisface mi deseo, digamos, por revelación.

—Estás como una regadera, chico. ¿Quieres un poco más de anís? Al menos, que te coja servido.

—Sí —dijo Miserere—. Anís. Sí.

—Te desprecia tanto —dijo Fernando, de pie, ante la mesa, mientras llenaba una copa para Miserere—. No puedes imaginar cuánto te desprecia esa mujer.

—Necesito su desprecio. Sólo espero que me humille, que me infame, para saber hasta qué punto necesito, deseo su desprecio.

—¿Quieres decir que te quedarás a esperarla? ¿Que te propones estar aquí cuando ella regrese? Te escupiré, te cortará a trocitos y ni siquiera se los dará a ese gato de mierda que siempre le va detrás, como tú. ¿Sabes qué dice el gilipollas de Servando del gato? Que es otra encarnación del maligno. No sé cómo puede vivir ese hombre con todo lo que cree. Pues ni a él, ni a ese animal, querrá darle tus restos. Ya la has oído, no quiere volver a verte aquí.

—¿Me echarás? —preguntó Miserere.

—No, no, de ninguna manera —Fernando se acercó al pintor, le hablaba desde muy cerca—. Pero si todavía puedes escuchar algo, te recomendaré que te marches.

—Preferiría esperarla.

—Yo no pienso ser testigo de lo que va a ocurrir. Además, tengo cosas que hacer fuera. Te dejaré solo, ¿no te molesta?

—No, si a ti no te importa.

Fernando fue a su habitación a cambiarse. Al salir, se detuvo un momento en la puerta de la sala y miró a Miserere.

—Pobre Jesús —dijo—. Qué poca vida te queda.

VII

Mila regresó muy tarde, ya estaba oscuro. La acompañaba un hombre muy alto y de pelo rubio muy corto. Fue hacia la sala y dio la luz.

—Estás allí —dijo, asegurándose de la presencia de Miserere, que se mantenía en el mismo lugar y en la misma postura en que le había dejado Fernando Eguren: no se sobresaltó, esbozó una sonrisa: el tono de Mila no era el mismo de la tarde.

—Sí, te he estado esperando —explicó él.

—Claro, me has estado esperando. Ven, rey, ven.

Miserere se puso de pie. Entonces vio al otro.

Mila no hizo ni tan siquiera un conato de presentación. Los dos hombres se miraron antes de seguirla por el corredor. Ella tuvo que coger al rubio por el brazo para que entendiera su propósito.

Mila entró en el dormitorio. Miserere se detuvo en la puerta, el otro llegó hasta un lado de la cama.

—Mira —dijo Mila—, qué hermoso lo que me he traído —pasó las manos por la cara, por los hombros, por la bragueta del individuo alto—. Y tú, guapo, mira qué hermosa —se señaló con un gesto de bailaora—. Yo. ¿Sí?

—*Ja* —gorjeó él—. *Du*.

Mila se quitó la blusa e hizo un gesto al alemán para que la imitara. Él dudó al recordar la presencia de Miserere, que atendía a la situación con los ojos desorbitados, vagamente consciente de que ahora su humillación no

podría tener remedio. Finalmente, estimulado por la desnudez de Mila, se deshizo de la ropa, sin gracia, como en un vestuario de deportistas.

—Mira, Jesús, rey, mira lo que va a ocurrir, míralo todo —dijo Mila: se dejó caer de rodillas delante del rubio y le cogió el miembro: era muy grueso, y pareció un objeto terrible al ponerse rígido con las caricias de la mujer, toda dedos y labios—. Mira, Jesús, Dios mío, ya no me entrará en la boca —pero entraba, y lo retiraba, y volvía a hablar, se apartaba de él únicamente para hablar—. Tantos que he visto, éste es uno de los mayores, qué difícil será. ¿Querrás verlo? Como un perro fiel y generoso, echado en la alfombra —y volvía a metérselo en la boca, y a sacarlo—. Ni siquiera entiende lo que se le dice, es como menos que un perro. Pero tú mirarás todo lo que le haga hacerme, ¿sí, rey?

Miserere bajó la vista. No podía moverse. Mila se levantó de pronto y fue hacia el tocador. Mientras destapaba un frasco, contempló la escena en el espejo. Estaban tan desamparados aquellos dos hombres, uno esperando vaciarse en ella como en una palangana, el otro esperando la comprensión de la gloria. Tan desamparados. Y no lo sabían, no eran capaces de darse cuenta. Era igual con todos. Metió los dedos en La vaselina y se los pasó por entre las nalgas. Después se acercó al alemán y se pegó a él, dándole la espalda, apoyando los hombros en su pecho y aferrándole el sexo con una mano.

—Mira, Jesús, amor —y empezó a avanzar hacia la cama, sin permitir al rubio apartarse de ella—. ¿Sabes qué va a suceder? Me echaré ahí, y este hombre me montará, me joderá mucho por el culo. ¿Querrás verlo?

Miserere sintió un par de lágrimas ajenas correrle por las mejillas. No resistía aquello. Se quedó en el corredor, junto a la puerta abierta de la habitación, en cuclillas, apoyando un hombro en la pared. Oyó gritar a Mila. No había dolor en su voz, eran ronquidos de fiera. El alemán arrancaba ruidos de óxido del somier. Miserere inició la cuenta de sus movimientos, uno, dos, tres, cuatro, la perdió, fueron muchos. Después, unos segundos de silencio y acciones lentas, roces. Él se había tendido de costado, imaginaba Miserere.

Mila apareció en el vano. Miserere vio sus tacones y buscó su rostro: se le había corrido el maquillaje, tenía una expresión beatífica y doméstica.

—¿Sabes qué, Jesús? —le sonrió ella—. Me ha partido en dos. Ahora soy dos mujeres con un solo centro —Miserere percibió la obscenidad por única vez en todo aquel tiempo: pero fue sólo un momento, la impresión se desvaneció de inmediato—. ¿No quieres tomarme tú?

Miserere la miró sin fe.

—¿Quieres? —insistió Mila.

—Siempre quiero.

—Tómame, pues.

Lo hicieron en el suelo del corredor. Mila se ofreció boca abajo. Miserere apenas si se soltó los pantalones antes de entrar en ella, en aquel espacio húmedo y caliente, sin esfuerzo.

—No me haces ningún daño —dijo ella.

—Ninguno —aceptó él.

—Vengo de otro. Siempre vengo de otros.

—Siempre.

—Y tú la tienes muy pequeña. Casi no te siento.

—Muy pequeña —coreó él—. No te sirvo para nada.

—Para nada. Dime que me quieres.

—Te quiero, Mila. Estoy perdidamente enamorado de ti —jadeó él, sincero.

—Estás loco por mí porque soy una puta, ¿lo has olvidado? —no dijo un imán, ni dijo, sobre todo, un espejo: no iba a confesar su propia inexistencia, su pertenencia al mundo de los sueños de Miserere: no iba a revelar su oquedad: todo su esplendor procedía de la sed de perdición del pintor.

—Una puta —dijo Miserere—. La última. Te quiero.

—Matarías por mí.

—Mataré por ti.

Entonces estalló en semen y en llanto. Se separó de ella gritando puta, puta. Corrió al lavabo y vomitó, se deshizo del rencor, de la pena de sí mismo. Se lavó la cara. Seguía sintiendo el perfume de ella. Se sentó sobre la tapa del inodoro.

Llamaron a la puerta del retrete. Abrió. Era el alemán. Le dejó paso.

Mila estaba vestida, en la sala.

—¿Recuerdas las señas que debías recordar?
—Perfectamente.
—Allí vive una mujer, Mercedes es su nombre.
—¿Sólo Mercedes?
—Con eso te bastará.
—¿Quieres que la mate?
—Yo no quiero nada. Eres tú quien quiere matarla para vengarme. Ella me ha hecho mucho daño. No puedes perdonárselo.
—Claro. Te serviré en algo.
Mila entregó a Miserere la navaja que había sido de Francisco Borrás. El gato husmeó el borde de los pantalones del hombre.
—Gracias —dijo él, recibiendo el arma.
—Ahora, vete —ordenó Mila.
No hubo otra despedida.
Ella permaneció de pie, junto a la mesa camilla. Él se metió la navaja en el bolsillo y se marchó.
Nunca volvieron a verse.

VIII

Miserere no actuó con precipitación: seguro de que aquella última declinación, de la que había salido con una claridad nueva, con el conocimiento del precio que debería pagar por lo que él llamaba su privilegio, le acreditaba al fin para el ejercicio del don de la obra, anduvo hacia su taller.

Se detuvo en una bodega para comprar dos litros de oscuro coñá de barrica. A medianoche, había colocado encima del retrato inconcluso de Mila Solé una gran cartulina blanca, sujetándola con unos clavos

minúsculos al bastidor, y trabajaba con unos pinceles muy finos y con plumas, desechando el óleo en favor de las tintas negra y sepia. No dejó su faena hasta la mañana, mucho después de haber oído a Quim Dalmau salir hacia la imprenta. Tampoco dejó en todo ese tiempo de beber a morro largos tragos de alcohol: se necesitaba estar muy borracho para terminar aquello.

A las diez, abrió la puerta de la habitación y desprendió la cartulina de su soporte: fue a mirarla fuera, a la luz del día: le dolían los ojos y tenía los dedos agarrotados. Las tintas secaban con considerable rapidez. Volvió dentro y puso el dibujo en el suelo antes de echarse en la cama. No durmió. Ahora todo estaba en su debido orden, pronto tendría un verdadero descanso.

Le ardía el estómago. Atravesó el terrado hasta el grifo, se mojó la cara y bebió un poco de agua haciendo cuenco con las manos. Después, miró el cielo: le pareció insignificante.

A las doce, puso todo su cuidado en convertir su obra en un cilindro de diámetro discreto, sin injuriosas grietas en los costados. Lo envolvió en hojas de *La Vanguardia Española*, que así se llamaba entonces el periódico. Iba a cogerlo y salir, pero decidió agregar algo, una nota, una explicación. Escribió tres líneas en una hoja de libreta, la arrancó y la introdujo, arrugada, por uno de los extremos del cilindro.

No fue hasta las Ramblas. Por la Riera Baja y Joaquín Costa, salió a las Rondas y, por allí, a Aribau. Pasó junto a la Universidad y fue a dar en la librería de viejo que solía visitar Dalmau. En algún momento, había pensado en dejar dibujo y carta en la habitación de su amigo, pero había rechazado la idea por cualquier falsa razón, una razón que servía para ocultar su miedo de Mila, su miedo de que Mila destrozara lo único que, de él, no le pertenecía, antes de que llegara a su amigo: su miedo de que Mila hiciera desaparecer la justificación de su existencia. Entró en la tienda. El librero le tenía visto y le recibió sin recelo.

—Quisiera dejar esto aquí, para el señor Dalmau —dijo Miserere—. Es un dibujo. Él pasará a recogerlo.

—No hay inconveniente —aceptó el hombre—. Lo guardaré hasta que él venga, me visita a menudo.

—Gracias. De verdad, se lo agradezco mucho —cansó Miserere.
Echó a andar por Aribau hacia arriba.

IX

Miserere tardó horas en llegar a la casa en que vivía Mercedes. Cruzó la ciudad deteniéndose una y otra vez en cafés y bodegas de barrio, tragando copas de cualquier alcohol y fumando constantemente. También miró algún escaparate, por mirar, sin interés, sin saber qué veía. Le molestaba el sol en los ojos.

Llamó a la puerta en el atardecer. Llevaba barba de tres días y un halo hediondo. La mujer receló.

—Me envía Mila Solé —dijo Miserere—. Tenemos que hablar —no sonaba imperativo, ni parecía un emisario de la justicia.

—¿Viene a decirme que me marche? —preguntó la vieja, más sometida a sus fantasmas que a la evidencia—. ¿Viene a echarme?

—¿Echarla? No, no se trata de eso. Déjeme pasar y se lo explicaré.

—Entre —cedió ella.

Mercedes andaba con dificultad, las piernas le pesaban enormemente y se dejó caer en un taburete.

—¿No va a sentarse? —le dijo a Miserere—. ¿Es usted amigo de Mila? —preguntó al fin, observando al hombre, que prefería permanecer de pie y no parecía atender a nada en especial.

—¿Amigo de Mila? —le sorprendió no saberlo: improvisó una respuesta—. Sí, claro, soy su mejor amigo. ¿No tiene un trago de algo?

—Coja lo que quiera usted mismo. Las botellas están allí, en la alacena. Si no le importa, traiga dos vasos. De lo que sea, me da igual.

Miserere trajo anís y dos vasos, y los llenó con la tranquilidad y la confianza de quien hubiese pasado allí toda su vida.

—Aún no me ha dicho por qué le manda ella —dijo la mujer.

—Son varias cosas —demoró él—. ¿A usted no se le ocurre ninguna?

—Ninguna. No tengo nada más que darle. No me queda nada. Si no es por la casa, no sé por qué pueda ser.

Miserere metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la navaja que le había entregado Mila. La puso sobre la mesa, fuera del alcance de Mercedes. Ella se sobresaltó al verla. No la reconoció de inmediato, se estuvo un rato mirándola, tratando de descifrar su sentido, procurando alejar la idea de la muerte.

—Es la navaja de Borrás —afirmó, levantando los ojos hasta Miserere.

—No conozco ese nombre —se desentendió él.

Recogió el arma y la abrió.

—¿Va a matarme? —averiguó la vieja.

—En esto acabamos los dos —dijo Miserere.

Dio un paso hacia ella.

Miserere no había considerado el problema del método. Recordaba vagamente haber visto degollar cerdos en su infancia, en un pueblo al que le había llevado su padre: cogían al animal desde detrás y le obligaban a exponer la garganta: ahora no iba a ser así, ignoraba cómo iba a ser. Pero entonces Mercedes empezó a gritar. Él nunca había oído a nadie gritar así. Primero fue una nota aguda, larga, casi un silbido, y después los chillidos crispantes de un bebé, interrumpidos por sollozos graves y aspiraciones rasposas. No decía nada, no pedía socorro, ni llamaba a persona alguna en particular, había perdido las palabras, sólo gritaba. Al cabo, hubo un aullido ronco y sostenido.

—Calla —pidió, sin moverse de donde estaba—. Calla, tú.

Ella no escuchaba.

—Que te calles, coño —ahora era él quien gritaba: se acercó más, fue a ponerle las manos en los hombros, a sacudirla como un saco, eso fue lo que pensó, como se sacude un saco, a ver si los sonidos buscan acomodo y dejan lugar al aire—. Que te calles.

No pudo sujetarla, para eso hubiera tenido que dejar la navaja, dio con los puños cerrados contra la parte alta del pecho y ella cayó hacia atrás, se derrumbó con los brazos en cruz y el taburete debajo.

Miserere alcanzó a apoyar un codo en la mesa. Estaba casi encima de la vieja. Vio cómo la falda se deslizaba, descubriendo unas piernas llenas de varices, carcomidas por las llagas, todo manchas azuladas, negruzcas o de un morado cobrizo: le asaltó una tufarada de podredumbre y aceites, una acentuación del olor de todo aquel lugar. Sintió náuseas. Se incorporó.

Ella agitaba los pies en el aire y seguía gritando desde el suelo. Miserere golpeó una vez con la hoja. Percibió el ingreso del metal en alguna profundidad blanda y volvió a golpear. Ya no podía parar.

El arma se hundía en la carne, salía y se hundía, y ella no callaba. Se dio cuenta de que sólo le estaba hiriendo las pantorrillas, los pies. Fue descendiendo, buscando una postura para entrar en el cuello. La navaja se hincó en los muslos, en el pecho, dio un tajo a través de la cara. Le tapó la boca con la mano libre, casi tendido sobre ella, y recibió un mordisco. No sintió dolor. Golpeaba como una bestia sedienta de razón, y ella se movía. Consiguió meter la hoja debajo de la mandíbula y ella se le abrazó. Pensó en los cerdos, trazó un círculo con el puño y con el arma. Algo se rompió finalmente en la mujer. La sangre brotó con furia del costado de la garganta y de entre los dientes, empapando a Miserere. Los brazos se aflojaron y él se incorporó de un salto, se separó con asco de aquel cuerpo.

—Mercedes —llamó una voz de hombre desde el otro lado de la puerta—, señora Mercedes, ¿que le pasa algo? ¿Necesita ayuda?

Mercedes, en el piso, con los ojos muy abiertos, no respondió. Miserere tampoco. Se miró la mano herida.

—Mercedes —repitió la voz—. ¿Que está sola?

Miserere se movió hacia la mesa y bebió del vaso de anís.

—Voy a entrar, Mercedes —anunció el hombre sin rostro.

Miserere fue a correr el pestillo. El otro lo oyó y volvió a hablar.

—Mercedes —dijo—. ¿Está usted allí?

Miserere fue a sentarse al lado más alejado de la mesa, donde no tenía a la vista el cadáver. Había sangre por todas partes. Se desabrochó el pantalón

y se miró el sexo. Pensó en mutilarse, pero le pareció un dolor absurdo: no hubiese sido más que la ratificación de una pérdida ya muy antigua.

La hoja se estaba secando, como si se oxidara con mucha rapidez. Pasó los dedos por el borde frío.

Ahora eran golpes y tentativas de forzar la entrada. Había varias personas en la calle, moviéndose, hablando.

—Hay que derribarla —decían.

—Hay que avisar a la policía.

Miserere sonrió.

Apoyó la punta metálica en la piel, exactamente bajo el ángulo del maxilar. Ahora sabía cómo hacerlo, lo había aprendido o rescatado de algún rincón de su interior. Eran dos movimientos, uno hacia dentro y otro hacia el centro. Con la mano derecha, girando desde la izquierda. Lo imaginó. No tuvo miedo. No pensó en Mila, no hizo el esfuerzo de evocarla.

Cortó.

X

«He vivido para esto. Quiero que tú lo conserves. Ella no tiene ninguna culpa», decía la nota de Miserere.

Dalmau llamó a Mila desde un teléfono público —era la primera vez que lo hacía, ella siempre se había presentado en su vida por propia iniciativa— y le pidió que fuese de inmediato a la librería de la calle Aribau.

Mila fue, acompañada por Fernando Eguren. Hicieron su camino a lo largo de la calle Diputación, seguidos por el gato.

El dibujo estaba sobre una tabla sostenida por caballetes en la trastienda, donde solía trabajar un encuadernador. Miserere Gorkin había

delineado un sexo de varón, erguido, de aspecto muy sólido, casi mineral, de punta extremadamente aguda. Sobre esa suerte de pica, clavada en ella, se veía la cabeza de Mila, con los párpados entornados de la muerte o del placer, el pelo suelto, los labios descubriendo apenas los dientes. No era únicamente un rostro hermoso: de sus rasgos trascendía, además de plenitud, malignidad. Era el retrato de alguien intrínsecamente perverso, o enteramente ganado por lo perverso.

Dalmau les invitó a pasar con un gesto. El librero permaneció en la parte delantera del local, sin asomarse a la rebotica durante todo el tiempo que duró aquella reunión. Ni siquiera levantó la vista del libro que leía o fingía leer cuando ellos entraron. No reparó en la presencia del gato, que fue a perderse entre otros animales parecidos que rondaban por allí.

Fernando y Dalmau se dieron la mano con cierta solemnidad, sin mencionar sus nombres: cada uno sabía perfectamente quién era el otro. Mila fue a pararse delante del dibujo.

—Ésa no soy yo —dijo.

—Eres tú —respondió Dalmau—. Además, eso no tiene ahora la menor importancia. Jesús murió ayer en la tarde.

—¿Sí? —se desinteresó Mila.

Dalmau sintió frío, un frío profundo y escandaloso. La cogió por un brazo y la obligó a volverse hacia él. La miró a los ojos. Fernando fue a sentarse a un rincón y encendió un cigarrillo. No veía razón alguna para intervenir. En cambio, le interesaba la escena.

Cuando tuvo el rostro de ella frente al suyo, Dalmau le habló.

—Sí —dijo—, ayer. Y tú sabes cómo, o lo puedes imaginar. Tú le llevaste a matar y a suicidarse. Por ti hizo una carnicería con aquella vieja y se degolló. Lo sabes.

—¿Yo? —se asombró ella—. ¿Cómo lo voy a saber yo? ¿Qué tengo que ver yo en todo esto? Suéltame, Quim.

Dalmau se vio salir de sí, abandonarse, caer sobre ella. Primero fue una bofetada, y un revés. Después, ya no pudo detenerse. La volvió a golpear en la cara, y, con los puños cerrados, siguió castigando todo su cuerpo. Ella le arañaba el rostro, los brazos, le desgarraba la camisa: él era muy fuerte, ella era una fiera. En algún momento, las uñas de Mila buscaron los ojos de él,

se clavaron en un párpado. Dalmau sintió el calor de su propia sangre en la mejilla, intuyó el propósito de aquel ataque y pegó con más intensidad. Mila cayó al suelo. Fernando no se había movido de su asiento.

—¡Cabrón! —le dijo Mila a Dalmau, tratando de incorporarse—. ¿Qué crees que soy? No tienes ningún derecho a tratarme como acabas de tratarme. No soy una basura, que se tira o se pateas. No pienses que esto se termina aquí.

—Eres una basura —le replicó Dalmau—. Una basura peligrosa. Usas a los demás y después los tiras. O los pateas. O los mandas a la muerte. O les clavas las uñas en los ojos para dejarlos ciegos. Eres la peor basura que he conocido.

Mila intentó ponerse de pie. Había conseguido quedar de rodillas y sujetarse con una mano a un anaquel cuando vomitó. Vomitó un fluido espeso, oscuro, fétido, y se cubrió la boca, aterrorizada ante su visión de aquella materia.

Se levantó finalmente y echó a correr hacia la calle. Por Aribau subía un tranvía. Iba a poca velocidad, hubiera sido estúpido morir así. Mila pasó por delante del vehículo, en su carrera sin rumbo. El gato, que se había lanzado tras sus talones, fue atropellado. El conductor no se detuvo.

En los fondos de la librería, Dalmau y Fernando se quedaron mirando lo que Mila había dejado en el suelo, lo que había salido de sus entrañas. Dalmau se agachó. Ahora era un montón de clavos.

—No los toques —advirtió Fernando.

—¿Por qué? —preguntó Dalmau.

—Porque deben de estar ardiendo, si es cierto todo lo que dice un sacerdote amigo mío que ha estudiado estas cosas.

—¿Servando Laín? —quiso confirmar Dalmau, levantándose.

—Veo que sabes de quién se trata. Sí. Él dice que los endemoniados vomitan clavos ardiendo cuando el diablo sale de ellos. Yo nunca creí en esas cosas, ni en ninguna otra, si es por eso, pero ante lo que acabo de ver, tendré que rendirme.

Dalmau se sentó, interesado.

—¿Y qué más dice don Servando? —averiguó.

—Bueno, mira, él dice muchas cosas, es un hombre de fe. Como toda la gente de fe, imagina al demonio como una especie de Dios malvado. Eso me parece una tontería, aunque, si existen, hay más de una coincidencia entre los dos personajes: los dos actúan anónimamente, sólo de tanto en tanto se presentan en alguna negociación, y a los dos les interesan las almas. Yo supongo que deben de servirles para la contabilidad de su partida, como las judías secas en el mus.

—Sí, sí, algo de eso hay. Pero me gustaría saber qué dice él de Mila. Porque tú no has empezado a pensar en la cuestión ahora, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Él está convencido de que el demonio ha encarnado en ella.

—¿Y esto sería el fin? ¿El exorcismo?

—No, no en sentido estricto. Una paliza no es un conjuro, y tú no eres quién para exorcizar. Pero nunca se sabe, ¿no?

—No, nunca se sabe nada.

—Te invito a un café —ofreció Fernando.

—Gracias —dijo Dalmau—. Pero es preferible que sigamos conversando aquí. No es bueno que me muestre por ahí.

—¿Te buscan por la muerte de él?

—No, no, eso está clarísimo. Mató a la mujer y se suicidó donde ella vivía, casi delante de testigos. No. Lo que sucede es que la policía invadió la casa después, se metieron en mi habitación y encontraron libros, algunos libros de la época de la guerra, y algún documento actual, supongo, si han sabido mirar. Tendré que desaparecer por un tiempo. También de mi trabajo.

Fernando bajó la cabeza.

—Esto ha salpicado a todos —dijo.

—No. A ella, no. Y tampoco a ti, creo. Nadie irá a tu casa. La única víctima verdadera fue Jesús.

—Le conocí, ¿sabes? Fue a verla anteayer, y yo estaba allí. No sé qué habrá sucedido después de marcharme. Mejor no saberlo.

—Mejor.

—Oye, Quim, se me ocurre algo. Ya debe de estar oscuro afuera. Conozco un lugar en que podremos cenar en un reservado, sin que nadie

nos vea al entrar ni al salir. Barcelona está llena de sitios así, para encuentros discretos. ¿Dónde dormirás esta noche?

—En el piso de unos amigos. Ya tengo las llaves.

—Necesitarás ropa. Puedo proporcionarte alguna, te la bajaré más tarde, no querrás subir a mi piso.

—¿Por qué todo esto, Fernando?

—Creo que lo entenderás. Tú eres uno de esos hombres que nunca se acostarán conmigo, los únicos que me interesan de verdad. Podemos ser amigos.

—Lo entiendo.

Dalmau se puso la chaqueta, recogió uno de los clavos del suelo y se lo echó al bolsillo. Estaba tibio. Fernando sonrió y recogió otro.

El librero estrechó las manos de los dos cuando se marcharon y deseó suerte a Dalmau.

XI

Durante la cena, volvieron a hablar de Mila.

—No importa lo que haya sucedido —dijo Dalmau—, quiero que sepas que la he amado siempre. A ella es inútil decírselo, lo acepta, pero le parece una extravagancia.

—Yo también estoy enamorado de ella —confió Fernando.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Te sorprende que el Niño de las Palmas se enamore de una mujer? Sin embargo, debieras haberte dado cuenta de que es por eso que vivo con ella, que le pedí que viviera conmigo.

—¿Y ella?

—Si alguna vez ha querido a alguien, ha sido a ti. Conmigo es otra cosa, yo le tolero todo y le doy seguridad.

—Yo también se lo tolero todo —protestó Dalmau.

—No, Quim, no te engañes. Lo de hoy no ha sido precisamente un acto de tolerancia. Habrás visto que no te impedí castigarla, pero yo no lo hubiese hecho.

—Alguien murió por ella.

—Todos sabíamos que eso iba a suceder. Además, yo le tolero también la muerte.

—¿Por qué? —preguntó Dalmau.

—Porque la quiero de una manera distinta, muy extraña, como me quiero a mí mismo. Yo siempre he deseado ser mujer. Cuando conocí a Mila, entendí que lo que deseaba era ser precisamente esa mujer, ser como ella, ser ella. No tiene mis debilidades. No le interesan verdaderamente los hombres. Los tiene alrededor, los atrae, los controla, pero no los entiende, ni los respeta, ni se siente atraída por ellos. Tú eres un caso especial, pero estoy convencido de que su vínculo contigo no depende en absoluto de que seas un hombre, está unida a ti por otras cosas, cierta admiración, los libros, esa madre que se ha inventado.

—¿Y el sexo?

—Eso es algo que ella concede, un don para los demás, no para ella, Quim. Ya sé que no lo admitirás, pero es así.

—Tal vez.

Ya iban a marcharse cuando Fernando mencionó a Rego.

—¿Sabes que, además de Mila, tenemos en común un amigo? —dijo.

—Primera noticia —reconoció Dalmau.

—Un hombre que te quiere mucho. Si te lo digo es porque se me ocurre que él nunca será capaz de decirte cuánto te quiere. Es un caballero a la antigua, y le cuesta enormemente manifestar sentimientos.

—Empiezo a adivinar —propuso Dalmau.

—No tendrás que ir muy lejos, no tienes tantos amigos. Pepe. Pepe Rego.

—¿Qué te ha contado?

—Eso sería hilar muy fino. Sólo quería decirte lo que ya te he dicho.

—¿Eres tú la persona por la que él se propone establecerse aquí, en Barcelona? —insistió Dalmau.

—Preferiría no serlo —dijo Fernando.

—Pero yo sospecho que es probable.

Aquellos dos hombres se entendían.

Fernando le dejó un traje y unas camisas.

No volvieron a verse en veintiocho años.

Dalmau fue detenido en la calle una semana más tarde.

OceanofPDF.com

CAPITULO QUINTO

¿Puede un padre ser mortal?

P. P. PASOLINI, *Teorema*

OceanofPDF.com

I

Joaquín Dalmau, Quim, Quimet, Quinquín, fue apaleado, interrogado, abofeteado, interrogado, quemado con cigarros, interrogado, insultado, interrogado y nuevamente apaleado, en Barcelona. Eso duró un par de semanas. Sin juicio, le trasladaron, primero a Madrid, a la Dirección de Seguridad, donde todo el proceso se repitió íntegro, y luego al penal del Dueso. Allí estuvo hasta el cincuenta y seis. Cuando salió, le entregaron tres pesetas y un clavo, aquel clavo, lo que llevaba en los bolsillos al entrar, casi siete años antes.

Mila no podía visitarle: era menor de edad y no tenía vínculo familiar alguno con él. Quizá, de haber podido, tampoco lo hubiese hecho.

Elena Vargas, moviendo influencias que conservaba de los viejos tiempos, fue a verle en el cincuenta y uno. La entrevista fue muy breve. Ella le informó de todo lo ocurrido en menos de dos años, y él le agradeció su preocupación. Elena le dejó sus señas para cuando pudiera y quisiera. Dalmau las conservó.

Allí, en prisión, imaginó muchas veces una carta.

«Sospecho», se proponía escribir, «que si ninguno de los dos habló nunca al otro de su propia historia, fue para conservar alguna fuerza. Lo disimulamos bien, es cierto, nos contamos la vida, tú me hablaste de tu madre, una madre, y yo te hablé de mi padre. También nos dijimos cosas del pasado inmediato, yo a ti más que tú a mí, pero no hablamos nunca de la historia presente, la que nos sucedía en aquellos mismos días, la que estaba fuera de nuestra cama, aun ahí, a cinco metros, al otro lado del terrado. Ese silencio en el que fuimos cómplices fortalecía las posibilidades de una pasión: cuantas más debilidades ignora el amante, más fuerza se tiene ante

él. Se hace en política. Es conmovedor para el amante, eso lo sabes, convencerse de que es el único testigo de la intimidad, de la debilidad, el único testigo del placer. Se siente dueño de un gran poder. Me he dado argumentos para sostener esa impresión. Razoné que la entrega no tiene por qué ser exclusiva, que hay un punto en la necesidad amorosa en que se pierde identidad, en que el deseo es tal que no importa quién lo satisfaga. Y que la pasión no tiene nada que ver con ese momento, sino sólo con los momentos anteriores. No me sirvió. Igual te me escapabas. Empecé a creer que no te importaba yo, ni ningún hombre. Que todo lo tuyo era falso».

También se proponía escribir otras cosas, exactamente opuestas a éstas, frases en las que sus sensaciones se mezclaban con palabras de Fernando Eguren. Pensó en ello durante el primer año, pero no hizo el menor movimiento para materializarlo. No tenía cómo escribir ni cómo enviar una carta. Tampoco tenía, en realidad, a quién dirigirla.

Después de la visita de Elena Vargas, abandonó toda especulación, se alimentó de recuerdos fragmentarios y de proyectos simples para el momento, desconocido, imprevisible, en que saliera de la cárcel.

En el cincuenta y seis, no regresó a Barcelona. Pasó a Francia.

II

Rego regresó de París y fue a ver a Dalmau a la casa de la calle Hospital.

En el rellano del tercer piso, advirtió el movimiento de una mirilla. Siguió subiendo, un peldaño, dos, tres. La puerta que había dejado atrás se abrió y alguien dijo señor, señor, en una voz muy queda. Se volvió. Había una mujer allí, que le pedía que se acercara, que fuese hacia ella, con un

movimiento de la mano. Él bajó al rellano y la mujer le hizo entrar al piso y cerró la puerta.

—Usted es amigo del señor Dalmau, ¿verdad? —preguntó. Era una mujer de unos cincuenta años, con el pelo teñido de rojo, y estaba muy nerviosa. Sudaba.

—Sí —la tranquilizó Rego—. ¿Qué sucede?

—No suba, señor, todavía puede haber policía arriba, ocurrió una desgracia. Dos desgracias.

—Serénese y cuéntemelo todo, por partes.

—Sí, sí, señor. Pero pase, aquí cualquiera puede escuchar, estas puertas son como de papel, venga.

Era un piso pequeño, pero el recibidor estaba bien aislado por una cortina muy pesada. Dentro, se podía conversar sin riesgo.

—Primero fue lo del Miserere, se llamaba Jesús Vera, pero los que le conocíamos de antes le decíamos Miserere.

—¿Se llamaba? —quiso precisar Rego.

—Sí, sí, pero es que usted no sabe nada de nada, gracias a Dios que le vi, he pasado días pegada a la mirilla, y ha dado su premio. Miserere, Jesús, se suicidó.

—¡Señor! —se escandalizó Rego.

—Tenía una historia con una mujer, la misma que visitaba al Quimet, creo, usted sabe, de esas que enloquecen a los hombres. Estaba muy nervioso, y bebía mucho.

—¿Cómo lo hizo?

—Oh, fue muy terrible, degolló a la mujer y después se degolló él, dicen que había ríos de sangre.

—¿Puedo sentarme? —pidió Rego. Tenía la boca seca y el corazón le latía muy de prisa.

—Sí, claro, claro, discúlpeme, no se me ocurrió antes. Se ha puesto usted muy pálido, no es para menos, ¿quiere un vaso de agua? —la mujer hablaba sin parar.

—Deme un vaso de agua —la detuvo Rego— y dígame, ¿degolló a la... amiga de Dalmau?

—Ah, no, ésa es de las que tienen siete vidas —trajo el vaso de agua—. Ésa desapareció, nadie sabe ni cómo se llamaba. Mató a otra, una vieja muy vieja que estaba con él. Con una navaja, ¿se imagina? La destrozó, la llenó de tajos en todo el cuerpo, dicen que gritaba y gritaba sin parar. Pero no se lo pudieron impedir, tendrían que haber entrado por la fuerza, y fue lo que hicieron, pero ya no sirvió. Se cortó el cuello a la vista de todo el mundo.

—Y la policía vino por eso.

—Vino más tarde. A ver todo.

—Y retirar los cuerpos —perfeccionó Rego.

—No, señor. Claro, es que usted no sabe nada. ¿No mira los periódicos? No se habló de otra cosa en tres días.

—No, no leo los periódicos —reconoció Rego—. Hace tiempo.

—Y bien que le irá. Cuentan muchas mentiras. Pero no en esto, en esto contaron lo que tenían que contar. La policía vino más tarde, a mirar la habitación de Miserere, de Jesús, no a hacer nada con los cuerpos, que nunca estuvieron en esta casa, gracias a Dios, que creo que tendría que buscarme otra, no podría soportarlo. No, la mató en otro sitio, en la casa de ella. Fue allí, entró y la hizo pedazos. ¡Qué sangre fría! ¡Pobre muchacho, tenía que estar muy loco!

—¿Y Dalmau? ¿Qué tiene que ver él con ese crimen?

—Pues que la policía registró también su habitación. Y encontraron papeles, documentos comprometedores.

—Le detuvieron —adivinó Rego.

—Mucho después. Lo que le cuento pasó hace bien, bien, tres semanas. Un chico de aquí, de la escalera, fue en seguida a la imprenta, a avisarle, y él ya no volvió. Estuvo escondido. Pero le cogieron después, en la calle. Algún chivatazo, o un descuido, o la mala suerte, que también hay.

Rego trataba de asimilar toda aquella información. Bebió otro sorbo de agua.

—¿Usted conoce a la chica? —preguntó la mujer.

—¿A la que se veía con Dalmau? No —dijo Rego.

—Yo la he visto, por casualidad, alguna vez, al entrar, o al salir. Usted dirá que soy una chafardera, que me he tirado toda mi vida colgada de la

mirilla, pero se equivoca. La he visto por casualidad, en este edificio hay mucho movimiento.

—¿Cómo es? —la ayudó Rego a seguir.

—¡Una mujer de bandera! Yo sé ver, créame, no era una mujer para esta casa. O perdía el tiempo, o traía el mal. Todo debe estar en su sitio, y éste no era el sitio de ella.

—Todavía hay clases —completó Rego.

—En algunas cosas, las habrá siempre —afirmó la mujer.

—Señora —Rego se puso de pie—. No sé cómo agradecerle lo que acaba de hacer. Es probable que me haya evitado grandes problemas. Que me haya salvado.

—Eso creo —sonrió la mujer—. Por eso le llamé. Yo le he visto otras veces, sé que es amigo de él, de Quimet.

—Gracias —dijo Rego, estrechando la mano que ella le tendía.

La mujer abrió la puerta y miró el hueco de la escalera antes de permitirle salir. No había nadie. Rego bajó a toda prisa y, una vez en la calle, buscó las Ramblas.

En la calle Petritxol había una tienda en la que le conocían, una casa de artículos para artistas. Le permitieron utilizar el teléfono. Llamó a Fernando Eguren.

—Diga.

—El Niño de las Palmas —dijo Rego.

—¿Dónde estás? —le reconoció Fernando.

En la ciudad.

—Ven inmediatamente a mi casa.

—Mejor más tarde. Es que un amigo mío...

—Lo sé todo —le interrumpió Fernando—. Sé de tu vida mucho más que tú mismo.

—Siempre ha sido así.

—Pues por eso. Te vienes.

—¿Estás solo?

—O con gente de confianza. No tengo mi casa llena de enemigos, puedes estar seguro.

—Vengo ahora mismo.

—¡Lo has entendido! Te espero.

Rego se despidió del propietario de la tienda y echó a andar hacia la calle Diputación.

III

Fernando Eguren estaba solo. Mila se encontraba en la casa, pero era muy raro que saliera de su habitación. Se había encerrado allí después de los sucesos de la librería, y sólo se desplazaba hasta el baño o hasta la cocina. Fernando hacía la compra y llamaba a su puerta para anunciarle la comida o entregarle algunas novelas de nueva adquisición. Estás en época de muda, explicaba él, y tienes que reposar, como toda serpiente que se respete, no te preocupes por nada.

Rego fue recibido con un abrazo reparador.

—¡Pepe querido! ¿Cómo es que no has llamado aquí antes de ir a ninguna parte? —reprochó Fernando.

—Estaba en deuda con Quim Dalmau. Era la primera persona a la que debía decir que había venido para quedarme. De no ser por él, no sé si me hubiese atrevido a tomar esa decisión —explicó Rego.

—¿Tú también, Pepe? ¿Tú también te pasas la vida agradeciendo a los demás lo que has hecho tú? Es lo que hace todo el mundo cuando da algún paso importante. Yo siempre he creído que se agradece a los otros para poder culparles en caso de fracaso. ¿Tanto miedo tienes? ¿Por tus documentos? Te haremos legal, todavía soy joven y tengo amigos influyentes. ¿Por mí? No pases pena por mi causa, Pepe, tendrás todo lo que pueda darte.

Rego sonrió.

—Pero pasa, no nos vamos a estar toda la noche en el recibidor.

Rego se quitó la gabardina. Fernando preparó bebidas en la sala.

—¿Qué te han contado de Quim Dalmau? —preguntó Fernando.

Rego explicó cuanto sabía.

—Sí, es así como fueron las cosas —confirmó Fernando—. Siempre hay matices, claro, pero esa mujer es una buena observadora.

—¿Conoces a la amante? —preguntó Rego—. ¿Es como la describió la vecina de la mirilla?

—Mucho más impresionante. Ya la conocerás tú también en cualquier momento. Vive conmigo.

—¿Contigo?

—Sí, aquí, en este piso. Y ahora está en su habitación, pero no me parece que vaya a salir. No se encuentra bien. Ya tendrás tiempo para verla —prometió Fernando—. Es una gran amiga, alguien excepcional. Y como no me has preguntado por mi relación con tu amigo Dalmau, te la explico yo: le he conocido a través de Mila.

—¿Mila? ¿Así se llama ella?

—Ah, es cierto, nadie te lo había dicho.

—Siento curiosidad —confesó Rego.

—Te resultará fascinante, como a todos.

—¿Todos?

—Ya lo ves, hasta se suicidan por ella. A mí me deslumbra. Y a Servando, que está convencido de que ella es el demonio. Claro que él ve al demonio en todas partes. Pero en este caso, no debe de faltarle por entero la razón.

—¿Es para tanto?

—Es para tanto.

—¿Belleza?

—También, pero es algo que está más allá de la belleza, o del sexo. Algo que tiene que ver con el abismo, con el mal. —Cada vez es mayor mi curiosidad.

—Ya la verás.

La vio la mañana siguiente.

IV

Rego encontró a Mila en el corredor. Ella iba desnuda, con zapatos de tacón y una cinta de terciopelo en el cuello, y muy maquillada. Él se sintió ridículo, enfundado en uno de los incontables kimonos de Fernando, sin afeitar y con el pelo revuelto. Ella parecía regresar del lavabo y él salía de la habitación de Fernando, donde había pasado la noche.

—¡Pepe! —dijo ella, sin que mediaran presentaciones, y se echó en los brazos del hombre.

Él aceptó la efusión y trató de enfrentarse con naturalidad a una actitud tan imprevisible.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó, tomándola por los hombros y apartándola con delicadeza.

—¿Has visto? —siguió Mila: tenía su parlamento y no lo iba a interrumpir por una estúpida consideración sobre su estado—. ¿Has visto lo que han hecho con nuestro Quim?

—Ah, sí, me lo han contado todo ayer.

—¿Verdad que es terrible? —y volvió a abrazarle.

Rego la consoló, le pasaba la mano por el pelo.

—Sí —dijo—, es terrible. Y a ti ha de llegarte muy hondo, porque tú le amas, ¿no?

Mila dio un paso atrás y bajó la cabeza antes de responder.

—Te diré la verdad, Pepe —empezó, poniendo las manos detrás de la cintura, como una niña pequeña—. Yo quiero mucho a Quim Dalmau —en esto, dio otro paso atrás, buscó el apoyo de la pared, levantó la cabeza y dobló una rodilla, clavando un tacón en el empapelado: dejó de ser una niña para hablar desde otro sitio, un pedestal, pensó Rego—. Yo le quiero mucho

y le querré hasta el día de mi muerte, porque es un chico maravilloso y un gran cómplice en la cama. Pero se ha portado mal conmigo. He dejado de amarle. No es una decisión, me gustaría que me comprendieses, es que algo se ha roto dentro de mí. Por lo que me ha hecho. He dejado de amarle.

—¿Tan grave ha sido? —se interesó Rego.

—Mucho. Me ha pegado. Mira, todavía llevo marcas, y hace casi un mes. Mira, mira —y se señalaba moretones vagos en los muslos, en los pechos.

Podría ser una ramera resentida denunciando a su macarra, calculó Rego, y tal vez no sea más que eso, pero parece otra cosa.

—Pobre Quim —siguió ella—. Anoche se me ocurrió que lo que le sucedía bien pudiera ser un castigo por lo que me ha hecho, qué tontería, ¿no?

Rego sintió un escalofrío y recordó a Servando Laín, lo que Fernando le había contado.

—Quizá no sea una tontería —dijo.

—¿Desayunaremos juntos? —desvió Mila—. Ve a lavarte, Fernando pondrá café con leche en la sala.

Se metió en su habitación.

Mientras se enjabonaba la cara para afeitarse, Rego se encontró con la memoria de las conversaciones del día anterior. Es de esas que enloquecen a los hombres, había dicho la vecina de la escalera de Dalmau. O perdía el tiempo, o traía el mal. Y Fernando: algo que tiene que ver con el abismo, con el mal, Servando está convencido de que ella es el demonio. No será para tanto, se tranquilizó Rego. Se cortó con la navaja.

En la sala, Mila se presentó con un peinador de tul negro, como vestida.

—¿Has venido para quedarte, Pepe? —preguntó, llevándose un trozo de pan a la boca.

—Hasta que una persona que conozco le arregle los documentos —dijo Fernando, con una autoridad que no admitía réplica—, dormirá aquí, en la última habitación. La prepararemos esta tarde.

—¿Es que no le quieres en tu cama? —desafió Mila.

—Nos queremos cuando nos queremos, reina —precisó Fernando—, pero no somos un matrimonio, ni siquiera novios. Sólo buenos amigos.

Además —sonrió—, el Niño de las Palmas es un artista, no una maricon.

Mila y Pepe sonrieron también, sin saber muy bien por qué, y la tensión disminuyó.

—Saldré —anunció Mila—. Hoy saldré a la calle.

—¿Te sientes fuerte? ¿Crees que vale la pena? ¿No será mejor que descanses unos días más? —se inquietó Fernando.

—Necesito salir.

—Te comprendo, yo tampoco soporto los largos encierros —se solidarizó Rego.

—Pues te convendrían.

—¿Lo crees, Fernando? ¿Sí?

—Tal vez no haga falta que te estés aquí dentro, tal vez sea pura exageración mía. Pero lo que sí te digo es que no hagas otra cosa que salir a pasear, y durante el día. Que ni sueñes con visitar a ninguno de tus viejos conocidos. Después de lo de Dalmau, la pasma debe de estar de punta, controlando a todo dios. Tienes que actuar como si no tuvieses pasado. Después de todo, ésa es la condición para una nueva vida —reflexionó Fernando—. No conoces a nadie, nadie te conoce a ti, acabas de nacer.

Rego entendió con dolor que Fernando le estaba diciendo la verdad, que la ruptura con su vida anterior debía ser total, que tenía que olvidar todo vínculo con ella. Era duro, pero cierto. Habría luego, seguramente, momentos difíciles, de humillación ante figurones a los que había aprendido a odiar desde la cuna. No estaba claro que aquello valiera la pena. Tampoco estaba claro para él que valiera la pena lo contrario. Ni que nada de todo eso tuviera la menor importancia. ¿Por qué había querido hacerlo? ¿Por ese chico rubio, demasiado inteligente, que tenía delante? Eso le había dicho a Dalmau, y había sido sincero al decirlo. Pero ahora, con esa muchacha allí, una intrigante, y teniendo que convivir con el enemigo, que ser cordial con el enemigo, teniendo que convertirse en un lameculos para que le permitieran respirar un aire ajeno, un aire que siempre había sido ajeno, que nunca le había gustado, que siempre había querido distinto, y por hacerlo distinto habían luchado sus padres, y él, y los padres de Dalmau, y Dalmau, ahora, ahora no estaba seguro.

—He de cambiarme —proclamó Mila.

Se levantó y fue hacia su habitación.

—¿Quieres más café? —ofreció Fernando.

—Sí, gracias.

Estaba triste. Fernando le puso una mano en el hombro y él alzó la cabeza. Se miraron.

—¿Te arrepientes, Pepe?

Rego no respondió.

—Es natural —dijo Fernando—. Una noche con el Niño de las Palmas no consuela de tanta renuncia. Ni dos noches. Ni cualquier número de noches, con nadie. Pero estás a tiempo, Pepe. Siempre tienes a los toreros.

—No lo sé. Ellos me hacían pasar la frontera porque eran mis compañeros. Ya no lo son. Harán pasar a otros.

—¿Y la amistad?

—Esas cosas no tienen nada que ver con la amistad, Fernando.

Fernando llenó su taza y se la puso en las manos. Aquello olía bien y aún estaba caliente. Rego bebió.

—Pobre Pepe —dijo Fernando—. Te has quedado sin iglesia.

—Eso sería lo de menos. Lo que cuenta es que me he quedado sin fe. Sin mi fe. Y que todas las demás me repugnan.

Mila salió aún más maquillada que en su primer encuentro con Rego, y enteramente vestida de negro. Llevaba un sombrero de ala muy amplia, un remedo de los sombreros de varón, que hacía pensar en un bandido adolescente o en la Garbo. Se despidió con un gesto vago, sin acercarse a ellos. Rego se volvió para verla cerrar la puerta del piso con suavidad.

—Esta mujer —empezó a decir Rego.

—No tienes que decirme nada —le interrumpió Fernando—. Sé todo lo que has estado pensando. No te gusta, y te sientes desilusionado. No es lo que te prometí, ¿verdad?

—La has inventado tú —sonrió Rego—. Para perjudicar al mundo.

—La hemos inventado.

—¿Quién más?

—Quim Dalmau. Y ese desdichado de Jesús Vera. La hemos inventado porque la necesitábamos. Para la pasión, para la respetabilidad o para el suicidio. Hasta le viene bien a Servando, para su teología. Como tú me has

inventado a mí para terminar con una parte de tu vida que había dejado de gustarte. Me necesitabas.

—Yo te quiero, Fernando.

—Y yo te quiero a ti, chico. Pero llegaremos a querernos menos y viviremos en paz.

—¿Lo crees? —dudó Rego.

—Lo habrás comprobado antes de ser un anciano.

Recogieron los trastos del desayuno.

—Yo fregaré —resolvió Rego.

—Estupendo. Yo iré a ocuparme de tus asuntos. Por la tarde, prepararemos la habitación.

—De acuerdo.

Fernando se marchó.

V

Rego se secó con el paño de cocina que había hecho servir como delantal y lo colgó de un clavo, en la pared de encima del fregadero. Llamaron a la puerta y se apresuró a atender.

Era un sacerdote. Miró a Rego y levantó los ojos para asegurarse de la puerta y de la planta en que se encontraba. Letras y números le sacaron de duda. Era el piso de Fernando.

—No se ha equivocado, padre —dijo Rego—. Sólo que usted no me conoce a mí.

—No, no le conozco —confirmó el cura.

—¿Es don Servando? —preguntó Rego—. Yo me llamo Rego, José María Rego. Soy un amigo de Fernando. Él no está en la casa ahora, pero puede usted pasar. Estoy seguro de que es lo que él querría.

Le tendió la mano y Laín la estrechó.

—Rego —dijo—. Fernando me ha contado de usted.

—Eso me alegra. ¿No va a entrar?

—Sí, claro. Gracias.

Pasaron a la sala. Los dos se sentían incómodos, tensos. Los dos se encontraban allí por obra de un tercero. Rego, acogido tal vez por caridad. Laín, porque nada amaba más en el mundo que el pecaminoso secreto que guardaban aquellos muros. Se quedaron de pie, observándose.

—Viene bien esta casualidad —dijo Laín—. Prefiero que usted y yo hablemos a solas, sin la intervención de Fernando. ¿No lo cree mejor?

—Puede ser —Rego se desentendió de la decisión—. Pero no conversemos de pie.

Laín se sentó en el borde de un sillón, como si estuviera dispuesto a saltar en cualquier momento. Rego, delante de él, se despegó del labio un trozo de papel de Ideales.

—¿Ha venido a quedarse? —preguntó el cura.

—A quedarme en Barcelona, sí. En este sitio, en particular, estoy de paso, unos días hasta alquilar algo.

—Estupendo. Me tranquiliza mucho oír eso.

—¿Por qué, padre? —sonrió Rego—. ¿Tanto teme a mi competencia?

—Sinceramente, señor Rego, sí. Fernando... le tiene en mucha estima.

—Ya no soy un adolescente —dijo Rego—. Es difícil que alguien pierda la cabeza por mí.

—Yo tampoco soy Apolo —se irritó Laín—. Queremos a la misma persona, y es natural que me preocupe. Entre nosotros habrá una lucha.

—Ya hemos luchado, padre, y el resultado es evidente para quien quiera verlo.

—No le comprendo, señor Rego.

—Es muy sencillo. Usted y yo, y lo que cada uno representa, nos hemos enfrentado en una guerra. Yo he perdido. Usted ha ganado la guerra, y Fernando es un pragmático, por llamarle de alguna manera socialmente aceptable. Se quedará con usted, se quedará con el poder.

—¿De qué otra manera le llamaría, señor Rego?

—Si le interesa saberlo, le diré que es una puta. Y que el sol, en este país, calienta más del lado de la iglesia.

—Ese calificativo me suena demasiado grueso.

—Usted me pidió precisión. Por otra parte, no se trata de un calificativo, sino de una condición. La que a usted y a mí nos tiene discutiendo todo esto.

—No estamos discutiendo.

—No, es verdad, ya está todo dicho. No pase usted inquietud. Acepte mi intrusión temporalmente. Pronto dejará de verme por aquí.

—Gracias —dijo Laín, incorporándose—. Ahora, me retiro. Lo más conveniente será que Fernando no sepa que nos hemos visto.

—No puedo prometérselo —dijo Rego.

Don Servando se marchó.

Rego leyó durante toda la tarde.

Fernando no se dejó ver hasta la noche.

VI

A finales de noviembre, Elena Vargas llevó a Mila a ver a un médico del barrio de Gracia, un ginecólogo muy viejo, conservado en alcohol, que, en nombre de antiguos favores y actuales dificultades, accedió a reconocer a la muchacha sin preguntarle el nombre ni, sobre todo, la edad. La consulta era un lugar oscuro y sórdido, lleno de instrumentos en desuso, con un fuerte olor a meados y la pintura descascarada. El examen confirmó lo que Elena ya sabía: que Mila estaba encinta.

Calcularon fechas y paternidades posibles. El niño era de Dalmau, Mila estaba segura. A pesar de sus costumbres promiscuas, no había conocido a

otros hombres durante aquel verano. El alemán y Miserere estaban descartados porque, dijo, se habían servido de ella por otra vía.

—¿Qué haré, ahora, Elena? —preguntó finalmente.

—Lo que te diga Fernando —respondió la mujer.

Mila apoyó un hombro en el marco de la puerta de la cocina, donde Fernando limpiaba unas sardinas para la cena.

—Fernando —dijo, con la vista fija en el suelo.

—Sí, reina, dime.

—Estoy embarazada.

Él dejó lo que estaba haciendo, se lavó las manos y se las secó antes de volverse hacia ella.

—Repítelo, por favor —pidió.

—Estoy embarazada —lo dijo mirándole a los ojos.

Entonces Fernando la abrazó, le cubrió el rostro de besos, se apartó para contemplarla y la abrazó nuevamente.

—Me alegro tanto —dijo.

—Yo estoy muerta de miedo —confió Mila.

—¿Por qué? Tenemos techo, y vamos haciendo para vivir.

—Es una criatura sin padre, Fernando.

—Alguien la habrá hecho, ¿no?

—Quim Dalmau.

—¡Oh, ese muchacho! Él no podrá hacerse cargo.

—¿Y entonces? ¿Quién? Esto es demasiado para mí sola.

Fernando rió.

—¡Pero qué dices, amor! ¡Nada es demasiado para ti! Cuéntale eso a cualquiera, pero no al Niño de las Palmas —hablaba y reía—. ¡Demasiado!

—No es para reír, Fernando —reprochó Mila—. Nadie se hará cargo de esta criatura.

Fernando dejó de reír. Le pasó una mano por el hombro y la llevó a su dormitorio.

—¿Quién te ha dicho esa majadería, reina? —le preguntó en el corredor.

—Nadie. No tengo ni siquiera quien me diga majaderías.

—¿Y yo?

—¿Tú, qué?

Fernando se sentó en la cama y ella en el taburete del tocador.

—¿Quieres un pitillo? —ofreció él: había variado el tono, ahora era casi solemne.

—Sí —dijo Mila—. Pero explícame qué: tú, qué.

Fernando encendió dos Tritón y guardó la cerilla en la misma caja de la que la había sacado. Pasó uno a Mila y se estiró para coger un cenicero de la mesilla de noche. Se tomaba su tiempo.

—Yo me haré cargo —anunció. Después, la miró con una sonrisa.

—¿A qué te refieres, Fernando? —quiso precisar Mila.

—A que me casaré contigo, reina.

—¡Vamos! ¡Qué barbaridad! ¿Cómo se te ocurre?

—No se me ocurre, lo tengo pensado hace tiempo. Era una posibilidad con la que tenía que contar, ¿no?

—Sí, imagino que sí.

—Además, no querrás entregar a tu hijo a las damas del Movimiento, o a las monjas.

—No, no me gustaría.

—Pues eso, nos casamos. Tú te conviertes en una señora y yo en un señor.

—¡Oh, Fernando! —Mila se deshizo en lágrimas y se lanzó a sus brazos.

Se echaron en la cama y jugaron como dos niños, haciéndose cosquillas, besándose y dándose ternura hasta que Fernando descubrió que la deseaba. Fue la única vez que hicieron el amor, la única vez que Fernando se sintió verdaderamente atraído por una mujer. Los dos estaban llenos de dulzura y delicadeza, y cada uno recibía al otro como un don de la vida.

Luego, tendidos y cogidos de la mano, hablaron de lo que harían.

—Dinero no faltará —dijo Fernando—. Servando hará los arreglos que hagan falta. Podrá ir a un buen colegio.

—Además —dijo Mila—, está la casa. Siempre podremos venderla.

—Oh, no, esta casa no se vende —protestó él—. Bien que le ha costado a mi madre tenerla.

—No, si no digo esta casa —aclaró ella.

—¿Qué casa, entonces?

—La casa en que... murió ese hombre, Jesús Vera. Es mía. Había sido de mi madre.

—¡Por Dios! —se sobresaltó él—. ¡Eres temible!

—No te lo había dicho. Perdóname.

—No, si está muy bien. Será para ese niño tan guapo.

—¿Niño? ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Me da igual que lo sea. Si es niño, será un hombre de verdad, no un mariquita como yo.

—¿Y si es niña?

—Si es niña, llegará a ser peor que tú, porque haré de ella una dama, una auténtica dama. Jamás le dirá el precio a nadie, ni antes ni después.

—Estás lleno de planes, Fernando.

—¡No sabes cuántos! ¡Y algunos, muy inmediatos! —dijo, levantándose—. ¡Venga, ve a vestirme! Hemos de festejar esto por todo lo alto, como se merece.

Mila se puso un vestido negro de crepé y raso que la madre de Fernando no había llegado a estrenar, y el abrigo de astracán de la asesinada del portal.

—No pareces una señora —le dijo Fernando—, y mucho menos una novia, pero no tendrán más remedio que mirarte y quedarse calientes.

Él llevaba un traje azul muy oscuro, con finísimas rayas blancas, de chaqueta cruzada, con camisa celeste y corbata granate.

—No pareces el Niño de las Palmas —le dijo Mila—. Luces más bien como un chulo muy fino. Se morirán por ti.

Comieron pato con higos en el Culleretas, con vino tinto de Torres.

—Mañana se lo diremos a nuestros amigos —propuso Fernando.

—No son muchos.

—Los suficientes. Y estamos muy unidos. Por la cama, por la sangre, por todo: estamos muy unidos.

—Elena no se sorprenderá. Creo que ella esperaba algo así. Le pregunté qué hacer y me contestó que lo que tú dijese.

—Es muy sabia esa mujer. Me gusta.

—En el fondo, piensa que el hombre de mi vida eres tú. Y yo también estoy empezando a pensarlo.

—Acabarás por convencerte completamente.

Bebieron la última copa en el piso, solos.

Durmieron en la misma cama.

VII

El trece de enero de mil novecientos cincuenta, después de amañados todos los documentos necesarios para obviar la minoría de edad de la mujer, don Servando Laín unió en matrimonio a Milagros Solé y a Fernando Eguren. Fueron padrinos en la ceremonia Elena Vargas y José María Rego.

Fernando experimentaba una intensa necesidad de guardar todas las formas de la costumbre: lo que se hace, decía, hay que hacerlo completo; si no, es preferible no empezar. Hicieron un viaje de luna de miel a Madrid. Pararon en un hotel de toreros de la Plaza del Ángel, asistieron a teatros y comieron en restaurantes. En el Prado, después de ver majas y manolas, reyes, reinas e infantes, santas y santos, Fernando quiso que Mila atendiese a la *Purísima Concepción* de Tiépolo. Ella miró la tela, pero no se sintió aludida.

Rego quedó, entretanto, al cuidado del piso de la calle Diputación, y de sí mismo. Podía respirar: Méndez, un hombrecillo escuálido y prepotente, que sobrevolaba las alturas del Movimiento y de la Gobernación, y que se desvivía por los favores del Niño de las Palmas, había sido retratado por Mila, con una cámara de aficionado y con poca luz, apenas si la suficiente para que se le reconociera sin lugar a dudas, en la más comprometida de las situaciones; a cambio de un silencio generoso y de la amenazadora promesa de conservar el negativo fuera del alcance de familia y autoridades, había

dejado a Rego sin pasado y le había proporcionado documentos nuevos. Pero lo de Dalmau era aún demasiado reciente, y él no se sentía en disposición de correr riesgos. Leía durante la mayor parte del tiempo.

En ausencia de Fernando y Mila, Servando Laín le visitaba por las tardes y jugaban al ajedrez.

—¿Cree usted que le hemos perdido? —preguntó un día el cura, moviendo un caballo.

—¿Por qué? ¿Por el casamiento con ella? —dijo Rego—. Los dos hemos colaborado. En todo caso, no le tenemos más lejos que antes. Jaque mate.

—Tiene razón. Es que estoy distraído, no alcanzo a concentrarme en nada últimamente.

—¿Quiere hacer otra partida?

—No, déjelo, volverá a ganarme mañana.

—¿Se da cuenta, padre, de que estamos haciendo cosas de viejos? Jugamos al ajedrez y nos preocupamos por Fernando, el chico ya casado y próximo a ser padre. Nos morimos de celos, de unos celos que poco tienen que ver con el sexo, con la carne, diría usted. No es Mila nuestro problema. Somos nosotros, débiles, feos, y los años que nos tratan así.

—Pero no somos viejos. Apenas si rondamos los cuarenta.

—Para nuestra condición y en este país, ésa es una edad de retiro, amigo mío.

—Tal vez sea verdad lo que usted dice —aceptó a regañadientes Laín—, pero a mí nadie me quita de la cabeza la idea de que esa mujer es nuestra enemiga.

—¡Y que lo diga! Desde luego, claro que lo es. Sin embargo, no lo es en el sentido en que usted lo supone. No es el diablo, ni tiene la menor importancia el que lo sea o no. Simplemente, él la ama.

—¡No querrá convencerme de que Fernando se ha enamorado de una mujer! —estalló el cura.

—Como no se enamorará jamás de ningún hombre.

—¡Que estupidez!

—Estupidez o no, le diré algo: no se oponga jamás a ella, si no quiere dejar de verle a él para siempre.

—Descanse usted, señor Rego. Mañana tenemos otra partida.

La discusión quedó así. Ninguno de los dos hombres hizo nada por resucitarla.

Mila y Fernando regresaron al cabo de tres semanas.

VIII

El parto estaba previsto para mediados o finales de mayo de aquel año cincuenta. El primero del mes, día de conmemoración de las luchas del proletariado en todo el mundo, y día de San José Obrero en la España de entonces, el Movimiento organizó actos solemnes en todas partes. En la Plaza Palacio se había levantado un palco y se habían instalado altavoces, con el objeto de elevar y difundir los discursos militantes y los compases del *Cara al sol*.

Mila y Fernando paseaban por allí, cerca de mediodía. Venían andando desde el puerto y se detuvieron al ver los preparativos y la gente que esperaba, falangistas y curiosos, y también ociosos más o menos indiferentes, como ellos. Hombres y mujeres se apartaban para dar paso al voluminoso vientre de Mila. Hubiesen podido llegar hasta la primera fila, pero prefirieron quedarse en la parte exterior del semicírculo formado, para marcharse cuando les apeteciera. Para ellos, era un espectáculo más, aburrido, pero el único que había.

Los del Movimiento, con sus camisas azules y sus pantalones de raya impecable, llenos de fijapelo y radiantes de lociones, entraron al palco desfilando desde el Paseo Nacional. Eran nueve, y la policía, que les había abierto camino, les rodeaba y les guardaba ahora, haciendo retroceder al público y buscando entre los rostros de los presentes el del enemigo oculto.

El más importante se acercó al micrófono y los otros se situaron a los lados, cuatro a la derecha y cuatro a la izquierda.

El individuo empezó a hablar. El sistema de sonido era muy deficiente y sólo se entendía una que otra palabra. Tiraron fotografías para algún periódico.

—¡Mira, Mila, mira! —dijo de pronto Fernando, sobresaltado pero en voz no muy alta: nadie reparaba en ellos, pero contuvo el volumen.

—¿Que mire qué? —preguntó Mila.

—¡Ese hombre!

—¿Cuál?

—¡Ése! —señaló Fernando—. El tercero de la izquierda, en el palco.

Era un sujeto enclenque, muy pálido, de finísimo bigote y con una camisa azul a medida que le hacía aparecer los hombros extraordinariamente estrechos.

—¿Le ves? —urgió Fernando.

—Sí, claro que le veo. ¿Quién es?

—Es mi padre —dijo él—. Don Antonio.

Mila le apretó la mano. Fernando contemplaba al antiguo amante de María Teresa, su madre, sin emoción. Jamás le había echado de menos. Ahora era definitivamente un extraño, pero le hubiese gustado hablarle, comprobar si quedaba algo, si no d amor, sí de la confianza que había habido entre ellos en otro tiempo.

Ni él ni Mila, atentos a aquel hallazgo, vieron alzarse aquel brazo. Tampoco lo vieron los policías, ni nadie de entre los que escuchaban al orador. No era un brazo especialmente llamativo, ni tenía por qué sorprender el que se alzara: era un gesto, podía haber sido un saludo de entusiasta, un brazo derecho alzado, rígido. Aunque los dedos no estaban extendidos, encerraban un cuerpo impreciso, ligero. Era un arma pequeña, un revólver de cañón muy corto. El sol se reflejó durante un instante en él, cuando el hombre que lo llevaba saltó inesperadamente hacia delante, hacia la hileras de falangistas, poniéndose a un par de metros de ellos.

Mila tenía los ojos clavados en el rostro de don Antonio de Tormo, oyó gritar al espontáneo, una sombra en el borde de su campo visual, te ha llegado, cabrón, ése fue el grito, y siguió una explosión y entonces el rostro

blanquísimo fue sustituido por una mancha roja, oscura y roja, amarillenta y roja. Una mancha que se desvaneció de inmediato, porque don Antonio cayó irrefutablemente muerto.

—¡Le han matado! —chilló alguien, y todos fueron hacia donde el asesino había sido atrapado por la policía, a echarse encima de él, a golpearle más de lo que ya le estaban golpeando. El del micrófono aullaba retroceded, dejad actuar a la justicia, sonó otro disparo, esta vez un disparo oficial, al aire, y la gente retrocedió.

Mila y Fernando se alejaron de allí sin prisa visible, no hay que correr, dijo Fernando, nos vamos andando tranquilamente, sin llamar la atención.

Ella vomitó cuando ya habían dejado muy atrás Santa María del Mar y subían por Platería. Vomitó en el bordillo y fue a sentarse en el umbral de una casa.

—Busca ayuda, Fernando, por favor —pidió—. El niño necesita salir. Ahora, ahora mismo.

Había un urbano en la esquina de Vía Layetana.

—Mi mujer se ha puesto de parto —le dijo Fernando.

—¿Dónde está? —preguntó el otro.

—Allí, sentada en un portal —señaló él.

Unas mujeres se habían parado junto a Mila y hablaban con ella, le ofrecían auxilio, o consuelo.

El urbano detuvo un coche.

—¿Podrá andar hasta aquí su mujer, o hemos de entrar a recogerla? —preguntó el conductor.

—Creo que ya no puede andar.

—Que lo intente, será más rápido.

Mila se incorporó y caminó hasta el vehículo.

Dos horas más tarde, en el Hospital de San Pablo, nació una niña. Tenía la cabeza cubierta de una pelusa espesa y muy negra.

Al día siguiente, dos de mayo, la prensa denigró franceses y afrancesados, y reseñó las ceremonias de la jornada precedente. En ninguna parte se hizo mención de atentado alguno.

IX

Ada Eguren Solé, cuyo nombre no figuraba en el santoral, fue bautizada por Servando Laín cuatro días después de su nacimiento. Elena Vargas y José María Rego fueron sus padrinos, como lo habían sido de la boda de los padres.

Antes de la ceremonia, el cura pidió a Mila y a Fernando, sin acompañar el pedido de explicación alguna, que leyesen unas líneas de un catecismo. Ignoraba que el texto de aquel librito había sido compuesto en letras de plomo, en una linotipo, por Quim Dalmau, precisamente el día de su primer encuentro con Mila.

«¿A qué se renuncia al recibir el bautismo?», rezaba la primera de las preguntas señaladas por Laín. «Al recibir el bautismo se renuncia al demonio, a sus obras y a sus pompas», era la respuesta. Y a continuación: «¿Qué se entiende por obras y pompas del demonio?», a lo que se contestaba aclarando que «Por obras y pompas del demonio se entienden los pecados, las vanidades del mundo y sus perversas máximas, contrarias al Evangelio».

—¿Por qué nos hace leer esto? —quiso saber Mila.

—Porque está obsesionado por el demonio —explicó Fernando—, sólo piensa en él. Creo que ha dejado de creer en Dios, que únicamente cree en la existencia del diablo.

—¿Lo ha visto?

—Lo ve constantemente.

La niña se echó a llorar en aquel momento.

Terminado el rito, fueron a comer a un restaurante de Horta, cerca de la iglesia.

Fueron andando, y Fernando aprovechó un aparte con el cura para hacerle una advertencia.

—Servando —le dijo—, si sigues jodiendo con todas esas mierdas del demonio y sus pompas, tendrás que comer y dormir con él y sólo con él por el resto de tus días.

—¿Qué quieres decir, Fernando?

—Que no me verás más, porque no tolero tanta majadería. Si hemos hecho bautizar a la niña es porque somos una familia respetable, no una familia creyente. Tú, como buen nacional-católico, estás convencido de que la gente de orden es también gente de fe. Yo no acabo de entregar a mi hija a la Iglesia, acabo de sacarle un pasaporte.

—¿Tú hija, Fernando?

—Sí, mi hija, mi hija. Como que lleva mi apellido. Y eso también es cosa que te conviene recordar. Ada es mi hija. Bastará con que lo pongas en duda una sola vez para que no me vuelvas a echar la vista encima.

—Discúlpame. No sabía que lo sintieras así —dijo Laín.

—Porque no tienes la menor idea de lo que sienten los demás, Servando. Nunca la tuviste. El olor a incienso y a cera quemada te nubla el entendimiento. Cuando se te pone tiesa, te acuerdas de que existen los chicos. Pero nada más. Ése es para ti el mundo de los sentimientos. Debí dejar que siguieras yendo a los burdeles.

—Discúlpame —alcanzó a repetir el cura.

Llegaron al restaurante.

Durante la comida, Servando Laín observó con atención a Rego.

Empezaba a darle la razón respecto de Mila y de Fernando.

X

La vida en el piso de la calle Diputación se espesó, comenzó a deslizarse con mayor lentitud, después del advenimiento de Ada. El enfrentamiento entre Fernando y Laín en la fecha del bautizo dejó al cura dolido y distante, y sus visitas se hicieron menos frecuentes. Rego encontró un empleo en un taller gráfico y alquiló una habitación en casa de una señora mayor, sola, que necesitaba tanto compañía como dinero, en la calle Muntaner. Mila y Fernando pasaban muchas horas juntos. De tanto en tanto, uno o el otro desaparecía durante toda una noche. Ni se daban ni se pedían explicaciones.

Se movían como si se encontraran en Nueva York o en París, y no en aquella Barcelona triste y temible. Sólo la densa trama de su vida anterior, su despreocupada actitud respecto de los secretos, propios y ajenos, y una ciega confianza en su inmortalidad, pueden justificar el que ni Mila ni Fernando hubiesen tomado nunca medidas verdaderamente serias para garantizar su seguridad, la de Ada o la de sus amigos. Ellos mismos podían haber sido detenidos o asesinados en el trámite de cualquiera de sus incursiones por los barrios bajos o por las clases altas. Rego y Laín carecían de coartadas.

Únicamente Elena Vargas entendió el sentido y las consecuencias últimas de aquel descuido, y reconoció en el rumbo de los acontecimientos la inminencia de un desenlace. Con la excusa de ver a la pequeña, se presentaba en el piso a menudo, cada dos o tres días, husmeando la fatalidad. Sin embargo, convencida como estaba de lo inevitable del destino, nada hizo por desviarlo ni por postergarlo. Se limitó a estar atenta, con el propósito de confirmar su antiguo saber.

Rego fue el emisario del hado, a la vez que su víctima.

Se dejaba caer por allí los viernes, y conversaba con Fernando hasta muy tarde. Cuando él venía, Mila se retiraba, con la niña, apenas terminada la cena. Les dejaba solos. A veces, ellos se marchaban, iban a su vida.

Aquel viernes, el segundo de diciembre, Rego llegó mucho más temprano que de costumbre, a las tres de la tarde, cargado de regalos para todos, botellas y embutidos.

Mila estaba sola. Fernando había salido por la mañana, sin decir cuándo regresaría. Elena Vargas, impulsada por la presciencia de un peligro impreciso, había ido a recoger a Ada, para que ella vea el sol y tú descanses un rato, dijo, hacía poco.

—¿Se ha adelantado la Navidad? —preguntó Mila al ver a Rego con todos aquellos bultos.

—No se lo dirás a nadie hasta la noche, por favor —pidió Rego—. Es que hoy es mi cumpleaños. He pensado en festejar con vosotros y os he comprado algo.

—¿Tú cumples años y haces regalos?

—No sé si tendré dinero cuando os corresponda recibirlos, y me hace ilusión traéroslos hoy.

—Bueno. Y no le diré nada a nadie hasta que sea la hora. Ada aún no me escucha, y de Fernando ni siquiera sé dónde para. Cuenta con mi discreción.

—Gracias, no esperaba otra cosa.

—Elena vendrá a traer la niña. ¿Querrás que se quede ella también?

—Claro. Sabes que me cae muy bien esa mujer.

Fueron a la cocina e iniciaron los preparativos, desempaquetando algunas cosas y poniendo en cada obsequio el nombre de quien lo recibiría.

—¿Y cuántos serán, Pepe, si quieres decírmelo? —averiguó Mila.

—Cuarenta, chica, mucho más del doble de los que llevas tú. Y te aseguro que lo siento. Lo festejo porque es bueno pasarlo con vosotros, pero no me da alegría hacerme más viejo.

—Nada, nada, hombre, que ni sombra de vejez se te nota —le consoló Mila—. Lo tienes todo por delante.

—Anda, ve, reina, lleva estas botellas a la sala. Y, cuando vuelvas, hablaremos de otra cosa.

Mila hizo lo que se le pedía.

Retornó y fue a apoyarse en el borde del fregadero, de frente a Rego, que se afanaba cortando rodajas de chorizo sobre el mármol contiguo.

—Pepe —dijo.

—Sí, maja, dime —le sonrió Rego.

—¿Estás... muy enamorado de Fernando?

Rego dejó de cortar y la miró.

—No lo sé —confesó en voz baja—. Me lo he preguntado muchas veces en este tiempo: desde el día siguiente al de mi llegada a Barcelona, para ser exactos. Verás, antes no tuve dudas porque no podía permitírmelas. De haber dudado, me hubiese quedado en Francia.

—¿Necesitabas una razón para venir?

—Una razón o una pasión. Mejor una pasión, parece más lícito cometer errores por una pasión que por una razón. Y Barcelona podía ser el peor error de mi vida. Lo es, si te he de decir la verdad.

—¿Por qué, Pepe? ¿Por qué es un error Barcelona? ¿Es que no te damos ninguna alegría?

—Sí, Mila, sí que me dais alegría. Pero es una alegría muy cara. Esta ciudad es una trampa. Con esta gente, la que manda, no hay legalidad que valga. Con los documentos que tengo y un poco de suerte, podré sortear alguna redada, y hasta algún arresto. Pero, tarde o temprano, acabarán por echárseme encima. Ellos o los que fueron mis compañeros. Son cosas que no dependen de sumarios ni de archivos, sino de memorias personales, ¿comprendes?

—Entiendo que tengas miedo —aceptó Mila.

—¿Y por qué te preocupas tú por mis sentimientos hacia Fernando? —le acarició la mejilla—. Es natural que se preocupe Laín, pobre hombre, que tiene celos hasta de los fantasmas, y que ya nunca recibirá de él más que piedad. Pero no tú. Haga yo lo que haga, y lo mismo ha valido siempre para ese cura, nada variará. Fernando te quiere a ti y sólo a ti.

—Quizá te lo haya preguntado para oírte decir eso.

—Quizá.

Terminó Rego con el chorizo y las butifarras, y fue al recibidor a ponerse la chaqueta.

Mila le acompañó.

—Estaré aquí a las ocho —dijo él—. No empecéis sin mí.

—Mantendré a raya a Fernando.

Se despidieron con un beso y Rego abrió la puerta.

Entonces vio al que subía las escaleras, que probablemente buscara otro piso, una planta más alta, un rostro distinto, pero que venía a encontrarse con él.

De no haber salido Rego precisamente en aquel momento, hubiese seguido subiendo, se hubiese perdido en la altura.

Pero se vieron.

Rego retrocedió, cerró y se pegó a la mirilla.

El otro observó la puerta, el número, y volvió a bajar.

—Me ha reconocido, el muy cabrón —dijo Rego: se había puesto pálido, tan débil—. Irá a llamar y me joderá. Y lo peor es que os empapelarán a todos por mí.

—¿Qué dices, Pepe? —preguntó Mila—. ¿Quién era ese hombre de la escalera?

—El hombre de París, chica, el hombre de París.

—¿Qué hombre de París? —Mila pedía una confirmación de lo que ya había entendido.

—Un policía, un espía o algo peor, uno que me conoce de París, que vigilaba mis encuentros, que sabe quién soy, quién he sido. Me ha reconocido y vendrá a por mí, con otros, en seguida. Y sabe cuál es el piso, caerán también sobre vosotros —se lamentó—, por mí, por mi culpa. La trampa, Mila, la trampa de que te hablaba.

Mila se sentía completa, absurdamente serena, fría y serena. Cogió una mano de Rego.

—No podemos avisar a Fernando ni a Elena. Tratemos de salir de aquí, Pepe, luego veremos qué hacer —resolvió, tomando un abrigo del colgador de junto a la entrada y poniéndoselo.

—Aunque escapemos, a ellos les cogerán cuando lleguen —calculó Rego.

—No importa, fuera podremos hacer algo. Vamos.

Rego no se movía.

—¡Vamos, coño, vamos! —le gritó Mila, abriendo la puerta y echándose al rellano.

Ya era tarde.

Estaban allí, tres individuos con gabardinas, de rostros iguales, uno de ellos el de París. Llevaban armas.

—¡Alto! —gritó uno—. ¡Deténgase! ¡No se mueva de donde está!

Mila no vaciló un instante.

Se lanzó hacia la escalera, decidida a abrirse paso por entre los tres hombres, golpeando hacia los dos lados con los puños cerrados sin ocuparse de dónde cayera el castigo.

El que venía más rezagado trató de pararla.

Era el más viejo y había visto muchas películas de gánsteres. Adelantó un pie para hacerla tropezar y extendió un brazo para aferrarla por la garganta. Logró únicamente lo primero. Los tobillos de Mila dieron con el obstáculo, pero nada impidió que rodara hacia abajo.

Eran peldaños amplios, de piedra blanca. La cabeza pegó de lleno en el primer descansillo. Mila murió allí, desnucada, pero su cuerpo, su carne inerte, descendió aún otro tramo, actuó, por la persistencia del impulso de una voluntad ya extinguida, durante unos metros más.

Elena, con Ada en los brazos, la vio detenerse, fijarse, inmovilizarse, justamente a sus pies.

Miró la muerte en los ojos muy abiertos de Mila, miró la muerte en sus brazos separados y en sus piernas dobladas, miró la muerte en el cuello desoladoramente torcido y en sus hombros menudos, miró la muerte en aquella piel que se llevaba tantas de sus caricias, y siguió, pisó el escalón de más arriba, y el otro, y el tercero, y más, con la niña en brazos, pasó por entre aquellos hombres, vio a Rego paralizado junto a la puerta y siguió, atravesó el rellano y pisó el primero de los escalones que llevaban a la planta inmediata.

—Señora —la llamó el policía, o espía, o algo peor, de París—. Señora, ¿a dónde cree que va?

Elena se volvió y miró con furia a los ojos del que le había hablado.

—A mi casa —dijo—, con mi niña. Yo no he visto nada, jamás veo nada. ¿Le parece bien?

—Vaya —dijo aquel sujeto, cediendo a la mirada de Elena, encajando una derrota, deshaciéndose de un problema.

Elena siguió subiendo, otra planta y otra, hasta llegar al terrado. Dejó a la niña en el suelo y se quitó la horquilla del pelo para abrir la puerta. Una vez dentro, cerró con la misma horquilla y, sin separarse de Ada, fue hacia el antepecho, a observar la calle.

Desde ese sitio vio llegar una ambulancia. Sacaron el cadáver de Mila, con el rostro descubierto, como si se tratase de una herida o de una enferma. Uno de los hombres de gabardina se metió en el vehículo y desapareció con él. El coche de policía frenó ante el portal antes de que la ambulancia se hubiese marchado. Los otros dos hombres de gabardina llevaban a Rego y le empujaron hacia el asiento. Tenía el pelo revuelto, debían de haber empezado a machacarle. Detrás de la ambulancia, desapareció el coche. Si quedaba alguien guardando la entrada del piso, sería alguien que no la hubiese visto nunca. Abrió con la horquilla y bajó a la calle.

Al pasar por delante del piso de Mila, Ada se echó a llorar. Elena la calmó. Tendría que comer más tarde.

Esperó, paseándose lentamente por la acera opuesta a la de la casa. Fernando no tardó en presentarse. Ella le vio en la esquina y se apresuró a salirle al paso.

—No me saludes, no te detengas —le dijo cuando estuvo a tres metros de él—. No subas. Sigue andando. Estaré en Paseo de Gracia.

No estaba segura de que Fernando hubiese oído lo último, pero no alteró el paso ni retrocedió.

Él había entendido.

Se reunió con ella y con la pequeña, en Diputación y Paseo de Gracia, a los pocos minutos.

XI

Fernando Eguren no reveló emoción alguna. Se había dispuesto para conocer el desastre mientras andaba hacia su cita con Elena Vargas. Escuchó el relato de la mujer con los ojos fijos en el suelo, sosteniendo a la niña en brazos y acariciándole la cabeza.

—Vamos a tu casa —dijo cuando ella terminó—. Necesito un teléfono y un sobre que tú has guardado.

En una farmacia de Gran Vía, compraron un biberón.

—Y una caja de leche en polvo —dijo Fernando.

—No hay —dijo el que les había atendido.

—¿Está usted seguro? ¿Se ha fijado bien? —negoció Fernando.

—No se recibe leche en polvo, señor —retrocedió el otro.

—¿Y qué les da a sus hijos? —acosó Fernando.

—No tengo hijos.

—Ni los vas a tener —dijo Fernando, ahora en voz muy baja y amenazadora—, si no me vendes leche en polvo, porque te voy a cortar las pelotas —la vieja que entró en aquel momento no supo nunca lo que allí se hablaba—. ¿Es que me has visto la cara de gilipollas? Vamos adentro.

No esperó respuesta: cogió al hombre por el brazo y se metió con él en la rebotica.

Había varias decenas de cajas de leche Nido apiladas junto a una de las paredes. Fernando retiró cuatro del montón.

—Y agradece que no te denuncie, hijo de puta.

El farmacéutico ni siquiera pensó en defenderse: había percibido el odio y la fuerza de aquel joven rubio, y sintió miedo.

En la casa, Elena fue a preparar el alimento de Ada. Fernando se sentó junto al teléfono.

Llamó al individuo que había conseguido los documentos de Rego.

—¿Méndez?

—Sí.

—¿Te acuerdas del Niño de las Palmas?

—Sí, sí —disimuló Méndez.

—Él siempre piensa en ti. Y en tus niños, y en tu esposa, y en tu jefe.

En los bonitos cromos que tendrían todos ellos si te portaras mal.

—¿De qué se trata?

—Han matado a mi mujer.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Me estás escuchando, Méndez?

—Sí, sí. ¿Quién ha sido?

—Tus amigos.

—¡No!

—Entérate de todo tú mismo. Después me contarás. —¿Después?

—Dentro de una hora, en Plaza Cataluña. En La Luna. —Allí estaré.

Fue a buscar a Elena, que estaba en su dormitorio, dando el biberón a la pequeña.

—¿Dónde tienes el sobre?

—Allí está.

Elena lo había puesto sobre la mesilla de noche, debajo de la baraja. Fernando sacó de su interior una de las copias de la fotografía de Méndez, en la que aparecía también él mismo, y la rasgó, eliminando su propia imagen.

—Éste es el tío —le dijo a Elena, mostrándoselo.

—¿Qué puede hacer?

—Poco, pero hará más que eso.

Elena le llamó cuando se encontraba en el corredor. Volvió sobre sus pasos.

—¿Sí?

—¿Y la niña? —preguntó Elena.

—Será una auténtica dama. Lo he prometido.

Echó a andar hacia Plaza Cataluña.

En La Luna, se sentó en una mesa de rincón, de frente a un espejo. En el cristal, podría ver todo el café mientras hablara con Méndez.

Pidió una copa de Anís del Mono y esperó.

Méndez llegó a la hora indicada.

Fernando puso el trozo de fotografía sobre la mesa. Méndez, asustado, la cogió y se la metió en el bolsillo.

—La traje por si no la recordabas bien.

—La recuerdo demasiado bien.

—Pues empieza, te escucho.

—Ha muerto.

—Eso lo sé.

—Ha muerto en un accidente. La ha atropellado un coche. Está en el depósito del Clínico.

—Sois unos asesinos de mucho cuidado.

—Puedes retirar el cuerpo cuando quieras.

—Hijo de puta.

—No hace falta que me lo digas.

—A mí me hace falta, hijo de puta.

—Tu amigo ha entrado en otra esfera. Escapa a mi influencia.

—No escapa a la mía mostrarte a todo dios enculado, Méndez.

—Te lo aseguro, Fernando. No puedo hacer nada. Es un pez gordo.

—No lo es, y tú lo sabes, cabrón.

—Hay pruebas, le vieron en París, con rojos muy significados.

—¿Qué harán con él? —preguntó Fernando.

—Le interrogarán.

—¿Le fusilarán?

—Tal vez.

—Yo me marchó, Méndez. Quédate aquí. Puede ser que vuelvas a verme.

—¿No se te ofrece nada más?

—Doy por sentado que nadie entrará en mi piso. Podrían encontrar una copia de tu retrato, aunque los negativos estén en otra parte. ¿Lo entiendes?

—Nadie irá a tu casa.

—Adiós, Méndez.

Fernando enfiló las Rondas para ir hacia el Hospital Clínico por la calle Casanova.

XII

Mila Solé fue enterrada a los dos días, el domingo, en un sitio no muy alejado de aquel en que yacía María Teresa Eguren. Después de cumplido el ritual, Fernando llevó una rosa a la tumba de su madre y echó una mirada hacia donde había visto por primera vez a José María Rego y a Joaquín Dalmau.

Salió del cementerio acompañado por Elena Vargas y Servando Laín. Ya en el pórtico del camposanto, se derrumbó. No dejó de llorar hasta la noche, cuando el sueño le sorprendió, vestido, en la cama de Elena.

No regresó a su piso hasta pasados dos meses. Elena, que no se había separado de él en todo ese tiempo, le acompañó y se quedó para cuidar de Ada.

José María Rego, después de conocer varias cárceles, desgastado por los castigos, la alimentación deficiente, una imprecisa enfermedad y, sobre todo, la pena, una pena sin límites y sin remedio, murió en Carabanchel en abril del cincuenta y uno, habiendo sobrevivido a Mila sólo ciento veinte días.

Dalmau lo supo todo en junio, por boca de Elena.

EPÍLOGO

Se cree que el dolor, siendo una sensación, purgue la infamia, que es una mera relación moral.

C. BECCARIA, *De los delitos y de las penas*

I

Dalmau regresó a Barcelona el once de setiembre del setenta y siete.

Bajó del tren en la estación de Francia al anochecer.

Era el final de una jornada de fiesta cívica. Los barceloneses se habían echado a la calle, reclamando libertad, amnistía para los presos políticos y un estatuto de autonomía para el gobierno de Cataluña, y celebrando a la vez el advenimiento de un tiempo nuevo.

Faltaban aún muchas cosas, pero el aire era más claro, más fino que el que Dalmau había conocido.

Desde el taxi que le llevó hasta un hotel de la calle Fernando, vio pasar grupos de gente que cantaba o repetía consignas, y que llevaba, plegadas, banderas y pancartas que se habían exhibido a lo largo del día.

Veintiocho años eran muchos años. Conservaba las señas de Elena Vargas, pensó en confirmar los números telefónicos, el de ella y el de Fernando Eguren, en el listín. Pero no lo hizo hasta la mañana siguiente. Aquella noche recorrió las Ramblas de un extremo al otro, fue a ver la casa de la calle Hospital en que había vivido y cenó en un restaurante de la Barceloneta.

II

Revisó el listín por la mañana. El teléfono de Elena estuvo sonando durante mucho rato y nadie lo cogió. Probó en el número del piso de Diputación.

—Dígame —era una voz de mujer.

—Quiero hablar con el señor Eguren, Fernando Eguren.

—Espere usted un momento, por favor.

Nadie le preguntó quién era. Fernando no tardó en ponerse.

—¿Sí?

—¿Fernando Eguren?

—Sí.

—Soy Quim Dalmau.

—¡Coño! ¡Hombre! ¿Desde dónde me hablas?

—Estoy en Barcelona, en un hotel.

—¿Has venido a quedarte? No, no me lo digas, hablaremos personalmente. ¿A qué hora te va bien?

—Podemos comer juntos.

—Estupendo. ¿Qué te gustaría comer?

—Quiero invitarte, Fernando. Al Siete Puertas.

—Es un buen sitio, sí.

—Anoche pasé por allí, ¿sabes? De joven me lo miraba, pero nunca pude entrar, jamás tenía el dinero. Por eso.

—No se hable más —dijo Fernando—. A las dos. Ya pido la mesa yo, no te preocupes.

Como si se hubiesen despedido unas horas atrás.

Dalmau llegó el primero. Se puso de pie al ver entrar a Fernando. Le tendió la mano, pero finalmente se abrazaron.

Fernando conservaba el pelo rubio, y no había engordado. Dalmau estaba empezando a quedarse calvo y se había dejado bigote.

Se estuvieron observando, sin sentarse, junto a la mesa. Los dos sonreían.

—Antes de que lo preguntes —dijo Fernando—: quinta del treinta, y no hice la mili porque me llamaron tarde: estaba casado y tenía una hija. Así que no tengo batallitas de cuartel para contar.

Volvieron a abrazarse y se sentaron.

—Yo, quinta del veinticuatro —dijo Dalmau—. Dos años en Canarias y seis en El Dueso. Sin batallitas.

—Se agradece.

Ordenaron la comida y conversaron sobre una vaga actualidad.

—Empecemos por ti —dijo Fernando a los postres—. ¿Qué has hecho en estos años? ¿Veintiocho?

—Veintiocho. Me he hecho hombre, he aprendido unas cuantas cosas, ahora tengo una editorial, pequeña, publico libros sobre España. Pronto tendré que cambiar, a nadie le interesa leer nada sobre los países que resuelven sus problemas. La democracia no vende. Al menos, no vende libros.

—¿Te has casado?

—Dos veces. Duró tres años la primera, dos la segunda. Soy padre de un adolescente que vive con su mamá y me ve a diario. En París.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Y tú?

—No ha sido muy diferente, aunque yo no me haya hecho hombre. También he aprendido lo mío.

—En París, de tanto en tanto, leo *La Vanguardia*. Nunca falta alguien que se aparezca por ahí con el periódico. He visto una esquila de Servando Laín.

—Hace un par de años. Pobre Servando. No llegaba a los setenta. Duró lo suyo con una demencia senil. Completamente trastornado. No sé por qué he dicho pobre Servando.

—¿No has lamentado su muerte? —preguntó Dalmau.

—Servando era un hombre despreciable, Quim. Empecé a comprenderlo pronto, pero no me aparté de él porque me era útil, no me avergüenza decirlo, hubo tiempos muy difíciles. Cuando enfermó, pasé noches enteras viéndole delirar. Hablaba constantemente del demonio, lo mismo que cuando estaba lúcido. Murió pidiendo perdón a Satanás. ¿Y sabes de qué hablaba en realidad, qué le horrorizaba y le obsesionaba? La vida, Quim. De eso se trataba, de la vida. El demonio era una metáfora de la vida. Supongo que a todos ellos, los curas, quiero decir, les ocurre lo

mismo, ejercen la misma falacia, pero él había llegado al odio, estaba enfermo de odio a la vida. Era despreciable.

Pidieron café y coñá. Fernando se disculpó y abandonó la mesa durante unos minutos.

—Espero que no te moleste lo que he hecho ahora mismo. En todo caso, eres libre de decir que no —anunció a su vuelta—. He telefoneado a Elena. Nos esperará en su casa, a las ocho.

—No, no, claro que no me molesta —aseguró Dalmau—. Si la he estado llamando esta mañana. Quiero verla. ¿Está bien?

—Muy mayor. Se oculta bajo un par de centímetros de polvos y carmín, pero si la miras bien, descubres el montón de décadas.

—¿Y la niña?

Fernando pensó en decir tu hija, pero calló, ya tendrían ocasión de hablar del pasado, si venía al caso.

—Ha de ser una mujer —insistió Dalmau.

—¡Ya lo creo que lo es! Ada, mi querido Quim, tiene veintisiete años. Ya no vive en Barcelona. La he casado con un inglés.

—¿La has casado?

—Desde luego. No la iba a meter de puta, ¿no? Para eso siempre me he bastado solo. Fue a las monjas y terminó de maestra. Es bellísima y el caballero británico, un médico, se enamoró perdidamente de su azabache mediterráneo. Podía haber sido un desastre, tuve que correr el riesgo, pero resultó.

—Has sido un padre extraordinario, Fernando.

—He hecho las veces lo mejor que he podido.

Volvió a considerar la posibilidad de decírselo, y volvió a callar.

Salieron del restaurante a las cinco. Dalmau quería visitar al librero de la calle Aribau, un hombre que le había dado su amistad y su protección. Fernando fue con él, andando por el Paseo de Colón, las Ramblas y la calle Pelayo. Atravesaron Plaza Universidad y bebieron una copa más en La Valenciana, de Aribau y Gran Vía.

En la librería les atendió un hombre joven, de gafas, extremadamente cordial.

—Había aquí antes un señor mayor... —empezó Dalmau.

—Era mi padre. Falleció hace mucho. Diez años.

—¡Diez años! —se sorprendió Dalmau.

Sólo entonces comenzó a comprender que estaba en otra ciudad, que Barcelona había sido sustituida por Barcelona, y que aún no sabía si le gustaba.

—Mi amigo se llama Quim Dalmau —ayudó Fernando, informando al librero.

—¡Hombre! ¡El señor Dalmau! —le tendió la mano y le sonrió con verdadera simpatía—. Mi padre y el de usted se conocieron mucho, antes de la guerra, ¿no es así?

—Sí, y siento mucho que ya no esté.

Ante ese pésame tardío y sincero, el hombre recordó algo.

—Mi padre —dijo— se retiró un año antes de morir, puso la tienda a mi nombre y me dejó aquí. Él aseguraba que usted vendría alguna vez. Cuando caiga ese cabrón, decía. Por Franco, claro. Guardaba algo suyo, y yo lo conservo. También heredé algunas de sus costumbres, de sus manías: jamás me deshago de nada que no me pertenezca, ya lo reclamarán.

Les hizo pasar a la trastienda. Todo estaba exactamente en el mismo orden, los anaqueles, el tablero del encuadernador. El hombre apartó unos rimeros de libros y se agachó para coger un cilindro de cartón blanco sujeto con dos lazos rojos, y un saco de tela, pequeño. Fernando y Dalmau se miraron y aceptaron lo que les era entregado. Fernando sintió en el vientre el nacimiento de una carcajada. La ahogó. Y en seguida tuvo que ahogar sus lágrimas.

Se deshicieron en agradecimientos y salieron a la calle.

Dalmau llevaba bajo el brazo el dibujo de Miserere Gorkin.

Aún era pronto para ir a casa de Elena. Se sentaron en un café de la Gran Vía.

Fernando levantó el saco que le había dado el librero y lo dejó caer sobre la mesa. Se oyó un ruido metálico.

—¿Sabes qué hay aquí dentro? —preguntó, mirando a los ojos a Dalmau.

—Clavos. Un montón de fríos clavos.

Los dos se echaron a reír. Un camarero se acercó a ellos para tomar su pedido y hubo de volver pasados unos minutos: no podían hablar. Finalmente, se serenaron.

Ahora, pensó Fernando.

—Quim —dijo, repentinamente grave.

—Sí.

—Ada es tu hija.

Dalmau no reaccionó. Encendió un Ducados y se quedó callado, envuelto en humo, ausente y algo triste. Se levantó y fue a pagar a la barra.

—¿Vamos a ver a Elena? —propuso, recogiendo el tabaco y el mechero.

Fernando salió tras él, con el dibujo y los clavos.

Antes de llegar a la salida, Dalmau se detuvo, se giró y puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Gracias —le dijo.

Fueron andando sin prisa.

III

Poco quedaba de la Elena Vargas que había visitado a Dalmau en el cincuenta y uno, y menos aún de aquella a la que Mila había deseado en el cuarenta y ocho. Su belleza había sido arrasada sin contemplaciones por el tiempo. Bajo su máscara abigarrada anidaban la degradación y la muerte. Las sayas hasta el suelo debían de disimular deformidades y dolores.

Varillas de incienso perfumaban la sala.

Se puso de pie con dificultad para poder abrazar a Dalmau.

—Nunca he dejado de decirle a Fernando que volverías —fue su saludo.

Dalmau tuvo que ayudarla para que regresara a su asiento.

—Os quedaréis solos un momento —anunció Fernando—. Tendréis cosas que hablar y aquí no hay vino. Saldré a comprar unas botellas.

—Ven, acércate, trae una silla y ponte aquí, junto a mí —dijo Elena.

Dalmau obedeció. Las rodillas de los dos se tocaban. Elena le pasó los dedos por la frente, por las mejillas, por los labios, le acarició el cuello.

Le miraba con ternura e interés.

—Siempre has sido un hombre hermoso —dijo—. Aún lo eres.

—Estoy perdiendo el pelo —sonrió Dalmau.

—No importa, eso no importa. Te digo yo que no importa, y no hay quien entienda de hombres lo que yo. ¿Sabes cuántos hombres he conocido, Quim? Miles y miles. Y tú eres de los más hermosos.

—¿Y mujeres, Elena?

—Centenares.

Entonces cambió el tono. La dulzura y la nostalgia fueron reemplazadas por el entusiasmo y la inspiración.

—Quieres hablar de ella, ¿no es eso? —dijo—. Fernando no la nombra jamás.

—Ni él ni yo la hemos nombrado en todo el día.

—Debí imaginarlo. Aún la tenéis demasiado presente. Y os moriréis con su imagen delante de los ojos.

Dalmau recordó el dibujo de Miserere, que Fernando había dejado en el recibidor. Y recordó el saco de clavos.

—Yo también —siguió Elena—. Yo también la tengo presente. Como vosotros. Todos ardíamos por ella, los varones, las hembras y los demás. La buscas todavía, ¿verdad?

Dalmau asintió.

—El destino le había asignado un solo día de felicidad, ¿sabes? Lo tuvo. Conoció la felicidad, el cielo, por ti.

—¿De qué manera?

—Le pegaste. La dejaste vacía. Escupió el mal. Respiró, conoció el aire. Y sintió odio. Jamás te perdonó aquella revelación. No podía mirarse, no se soportaba.

—No fui yo. Fue Jesús.

—Tú se lo mostraste, la obligaste a reconocer su existencia.

—Le llevó a la muerte.

—No, él fue hacia la muerte a través de ella.

—¿Qué era, Elena? ¿Qué era ella?

—Nada, Quim. No era nada. Era lo que tú quisieras que fuera. Como todas las putas y como todos los espejos. Un espejo es lo que en él pongas de ti, ¿verdad?

—Sí.

—Para ti, es tu mejor perfil, o el peor, el que quieras ver. Y lo mismo es para los otros. Y él los refleja a todos. Es todos. Es lo que le hagan ser. Y cuando tú te alejas, dejas de verte y sólo ves un hermoso cristal, luz purísima y perfección. Pero él se ha apropiado de tu imagen, la ha retenido en su profundidad. La tuya y las de los otros. Es todo lo que ha reflejado alguna vez, aunque tú sólo recibas brillo. Como las putas, Quim. Como las putas.

Dalmau hubiese querido preguntar más, pero comprendió que allí no habría más respuestas. Cogió entre las suyas una mano de Elena y besó su dorso manchado.

Fernando regresó y encendió más luces, dispuso una mesa pequeña de modo que Elena no tuviera que moverse de su asiento y descorchó una botella de vino blanco.

—Por el retorno de Quim Dalmau —brindó.

—Por todos nosotros —repuso Dalmau.

Conversaron sobre las democracias, el precio de los alimentos, la stampa del Rey, la vida nocturna, sin afán, en procura de una justificación para continuar reunidos.

—Elena se retira temprano —facilitó Fernando.

Dalmau dijo que había viajado mucho y dormido poco en la noche anterior, estaba cansado. Elena insistió en permanecer en su sillón, ya se las arreglaría cuando ellos se marcharan.

A las diez estaban en el Paralelo. Fueron a beber a la bodega Apolo. Pidieron en la barra. Era la despedida.

—Por cierto —dijo Dalmau—. ¿Qué ha sido del Niño de las Palmas? ¿Aún actúa?

—Oh, no —explicó Fernando—. Está retirado. Que no se le ve por aquí, por esta zona, hará, bien, bien, quince años. Hizo algún dinero, me han contado, y lo puso en el comercio.

—Lástima.

—¿Te hubiese gustado verle?

—Claro. Decían que era muy bueno.

—No, no lo era.

Salieron y Fernando detuvo un taxi.

—Te llevo al hotel —ofreció.

—Gracias. Prefiero andar.

Se separaron con un abrazo.

Más tarde, Dalmau se dio cuenta de que no había dado sus señas a Fernando.

Ya se las haría llegar.

IV

Lo pensó una hora después, a las once, con una cerveza, en una de las mesas del fondo del Café de la Opera: ni Fernando Eguren ni Elena Vargas la nombraban.

Él venía por su memoria, y nadie la nombraba.

El dibujo de Miserere se había quedado en la casa de Elena. Debía de ser su lugar, si es que tenía alguno.

La sombra de Rego había sido devorada por el olvido.

Ada Eguren dormía en Inglaterra.

Dalmau salió a las Ramblas y miró pasar a dos muchachas muy jóvenes. Hubiese querido acercarse a ellas y olerles el pelo. Todavía la buscaba.

Cualquiera podía ser el cuerpo, cualquiera podía ser el alma confundida de Mila Solé.

Barcelona, agosto de 1988

OceanofPDF.com